MARÍA DEL CARMEN PERRIER PÉREZ DEL CASTILLO

Del otro lado de la montaña

Memorias y enseñanzas de nuestros hijos que no regresaron de los Andes

Sudamericana

María del Carmen Perrier Pérez del Castillo

Del otro lado de la montaña

Memorias y enseñanzas de nuestros hijos que no regresaron de los Andes

Idea de Claudia Pérez del Castillo Ferreira

Sudamericana

SÍGUENOS EN

megustaleer

@Ebooks

@megustaleeruy

@megustaleeruy

Penguin
Random House
Grupo Editorial

PRÓLOGO

Hace ocho años vivo sin mi abuela, y no pasa un día que no la recuerde. Las historias que conozco de su emoción sobre mi nacimiento siempre fueron un factor de gran orgullo para mí, y aún disfruto cada vez que alguien las repite como si fuera la primera vez que me entero de ellas. Durante los años que vivimos juntas siempre consideré su fortaleza digna de admiración, aun cuando no sabía los detalles ni la existencia de las duras travesías que había sufrido a lo largo de su vida. Había algo en ella y la historia que contaban sus ojos que, sin tener ningún tipo de información, me inspiraban una admiración absoluta. No recuerdo exactamente el momento en que pregunté por mi abuelo o alguien me mencionó a mi tío por primera vez, pero sí sé que en el transcurso de mi vida, la presencia de ambos fue cobrando protagonismo, y hasta cierta forma física, que me ayudó a entender y aprender cosas de aquellos personajes fascinantes que fueron ambos.

Mi tía, Claudia Pérez del Castillo, llevaba escrito en una libreta el nombre de este libro hace años. El tiempo le fue dando tregua para liberar emociones que estaban encapsuladas y un día, fruto de las coincidencias inexplicables que parecen rodear a nuestra familia, me sumé como escritora del libro sobre uno de los momentos más difíciles de su vida y la de todos los Pérez del Castillo Ferreira. Una vez inmersa en el proyecto de este libro, no fue sorpresa despertar un día ante la revelación de que, en el

fondo, seguía sin saber nada sobre el origen de la historia que contaban los ojos de la abuela que tanto añoro. Por momentos, investigar sobre los años donde no convivimos en la tierra se sintió como hurgar en su dolor, y a la vez, un extraño impulso me dijo que este era su deseo, porque más allá de que ya no esté, siento a diario su presencia a mi alrededor. En cuanto me dispuse a investigar en profundidad aquellos años, percibí inmediatamente que era fundamental contar con la visión y testimonio de quienes también sufrieron aquellos fatídicos meses de fines del año 1972. Sus revelaciones son en simultáneo una fortuna y una responsabilidad. Fortuna, porque solamente sus testimonios son capaces de develar los misterios de una historia inédita. Responsabilidad, porque el libro se convirtió en un proyecto que, por primera vez en 45 años, da luz a los sentimientos de familias enteras que perdieron parte de su corazón en octubre del 72 y, por sobre todas las cosas, aquí buscamos cuidar sus sentimientos y honrar la memoria de los que nunca podrán dar su versión. Escucharlos me permitió tener un recorrido exclusivo por los pasillos de sus casas ahogadas en sufrimiento e impotencia, y el conjunto de sus relatos son la columna vertebral de lo que es *Del otro lado de la montaña.*

Espero aquí poder recrear ese paso para exponer de la mejor manera los sentimientos más profundos que quedan de una historia que cambió el significado de la palabra *supervivencia* para siempre y personificó gracias a un grupo de valientes madres otras dos palabras: valor y fe.

Escasos meses después de la tragedia, Selva Maquirriain —madre de Felipe, que falleció en la cordillera— contactó a todos los familiares de los pasajeros que no habían regresado de las montañas para invitarlos a formar parte de un proyecto en memoria de todos ellos. De la misma manera, tanto para la etapa de investigación como para la preparación del libro, hemos contactado a familiares y allegados de cada uno de los

pasajeros que no regresaron del accidente para que aquí tengan un espacio donde contar sus vivencias. Desde el comienzo del proyecto quisimos que perteneciera también a todos ellos y que se sintieran libres de contar su historia y recordar a sus familiares. Si no hay referencias aquí de algunos de ellos es porque con toda la libertad del mundo decidieron no hacerlo, y por sobre todas las cosas respetamos sus deseos.

Hoy, mi admiración por mi abuela, así como por todas las madres, familias y amigos que son también protagonistas de este libro, demostró nuevamente su razón de ser. Como dice Claudio en *La borra de café* de Mario Benedetti, gracias a esta experiencia "*la comprendí mejor y la quise retroactivamente más*". Entendí su esfuerzo constante por mantenerse a flote y vivir lo más plenamente posible su vida. Repasé nuestros momentos juntas y reconocí en su mirada esos destellos de angustia no superada, así como la alegría por haber luchado y verme crecer a mí, mis hermanos y mis primos con un vínculo inquebrantable y con los valores que representaron tanto mi abuelo como mi tío en sus 25 años de vida. Por sobre todas las cosas, en esta montaña rusa emocional que es *Del otro lado de la montaña,* comprendí lo que significa tener genuinas ganas de vivir.

María del Carmen Perrier Pérez del Castillo

Dedico este libro a las madres fundadoras de la biblioteca Nuestros Hijos, que pese al enorme dolor que sentían crearon esta gran obra en silencio, calladitas, y lograron que el recuerdo de los que no volvieron de la cordillera de los Andes permanezca en el tiempo.

¡Admirables!

Claudia Pérez del Castillo

Para Bita,
que me enseñó cómo ganarle batallas al dolor.

1.

MARCELO

Ese día estaba sola en nuestra casa en la calle Lido, en Montevideo. En esa época no llevaban niños a velorios ni entierros, y yo con mis 11 años era la más chica de la casa y no me incluían en ese tipo de cosas de todas maneras. Mamá y Stellita, mi hermana, tampoco fueron, solo mis tres hermanos, Juan Manuel, Álvaro y Marcelo. Desde ese momento entendí que había cosas de niñas y cosas de adultos, y no es sino hasta el día de hoy que cuestiono esa costumbre tan extraña. Ese día que no me dejaron ir al entierro de papá dejó una marca en mí para siempre, y su muerte cambió el significado de los 29 de octubre por el resto de mi vida.

Aún es difícil abrirme nuevamente a la memoria de aquel tiempo, pero aquí estoy, 45 años después, y ni un día antes que el día de hoy podría haberme sentado a revivir esta historia y lo que le sucedió a mi hermano exactamente cuatro años después.

Papá, a quienes todos conocían como Manolo o por su nombre completo Manuel Pérez del Castillo, estaba mal hacía mucho tiempo, con un problema en la aorta, pero todo lo que había podido escuchar sobre su ida a Brasil a realizarse una operación señalaba que era “de rutina”, y todos daban a entender que no había de qué preocuparse. Hacía meses que dormía sentado porque su dificultad al respirar y las consecuencias de su enfermedad no le permitían descansar de otra manera que no fuera esa. Un tiempo antes del viaje a Brasil se organizó en casa la celebración del aniversario de 25 años de casados con mamá, donde ya se lo veía muy mal. En las fotografías que conservamos del festejo se ve claramente su cuerpo

flaco y deteriorado, un cuerpo que no era más testigo de aquel padre inquieto y activo que yo recuerdo. Algo que nunca lo abandonó fue su encanto, simpatía y optimismo, que se lucía con brillantez aun con el cuerpo diciéndole basta.

Las primeras noticias de la operación fueron muy optimistas y estábamos muy emocionados porque todo había salido de acuerdo a lo esperado. "Ótimo, ótimo", decían los médicos brasileños durante los días posteriores, hasta que la situación se complicó de manera repentina y finalmente papá nos dejó. Ese día, mamá estaba en San Pablo acompañada por Blanquita y Marta Ferreira, dos de mis tres tías, hermanas de mamá, un hermano y el cuñado de papá, además de Juan Manuel y Marcelo. Álvaro ni siquiera estaba al tanto de que papá se iba a Brasil a operarse y se enteró a los días de su partida a través de un telegrama de mamá donde simplemente le anunciaba que papá "estaba mal" y era hora de que lo intervinieran. Stellita y yo, Claudia, nos quedamos en Montevideo con Lala, que vivía en casa y se hacía cargo de nosotros siempre que los chicos, papá y mamá se iban por algún motivo para afuera de la ciudad.

Después de aquel día, vi a mamá en un estado de tristeza del que pensé que nunca más se recuperaría, y consideré en esos días de profundo dolor que ese momento representaría el estado más desanimado que ella viviría en toda su vida. En ambos casos estaba equivocada, porque sí se recuperó de lo primero y también llegó a estar más triste de lo que estuvo ese día.

Las semanas después del entierro recuerdo a mucha gente entrando y saliendo de nuestra casa, que contaba con las dimensiones para recibir cuanta gente se quisiera. Papá, como buen arquitecto que era, construyó nuestra casa como él soñaba, con ambientes grandes e integrados, y se veía la belleza de esa casa desde cualquier ángulo en la intersección de Portofino (hoy Bazurro) y Lido, en el barrio de Carrasco. También fue uno

de los visionarios que vio en el arenal que era Carrasco una posibilidad única para construir la casa de sus sueños donde ver crecer a su familia. Hoy puedo reconocer su estilo de arquitectura en las pocas casas originales de su autoría que quedan en este barrio donde viví toda mi vida: techos a dos aguas, una chimenea por ambiente, puertas de entrada majestuosas y amplias ventanas —en preferencia con orientación al Norte— por donde entra el sol que calienta naturalmente la casa en el ventoso invierno montevideano.

Era común recibir gente y ver movimiento en casa, pero no de la manera que ocurrió después de la muerte de papá. Estaba toda la familia, por supuesto, pero también compañeros del colegio y amigos míos y de mis hermanos. Desde el pequeño espacio que ocupaba mi cuerpo en los pies de la cama de mamá, yo simplemente veía pasar gente sin prestar demasiada atención a sus rostros ni a las palabras que me decían, con Stellita sentada a mi lado y otras personas que llenaban el cuarto y emitían un sonido bajo e ininteligible a nuestro alrededor.

El apoyo de nuestra familia y los amigos fue crucial para sacar a flote a mamá. Mis tíos, especialmente Tere y Freddy y sus hijos, estaban en nuestra casa de forma casi permanente y, con su compañía, consiguieron que mamá tuviera un lugar más cálido donde refugiarse y recuperarse. También tengo un vivo recuerdo de Nora Fuenzalida de Píes, una amiga fiel con quien mamá logró ahogar sus penas. Ella era como un soldado asignado a proteger nuestra casa, “al firme” en cada momento, al igual que otros amigos, familiares y conocidos que se acercaron a saludar y consolar. Fue curioso que, cuando ocurrió lo de Marcelo, cada una de estas imágenes se recreó casi de la misma manera, y en los pasillos de nuestra casa nos dieron el pésame los mismos personajes.

Con el tiempo, fui testigo del proceso de superación tan difícil que atravesó mamá, que hoy entiendo que el esfuerzo que hacía era enteramente para nuestro bien. Su melancolía se fue disipando, aunque nunca desapareció; recuperó vitalidad y lentamente fue encontrando interés en su nueva vida. En paralelo a su mejora, todos fuimos asumiendo nuevos roles en la casa, principalmente uno de mis hermanos: Marcelo. Sin necesidad de nombramientos ni discusión, Marcelo asumió dentro de la familia el primer capitanazgo de su vida. Recuerdo claramente que, tan solo unos días después del entierro de papá, cuando todo fue volviendo a la normalidad —si es que el "después" se puede llamar así— mi hermano comenzó instintivamente a tomar varios de los roles de papá con el fin de facilitarle la transición a mamá y colaborar en la casa. En ese momento, tanto Juan Manuel como Álvaro vivían en el interior, estudiando o trabajando, y no frecuentaban la casa de Lido tanto como él, quien sí tenía sus raíces en la ciudad y vivía con nosotros. El tiempo después de ese fin de año pasó a un ritmo agonizantemente lento. Álvaro y Juan Manuel reiniciaron rápidamente sus actividades tal cual lo hacían cuando papá estaba entre nosotros y partieron cada uno a su lugar en el interior del país, uno en la estancia El Sauce que queda en Rocha, y el otro en Paysandú cursando sus estudios de agronomía. Mamá, Marcelo, Stellita y yo, de a poco también intentamos retomar nuestra vida. Mamá seguía siendo mamá, y Marcelo, afianzado ya como la figura representante de la familia, reactivó sus actividades del día a día. Por deber y por personalidad, Marcelo se puso la casa al hombro. Cada mañana se dedicaba a elaborar una lista de tareas para mamá, de manera de darle alguna razón para levantarse y salir de la casa. Ya lo dije antes, el proceso fue lento y hubo días en los que era como si ella tampoco estuviera. Pero Marcelo tenía un don especial y sabía cómo tratarla. Era sin duda un hombre joven, pero

fuerte en presencia y carácter, que dichosamente había heredado altas dosis de la ternura de papá.

Mis tres hermanos, ahora al comando de las decisiones, habían resuelto formar eventualmente dos empresas, una para administrar el campo en Rocha y otra para los negocios de arquitectura de papá, pero, además de ayudar en las cuestiones administrativas de la casa, Marcelo significó para Stellita y para mí algo muy especial. Como si papá le hubiera dado instrucciones, por las noches solía arroparnos hasta que nos quedábamos dormidas, y por las mañanas nos acurrucaba y besaba antes de salir a trabajar o estudiar. Cuando Stellita regresaba tarde de sus clases lejos de casa la esperaba religiosamente en la parada de ómnibus para acompañarla caminando hasta casa, y también nos ayudaba regularmente con los deberes del colegio. Lo que a mí me gustaba más era cuando me sentaba en su falda para hacerme preguntas sobre mi día y rutina. Los rezongos no pasaron desapercibidos, como cuando nos obligaba a hacer las tareas y asistir a clase. Todo eso con apenas 21 años. Era para nosotros una fiel imagen de nuestro padre y asumimos rápidamente que cualquier cosa que nos dijera Marcelo era la última palabra.

Aún después de que había transcurrido una cantidad considerable de tiempo después del entierro, él nunca dejó de estar pendiente de mamá, tanto como ningún hijo de nadie que yo pueda imaginar. A mi tía Tere la llamaba y la visitaba constantemente, simplemente para preguntarle cómo creía que la podía ayudar y tener más idea de las cosas que podían llegar a levantarle el ánimo. Ese duelo pareció eterno y solo Marcelo dedicó tanto tiempo a mimarla, lo que sin duda fue un orgullo y un alivio para ella. A decir verdad, fue un verdadero alivio para todos nosotros, que de alguna manera depositamos ese peso en él sin quererlo y no le dimos opción. Ahora me doy cuenta. Pero él nunca se quejó, lo hacía con el cariño más

genuino que existió. Yo no recuerdo ver a mis otros hermanos en ese tiempo, y dicho sea de paso, ellos tampoco me recuerdan a mí. Mi tía Tere sostiene al día de hoy que Marcelo fue el mejor hijo del mundo, y cómo no pensarlo después de ser testigo de ese vínculo. Marcelo, en los ojos de todos nosotros, era un calco de Manolo, mi padre: alegre, optimista, cariñoso, atento y, además, se desvivía por mamá.

Marcelo desde muy chico era el mimoso. Yo no había nacido todavía cuando a mi hermano le dio parálisis infantil. Mamá y papá se encontraban de viaje por Europa con mis tíos y fue muy difícil avisarles. Cuando mis abuelos, después de muchos intentos finalmente lograron contactarlos, papá decidió no contarle nada a mamá e inventarle que debían volver urgente a Montevideo por cuestiones de trabajo, lo que provocó el enojo absoluto de mamá, que se lo hizo saber durante el día y medio que les costó conseguir pasaje y regresar. No fue sino hasta que arribaron a Montevideo que papá le informó del problema de Marcelo y mamá enloqueció. Como era de esperarse, salió disparada a su encuentro con él apenas tocó tierra firme. Una epidemia se había apoderado de Montevideo y había muchos niños con la misma condición. El diagnóstico general fue terriblemente pesimista, ya que la gran mayoría de esos niños tenía grandes posibilidades de vivir el resto de su vida con alguna secuela fruto de la enfermedad, y eso preocupaba sobremanera a toda la familia, por Marcelo, pero también por toda una generación del país. Durante un tiempo, aquel niño ni siquiera pudo caminar, y al igual que muchos otros, pasó unos meses sumamente complicados de cuidado y recuperación. Dichosamente se recuperó relativamente rápido y sin secuelas, pero eso volvió a mamá inevitablemente más sobreprotectora de Marcelo, y por años solamente tuvo ojos para su bebé.

Ese vínculo se fue fortaleciendo con los años, y por eso los gestos y la atención de Marcelo después de la muerte de papá dieron frutos hasta que finalmente lograron darle impulso a una nueva vida. Como la menor de la familia, me consideraba la más mimosa de mi padre, y en su ausencia, él fue el único de mis hermanos que estaba en casa y la única persona con la capacidad de llenar el inmenso vacío que me provocaba la ausencia de mi padre. Porque papá no era un hombre cualquiera, era de esos hombres que entran a una sala y la gente los sigue con la mirada, que al hablar la gente lo escuchaba, y que por sobre todas las cosas, nos ponía a nosotros como una indiscutible prioridad. Pero yo tenía pasión por mi hermano Marcelo, y además, estaba feliz de que me hubiera traído, en cierta medida, de vuelta a mi mamá. Era estricta y severa en su metodología de educación, sí, mis hermanos, mis primos y ahora mis hijos pueden dar pruebas de eso, pero de ella aprendí del amor, la familia y la fortaleza. Mamá era muy joven todavía, tenía solamente 42 años. Con tan solo 18 años había decidido casarse con papá, que tenía 36, y habían formado una familia sin importarles lo que la gente opinara de su diferencia de edad. Cinco hijos después seguían mirándose a los ojos como el primer día. Pero al faltar papá cuando ella aún era muy joven hizo pensar a sus personas más cercanas que quizás lo mejor hubiera sido que considerara la posibilidad de continuar su vida con otra compañía. Sus hermanas, por ejemplo, le insistieron para que intentara conocer a alguien y hasta le llegaron a presentar a algún que otro pretendiente. Pero no hubo caso. Hasta su último respiro, mamá solo tuvo un único gran amor.

Mi conexión con Marcelo durante esos años traspasó los límites de una hermandad, y él se convirtió en el capitán de la casa y de mis esperanzas de superar la tristeza. Fue el único que silenciosa y sigilosamente me

ayudó a asumir que me tocaba crecer sin mi padre, y sin su ayuda no sé qué hubiera sido de mí.

Stellita para ese entonces tenía 15 y estaba de novia con Gustavo, quien también llegó a entablar una relación muy especial con Marcelo. Cuando lo cubría con sus visitas sin aviso a la casa o cuando lo acompañaba a llamar a Stellita si se encontraban a larga distancia, Marcelo demostraba ser la mejor combinación de padre y hermano, y también amigo. Además, durante un tiempo Marcelo salió con una de las mejores amigas de Stellita —que a su vez era la hija de una íntima amiga de mamá—, lo que naturalmente llevó a que pasaran mucho tiempo juntos. Después de ir a facultad, siempre tenía un programa con sus amigos, que amaban pasar tiempo en nuestra casa. El segundo piso de la casa de Lido era de uso casi exclusivo de ellos, donde solían quedarse horas conversando de vaya a saber qué.

Cuando no estaba en casa solía pasear de una punta a otra del barrio en su moto. Era muy buen mozo, con un cuerpo atlético y facciones que revelaban una mezcla perfecta del temple de mamá y la dulzura de papá. Así es que, como buen galán, solía decir que tenía muchas que "quieren ser mis suegras" y que cuando pasaba con la moto veía como se desmayaban una a una las jóvenes del barrio con tan solo mirarlo. Con esto queda claro que no era demasiado modesto con su capacidad de galantería, pero sí era un hecho que cualquier frase del estilo venía acompañada de un gran sentido del humor. En casa presentó a varias pretendientes que llegaron a tener una relación cercana con nuestra familia. De hecho, Marcelo estuvo muy enamorado durante años de la amiga de Stellita, pero cuando partió rumbo a los Andes era un hombre soltero.

Como buena persona que valoraba la organización familiar, solía hablar seguido de la familia que tenía pensado formar. No encontraba ningún problema en hablar de sus planes a futuro, y con mucho orgullo alardeaba sobre quién iba a ser el pediatra de sus hijos y los planos de su futura casa. A nadie le extrañaba que tuviera todo tan planificado porque así era, organizado y decidido, y todo lo hacía desde un espacio sensible y esperanzado por su futuro. En el casamiento de Álvaro con Teresa Favaro, que se realizó apenas unas semanas antes de emprender aquel fatídico viaje, llevaba dentro de su traje un pequeño papel escrito a puño y letra que decía "soy el próximo". Quienes lo conocíamos bien sabíamos que era en parte una estrategia de su sentido del humor para evitar responder cientos de veces la misma pregunta, aunque también era fácil intuir que eso era lo que él soñaba.

Como es fácil notar y destaqué anteriormente, otra de sus grandes virtudes era el humor. Quizás parezca que es puro amor de hermana, pero vivo con la convicción de que Marcelo era un hombre absolutamente excepcional. Recuerdo que le fascinaba organizar campamentos y salir a pescar, especialmente en Semana Santa, en un pequeño camión de dos toneladas que teníamos en el campo. El camión no era nada del otro mundo, le costaba arrancar, pero era el contacto con lo sencillo lo que lo mantenía tan humano. Cuando el camión ya no arrancó más consultó con Juan Manuel por medio de una carta que envió de Montevideo a Rocha la posibilidad de cambiarlo, a lo que él le respondió que lo haría feliz, siempre y cuando le mandara un camión 0 km para el ganado. En un típico estilo de Marcelo hizo todas las dirigencias posibles e imaginables y logró conseguir un camión para el ganado que envió con una carta que decía: "Hola, hermano. Junto a la carta te mando el camión que me pediste", lo que causó la sorpresa y risa de Juan Manuel por un buen rato. Su

capacidad de asombrar era digna de un mago. Evidentemente el camión no servía para campamentos, pero Marcelo tenía un don para entender la dimensión de las cosas con su característica cuota de simpatía.

Cuando ocurre el accidente de avión en 1972, Marcelo tenía 25 años y estaba intentando terminar sus estudios de arquitectura, que se veían frenados únicamente por una asignatura que ni en su tercer intento logró aprobar. En una carta que le envió a mamá que estaba de viaje, le escribió con humor: "Acá estoy estudiando el examen de siempre y uno más". En paralelo, ya tenía instalado su estudio de arquitectura junto a Eduardo Strauch —quien también partió en aquel vuelo—, que estaba convenientemente ubicado en el antiguo estudio de papá en uno de los extremos de la casa de Lido. Él y Eduardo eran íntimos amigos, al punto de que casi se puede decir que su amistad viene desde antes de su nacimiento. Papá y mamá eran inseparables de sus padres, Eduardo y Sarita, tanto que se casaron con apenas unos días de diferencia, estuvieron juntos en la luna de miel y, al regreso, vivieron en el mismo edificio en la calle Minas entre 18 de Julio y Colonia, en Montevideo, antes de mudarse a Carrasco. Cuando los chicos ingresaron juntos al colegio de los Christian Brothers, las dos parejas solían colaborar en sus diferentes actividades, como en kermeses para recaudar fondos, entre otras cosas, para terminar de construir el primer edificio de la novel institución. Al egresar del Christian, se volvieron a encontrar en la Facultad de Arquitectura y, si bien Eduardo no jugaba al rugby, era un espectador asegurado para cada partido. Además, por la poca diferencia de edad que existía entre Marcelo y Stellita, tanto Eduardo como Marcelo se reunían con ella y sus amigas después de los partidos o para hacer alguna otra actividad, como subir al Cerro Pan de Azúcar y otros planes que eran muy típicos de la juventud del Uruguay.

A pesar de tener muchas puertas abiertas con la experiencia de papá y su estudio, que ya había logrado hacerse un nombre en el país, Marcelo optó por seguir su propio camino y comenzar desde cero. Justamente antes de morir en Brasil, papá le dijo: “Marcelo, ¡las cosas que vamos a hacer en esta ciudad!” y eso sin duda lo marcó y desafió a establecerse objetivos muy altos, porque seguramente querría que papá estuviera orgulloso de él. En Uruguay buscó sus propios clientes, que se encontraban principalmente en Rocha, como el nuevo casco de la estancia de Marta, nuestra tía, y algunas casas en Montevideo, y así fue creando su espacio en el mundo profesional separado del legado que había dejado papá.

Viéndolo hoy, esa actitud fue quizás uno de los reflejos más claros de su personalidad y ambición, y lo que también lo convirtió en la persona idónea para liderar al equipo de rugby del Old Christians Club (OCC), el club de exalumnos del Christian Brothers College. Quienes lo conocían bien, su familia y amigos más allegados, reconocen en él las características fundamentales de un líder nato, quien aún en situaciones de la mayor colisión salía airoso.

La relación de nuestra familia con el Christian, cuyo nombre oficial actual es Colegio Stella Maris, data de sus mismísimos comienzos. En el año 1955, y con la intención de poder mandar a sus hijos a un colegio católico, bilingüe y donde se jugara al rugby, Manuel Pérez del Castillo y Stella Ferreira de Pérez del Castillo, mis padres, fueron junto a otras parejas a Irlanda para encontrar la forma de convencer a un grupo de “hermanos” de la congregación Christian Brothers de que se instalaran en Uruguay. La idea de traer a los hermanos cristianos de Irlanda al Uruguay surgió de los encuentros de mis padres y esas parejas en el Movimiento Familiar Cristiano, o MFC, donde se encontraba el padre Pedro Richards, un sacerdote argentino con sangre irlandesa que tenía la convicción de que

el rugby era un deporte fundamental para inculcar valores, así como la educación religiosa, por supuesto. En esos años, no había en los alrededores de casa colegios católicos y bilingües para varones. Existían ya colegios como el British Schools que enseñaba rugby, pero no era católico, y lo mismo sucedía con las demás instituciones cercanas; para ellos no cumplían todos los requisitos. Los que eran bilingües no eran católicos, y los católicos estaban lejos de nuestro barrio, que por ese entonces se parecía más a un balneario de veraneo con apenas un puñado de casas muy salteadas a menos de un kilómetro del río y rodeadas de arena. Por ende, el combo de los Christian Brothers, pensaron, era perfecto.

En fin, en el afán de lograr mandar a Marcelo y Álvaro a un colegio de esas características cerca de la casa, emprendieron viaje a Irlanda. Ciertamente no era lo mismo viajar a mediados del siglo pasado que viajar ahora, lo que demuestra el tesón con el que se manejaban. Esa pareja era imparable, y me hacen falta. De chica vi cómo mis padres trabajaban en equipo y hacían realidad lo que se proponían, y esta no fue la excepción. La misión fue un éxito y la congregación finalmente terminó instalándose en el país con una Comisión Directiva integrada por papá y el Dr. Germán Surraco, Enrique Rozada, el Dr. Antonio Barrero Brunel, el Dr. Conrado Hughes, Francisco Ferrer Llull, Rodolfo Anaya, Antonio Galán Gil, Eduardo Strauch y el Dr. Jorge Álvarez Olloniego. La primera sede fue en Rambla República de México 6585 esquina con la calle Pujol, pero, en cuanto comenzaron a ser más visibles los prospectos de crecimiento de la institución, el conjunto de padres que había apostado al emprendimiento consiguió el dinero para construir un edificio propio. Como era de esperarse, papá se convirtió en el arquitecto de la primera sede oficial del

colegio y por la que la tercera generación de Pérez del Castillo - Ferreira transita sus primeros años de escuela primaria cada día.

Tal cual se dieron las cosas, mis hermanos fueron de los primeros en anotarse en este nuevo centro educativo. Todos menos Juan Manuel, que era el mayor y el colegio no había formado un grupo para su generación. Marcelo, el primero de los chicos en entrar, formó parte de la segunda generación que ingresó al Christian y no llegó a ser de la primera simplemente por un tema de edad. Desde ese entonces el trébol, que es el símbolo de la institución, es un pilar de toda nuestra familia, con mi hermano Marcelo a la cabeza. Para el año 72 igualmente el Christian seguía siendo un colegio medianamente pequeño. Algunos grados se seguían cursando en la calle Pujol y recién se mudaron a la sede principal unos años después. Tampoco eran tantos los alumnos en cada clase, lo que la hacía una institución pequeña, pero una familia grande. Familia grande que no se había salvado de las tragedias, ya que en el año 67 tres alumnos de una misma generación habían fallecido luego de un accidente en el Río de la Plata cuando andaban en canoa y esta se les dio vuelta. Ese episodio marcó mucho a los alumnos que asistían al colegio, y también a las familias que componían la gran comunidad del Christian. Además, muchos de los compañeros de esos chicos de la misma generación luego viajaron con Marcelo en el avión en el paseo que se organizó a los Andes.

Siempre me pareció curioso que la historia de la fundación del colegio hubiera quedado tan relegada de los discursos del colegio. La pasión de mis padres y las otras familias que formaban la comisión en aquel momento fue la piedra angular sobre la que se fundó el Christian Brothers, y no hay duda de que tienen un rol especial en la singular institución en la que se convirtió hoy. Me resulta sorprendente que todos mis hijos y la mayoría de mis sobrinos, que acudieron al colegio toda su vida, no tengan

noción de la importancia de su abuelo y abuela en la construcción de algo que hoy les resulta tan querido; pero no sucedió lo mismo en lo que se refiere al área de deportes, donde Marcelo sí dejó su huella bien marcada.

Si bien el fútbol y el Club Nacional de Football fueron su primera pasión, el recientemente fundado Old Christians Club y el rugby se convirtieron rápidamente en su perdición. El club tuvo sus tímidos inicios en el año 1962, pero llevó todo un año formalizar la institución con unos estatutos que luego debieron ser modificados, y por eso recién en 1964 se disputó el primer partido. La conformación del equipo no fue fácil tampoco. Dado que la primera generación de egresados del colegio no llegó a reunir a los 15 jugadores que precisaba el equipo, se sumaron a los exalumnos jugadores de rugby del último y anteúltimo grado, es decir, de la generación del 63 y el 64 (la de Álvaro). Eso significó que las edades de los chicos en el equipo variara mucho, de los 20 a 25 años. Marcelo, uno de los graduados en el año 63, se convirtió en el capitán del equipo en el año 72, después de que el anterior capitán, Gastón Costemalle, se fuera a Paysandú a estudiar. Desde un comienzo tomó su rol de capitán muy en serio y sentía una inmensa responsabilidad por el correcto desempeño y funcionamiento del equipo y del club, que en poco tiempo había conseguido ser un adversario competitivo y fuerte. Era además muy ordenado, y por eso se encargaba de las pelotas, camisetas y todo lo demás que fuera necesario para cada partido. Al no tener un entrenador, Marcelo cumplía todo tipo de funciones, y algunas veces convocaba al equipo en el parrillero al fondo de nuestra casa en Lido para tener diferentes conversaciones técnicas antes o en el tercer tiempo, después de los partidos. Papá siempre tuvo en mente estas posibilidades, que la casa estuviera invadida por adolescentes, y le encantaba. Él era muy sociable, eso le parecía importante, y por eso cuando se embarcó en la construcción

de nuestra casa consideró esto de antemano y para que mamá no se molestara con el barro y los equipos sucios por la casa le construyó al equipo de rugby una entrada especial por el fondo de la casa, y que él llamaba jocosamente “el parque infantil”, y de ahí iban directo a la planta alta o al parrillero a tener sus conversaciones técnicas. Evidentemente mamá estaba igual atenta de que ninguno se colara a las salas del frente y los cuartos: “Ni se les ocurra entrar con esa mugre al estar”, les decía. Y le hacían caso. En definitiva, tanta preparación y compromiso de parte de todo el equipo llevó a que tan solo seis años después de su fundación, el club ganara su primer título y de ahí en más se cosechó una alegría tras otra. Ese logro fue importante porque además, para los *Brothers* del Christian irlandés, alcanzar al British inglés que llevaba unos años adelantado en la conformación del equipo y el entrenamiento era parte de un contexto de rivalidad más amplio, basado inmensamente en la disputa internacional de Irlanda con el Reino Unido. Los chicos estaban al tanto de lo que ocurría, y evidentemente antes de cada partido con ese equipo tenían una presión adicional, cortesía de los *Brothers*.

En ese ambiente, y tengo la certeza de que en los demás también, el carisma de Marcelo lo llevó a ser una persona muy querida pero, por sobre todas las cosas, respetada. Tal como recuerdan sus compañeros de aquellas pasiones, describir a Marcelo es muy fácil. Su singular entereza y capacidad para comunicarse de forma decisiva y firme sin que eso significara una imposición de autoridad permitía que, ante cualquier debate o conflicto, su discurso se convirtiera en palabras mayores y aquellos se disolvieran automáticamente. El *Brother* Thomas O’Connell, uno de los jóvenes hermanos de la congregación que había llegado recientemente al Uruguay, tiene un recuerdo muy vívido de esa característica tan marcada de su personalidad. Así recuerda como, un

típico domingo de deportes en el barrio, mientras disfrutaba del partido, uno de los jugadores del equipo del Christian comenzó a discutir una decisión del juez. Pues, yo no sé mucho de rugby como mencioné antes, pero sí sé que eso no está bien visto. Fue en el medio de esa breve discusión que el mismo Marcelo llamó a su jugador y directamente le dijo "¡afuera!", a lo que el jugador obedeció sin emitir una palabra. El *Brother* nunca había visto algo similar en toda su vida, y pensó en ese instante que ese hombre tenía que ser sin duda alguien muy especial.

Además, su trabajo tras bastidores, sus alianzas y búsqueda de los mejores guías y representantes del equipo, fueron siempre destacadas entre sus acciones, porque gracias a eso se fundó la superioridad del colegio en el área deportiva durante muchos años. Fue el mismo Tito Verginella, otra figura clave del colegio y el equipo del Old Christian's desde su mismísimo comienzo, quien me contó sobre Marcelo en este rol, y quedé sorprendida y a la vez en paz de saber que de a poco terminaba de construir un rompecabezas de quién era mi hermano en cada aspecto de su vida. Fue inevitable no escucharlo y sentir orgullo.

Ir a ver los partidos de los chicos era la actividad principal indiscutida del fin de semana para muchos de los que formábamos parte de la comunidad del colegio. Con mis amigas solíamos ir a ver todos los partidos del OCC, a pedido de mi hermano, y después de cada uno cuando nos volvíamos a ver me preguntaba:

—Claudia, ¿qué te pareció la jugada que hice hoy?

Quizás como forma de empezar una conversación, o quizás porque le interesaba mi opinión, pero lo cierto es que para mí era un programa con amigas y rara vez prestábamos atención al partido. Por ejemplo, al día de hoy mis conocimientos sobre las reglas del juego son muy escasos y nunca me convertí en una persona que siguiera el deporte en absoluto. Curioso es

que hoy sea gracias a ese deporte que yo tenga algunos de los recuerdos más frescos de mi hermano.

Existe un mérito grande del Christian que ahora veo de manera muy clara. Alrededor del rugby, el equipo y todas sus familias, con el tiempo floreció una comunidad que fue fundamental después de lo que les sucedió a los chicos. A esos partidos solían ir la mayoría de padres y otros alumnos, siempre a alentar por ellos con muchas ganas, con cánticos y banderas. Si bien mamá no tenía la costumbre de asistir —le daban demasiada impresión los golpes—, había muchas personas que acudían sin falta, como las novias de los jugadores, que siempre realizaban alguna demostración de aliento con banderas e instrumentos, y familias enteras que se involucraron de lleno en el funcionamiento del colegio, como la familia Maspons. Entre ellos estaba Rosario, la hermana mayor de Daniel, uno de los jugadores más jóvenes que recientemente se había incorporado al equipo. Rosario, que además es una gran compañera de mi hermana y mía, tenía una relación sumamente estrecha con Marcelo gracias al rugby. Su hijo Alejandro, muy pequeño aún, tenía adoración por él y lo admiraba muy especialmente, además de que su madre y abuela también le tenían mucho cariño. Alejandro además era como la mascota del equipo y, cuando lo llevaban a ver al Old Christians, disfrutaba de colaborar en la preparación de los equipos y de responder a órdenes de los jugadores que con cariño le daban tareas para involucrarlo en lo que pasaba en las canchas. Tanto es así, que cuando Rosario quedó embarazada de su segundo hijo y le consultó a Alejandro cómo le quería poner a su hermanito, este contestó: Marcelo.

En una de esas charlas con mi hermano sobre partidos y el club a principios de 1972 surgió el tema del viaje. El año anterior se había organizado uno similar y había sido una gran experiencia, por lo que

repetirlo no significaba mayor revuelo para nadie. Además, no se trataba tanto de una situación competitiva sino de una demostración de camaradería, tal como lo había demostrado también la visita del equipo chileno a Uruguay en una ocasión anterior. Muchos de los jóvenes que tenían planificado ir también tenían curiosidad por ver qué estaba ocurriendo en Chile y ver en primera persona los resultados del primer gobierno comunista electo democráticamente. Muchos de ellos estaban inmersos en temas políticos, porque el clima en América Latina básicamente hacía imposible no estarlo, y también por los acontecimientos en el mismo país. Asimismo, muchos de los jugadores clave del plantel por diversos motivos ya habían declinado la invitación y el plantel propuesto para el partido se conformó con aquellos jugadores que, atraídos en igual medida tanto por el programa como por la posibilidad de jugar, se sumaron a la lista. El plan consistía en viajar con el equipo a Santiago de Chile, donde jugarían contra el Old Grangonian Club de dicha ciudad, y luego algunos se quedarían para tomarse unos días de vacaciones. Entre los confirmados para jugar el partido se encontraban: Pancho Abal, Roberto Canessa, Gastón Costemalle, Guido Magri, Daniel Maspons, Gustavo Nicolich, Arturo Nogueira, Fernando Parrado, Roy Harley, Alexis Hounie, Roberto François, Enrique Platero, Daniel Shaw, Gustavo Zerbino y Antonio Vizintín. En el año 1951 se había fundado la Unión de Rugby del Uruguay, por lo que para la década del 70 ya varios de los mismos jugadores integraban el plantel de la selección, como Guido Magri, Gastón Costemalle, Roberto Canessa, Daniel Shaw, Francisco Abal y Enrique Platero Riet. Sin embargo, todo se situó en una primera etapa de inmersión del país en el deporte y aún quedaba un largo camino para recorrer hasta convertirlo en lo que es hoy.

Todos ellos construyeron frente a todas estas circunstancias un lazo muy especial, y además, no solo era conocidos a nivel de colegio, sino que eran jóvenes que tenían gran visibilidad entre la juventud del país entero. Varios de ellos eran parte del Movimiento Universitario Nacionalista (MUN), donde militaban por el Partido Nacional desde sus respectivos intereses y estudios. Gastón Costemalle y Numa Turcatti eran militantes desde la abogacía, Daniel Maspons de Ciencias Económicas, Roy Harley de Ingeniería, Gustavo Nicolich de Veterinaria —y era delegado de la Directiva de la Asociación de Estudiantes—, Gustavo Zerbino de Medicina y Fernando Parrado como excorredor de El Pinar.

Era una época definitivamente compleja para la juventud del Uruguay. A diferencia de lo que ocurre hoy, donde son pocos los valientes que se la juegan a participar en la política, en 1972, por un bando o por el otro, éramos casi todos militantes y vivíamos en un intenso involucramiento en la vida de nuestros partidos políticos. Sin embargo, a pesar de algunos no tener las mismas opiniones políticas, no existía una rivalidad latente o resentimiento alguno, eso fue algo que surgió décadas después en el Uruguay, por eso era posible hablar libremente de los de un partido o de otro sin que se agitara sobremanera el ambiente. Apenas unos meses antes de este año terrible, en noviembre de 1971, se habían llevado a cabo unas elecciones presidenciales en Uruguay con todo tipo de irregularidades y el ambiente en el país era tan tenso que se sentía con tan solo respirar o poner un pie fuera de nuestras casas. En casa, esas elecciones se vivieron con un fervor especial, ya que el candidato presidencial por el Partido Nacional, también conocido como Partido Blanco, era un primo hermano de mamá, Wilson Ferreira Aldunate, un caudillo que con la característica personalidad, inteligencia y carisma Ferreira se había hecho adorar por la población. Con Wilson y toda su familia a pesar de no ser familiares tan

directos, nos veíamos muy seguido. Por un lado por la obvia adoración de mamá, y por otro, porque en Rocha habíamos crecido a escasos kilómetros de distancia con toda esa rama Ferreira. Marcelo, al igual que muchos otros en el equipo de rugby como Gastón Costemalle, Gustavo Nicolich o Gustavo Zerbino, era wilsonista fanático. Para esas elecciones, con toda la convicción que se puede tener en el cuerpo salió con Gustavo, el novio de Stellita, a comprar pintura en la ferretería del barrio y decidió pintar el auto de blanco con el número de la lista de Wilson para festejar. Todo, absolutamente todo, indicaba que íbamos a festejar. Cuando nos fuimos a dormir la noche de las elecciones, Wilson era presidente, pero al levantarnos, la realidad fue otra y el auto, por razones obvias, se mantuvo inhabilitado por un tiempo. Los resultados de las elecciones y lo que ocurrió después significó un gran cambio para nosotros como jóvenes y adolescentes del país. Podíamos elegir la carrera, pero no podíamos elegir la institución. ¡Ni siquiera se podía elegir el horario para asistir a clases! A los alumnos de bachillerato les asignaban horas y clases, que podía resultar riesgoso si eras de los desafortunados que les tocaba estudiar en horario vespertino, ya que a la salida posiblemente te encontrabas con disturbios que iban desde golpizas por la Policía, que ejercía una autoridad absoluta, hasta carros bomba. Ese ambiente contrastaba en gran medida con lo que muchos habían experimentado al crecer en el terreno baldío que era el barrio de Carrasco en esos años, donde se vivía sin rejas, con jardines que únicamente terminaban donde el vecino se aburría de cortar el pasto, niños circulando en bicicleta a todas horas del día de aquí para allá y donde nunca se sabía dónde se iba a desayunar, almorzar o cenar, ya que si te encontraban paseando en algún punto entre jardín y jardín, cualquier familia te invitaba a comer con ellos. En lo de Gustavo Zerbino, que también eran vecinos del barrio, por ejemplo, tenían una campana que se

tocaba cuando era la hora del mediodía para que los chicos supieran que era la hora de comer y se escuchaba hasta en la playa del Río de la Plata, desde donde los niños salían corriendo a toda velocidad para encontrarse en la mesa. Así vivíamos antes de que todo colapsara, éramos un puñado de familias aisladas creciendo como si fuéramos una gran familia.

El desánimo por lo que significaba ese nuevo contexto y forma de vida era latente, pero más lo sería lo que llegó meses después a raíz del viaje a Chile del equipo del Old Christians. Mis recuerdos de la organización son muy limitados, pero mi memoria me dice que Marcelo consideraba el viaje una buena oportunidad de crecimiento para el club y mantener una tradición, y estaba decidido a realizar esa travesía. Algunos de sus amigos dicen que también tenía un interés amoroso del otro lado de la cordillera, que puede ser. Puesto que tenían la experiencia del año anterior, Marcelo también sospechaba que la organización no implicaba demasiadas complicaciones más que ocupar la totalidad del avión Fairchild 571 de la Fuerza Aérea Uruguaya que se había contratado, ya que el equipo de rugby solamente ocupaba 16 asientos de los 40 que ofrecía la aeronave, sin contar los 5 puestos que se asignaba a la tripulación. Para eso, debían sumar a otras personas al plan para que el costo del viaje no fuera excesivo, dado que el precio era fijo por ser un chárter privado. De completar el avión, cada uno de ellos tendría que pagar apenas 39 dólares americanos.

Sin ayuda de ningún dispositivo electrónico, porque en esa época aún no contábamos con computadoras ni celulares, por supuesto, Marcelo organizó ese viaje a pulmón junto a algunos de sus amigos más cercanos y el resto del equipo. Entre eso amigos se encontraba Rafael Ponce de León, un antiguo compañero de banco del Christian y radioaficionado que contaba con las herramientas necesarias y la energía para colaborar, entre

otras cosas, en la búsqueda de alojamiento para el equipo y los otros pasajeros.

Recuerdo vívidamente su entrada y salida de la casa de manera constante y ansiosa. Cuando tenía algo de tiempo libre, solía ir a visitar a vecinos y conocidos reiteradas veces para convencerlos de que ocuparan los asientos que aún estaban libres, e incluso ofrecía la opción de que invitaran a otros familiares y amigos, así no los conociera o no estuvieran estrictamente relacionados al equipo. El resto de los jugadores hizo lo mismo, ya que de eso dependía el precio final de la travesía y a todos les convenía. Muchos de esos invitados aceptaron casi inmediatamente, atraídos, entre otras cosas también, por los precios bajos de algunos productos en Santiago de Chile a causa del régimen de Salvador Allende en comparación a su costo en Montevideo.

Algunos de sus amigos más cercanos, que no llegaron a acompañarlos por diversos motivos, recuerdan ver llegar a Marcelo o Nando Parrado a pie o en sus características motos una y otra vez a sus casas con el fin de encontrar más pasajeros. Rafael, por ejemplo, a pesar de participar en la organización y de contar con el ofrecimiento constante de Marcelo a unirse al grupo, no logró acompañarlos por cuestiones familiares que se lo impedían. Poco sabía él el rol fundamental que tendría luego en la búsqueda de sus amigos desde Montevideo. Otros tenían época de exámenes, que en Uruguay coinciden con la planificación del viaje en el mes de octubre.

Entre las dificultades que encontraron en el camino para convencer a algunos pasajeros se encontraba el hecho de que el avión era de la Fuerza Aérea Uruguaya. Algunos padres, como el padre de Fernando Vázquez, no se sentían lo suficientemente seguros con esa opción e insistieron a sus hijos para que buscaran una opción alternativa de traslado. En su visión y

por su experiencia, ese tipo de aeronaves no eran las más adecuadas para atravesar la cordillera de los Andes. Sin embargo, el alquiler del avión ya estaba comprometido, el piloto había demostrado tener la experiencia suficiente para enfrentar ese vuelo y la fuerza del programa entre amigos pudo más. Otro fue el caso de Bobby Jaugust, quien a pesar de sus intenciones de participar del paseo, ya había tomado la decisión de viajar con la aerolínea KLM, de la cual su padre era el representante en Montevideo.

Con una gran cantidad de asientos libres aún, por cuestiones lógicas, la búsqueda por ocupar esos asientos vacíos continuó en nuestra propia casa. La primera opción fue mamá, pero a ella no le llamaba mucho la atención y antes de que pudiera decidir el avión se completó de todas maneras. Eso sí, le insistió hasta el cansancio, y el no haber ido significó otro peso más para ella, que por el resto de sus días repitió que se tendría que haber ido con él.

Lo mismo ocurrió con Juan Manuel y su esposa, Noel Arocena, que para esas fechas contaban con dos hijos, uno de ellos de cuatro meses. Eso dificultó las chances de Juan Manuel de acompañarlo, así como las responsabilidades que exigía el orden y mantenimiento del campo en las mismas fechas del viaje. Álvaro, por su parte, se encontraba fuera de las posibilidades porque su casamiento se llevaba a cabo apenas unas semanas antes del viaje y casualmente coincidía con su luna de miel. Lo mismo ocurrió conmigo y Stellita, que estábamos en pleno período de clases. Entonces, a pesar de su insistencia, reclutar gente en casa fue infructífero y Marcelo finalmente no fue acompañado por ninguno de nosotros.

La noche anterior al viaje algunos de los jóvenes pasajeros se reunieron para celebrar el cumpleaños de uno de sus amigos. Entre chistes, charlas y risas, salió el tema de un accidente aéreo en los picos de los Andes que

había ocurrido en el mes de julio de ese año. Se trataba de un avión carguero que trasladaba ganado en pie desde Uruguay hasta Chile por la ruta Mendoza - Santiago y que a causa de una tormenta se había estrellado en las montañas cuando pasaba por el paso andino Cristo Redentor. Era medianamente reciente y una de las noticias que más habían resonado en la radio en los últimos meses, por lo que entre una cosa y otra los chistes fluyeron entre relaciones del accidente y el viaje próximo que se acercaba. Margarita Montes, prima de Diego Storm, que viajaba en el avión, quien estaba ahí con los chicos, me confesó que al día de hoy ese "chiste" le pareció una especie de premonición, y que por algún motivo, aquello parecía un tema demasiado "negro". Otros de los chicos fueron a la casa de Gustavo Nicolich para ultimar detalles y resolver qué llevarían en la valija y algunos otros optaron por irse a dormir temprano, puesto que el avión salía a primera hora. En cualquiera de los casos, todos estaban muy emocionados por ese viaje, que prometía ser una excelente experiencia, y aquello era puro jolgorio.

Todo lo que cuento arriba ocurrió el 11 de octubre de 1972, el mismo día en que mamá, sentada en la terraza de casa con vista al jardín en una típica tarde soleada de primavera en Montevideo, sin saber hasta cuándo, se despidió de Marcelo. Estaba con Tere y Freddy, que la llevaban a El Sauce, de pasada a Santa Teresita, la estancia de ellos convenientemente ubicada no más cruzando la carretera. Mientras mamá subía sus cosas al auto, Marcelo se asomó con una taza de té a la puerta a despedirse de mamá y mis tíos y le gritó: "¡No me acompañás al final, eh, viejita, me dejás solo y no venís!". Desde que papá había fallecido la llamaba así, "viejita", cariñosamente. Él era así, un poco repetitivo y jorobón. Ese chiste sí que quedó grabado en piedra en la memoria de mamá, y aunque ni Tere ni ella mencionaron nada de esa pequeña charla nunca más, las dos

recordaban esas últimas palabras que habían intercambiado como si hubiera sido la noche anterior. Ese día, los cuatro rieron y, al terminar de cargar el auto, mamá, Tere y Freddy partieron rumbo a Rocha.

2.
DÍAS SINIESTROS

El viernes 13 de octubre de 1972, al igual de lo que había ocurrido en el caso de la noticia de papá, también estaba en el colegio. En esta historia hay coincidencias que el tiempo solo resalta y te dejan perplejo. Yo asistía al Sagrado Corazón de Jesús —en el edificio actual de la Scuola Italiana —, que aún se ubica a la vuelta del Christian. De la misma manera que había ocurrido cuatro años antes, me llamaron a la dirección para anunciarme que el avión en el que viajaban los chicos no había llegado a Chile y no se sabía nada del paradero. Inmediatamente las monjas me mandaron a casa. De nuevo.

De camino a casa me detuve a pensar sobre el significado del día, "viernes 13", y pensé: esto no puede ser nada bueno para la superstición aumentada de mamá. Ella siempre decía que desde el día que se le había cruzado un gato negro seis años atrás no paraban de pasarle desgracias: un año falleció mi abuelo, después mi abuela, y acto seguido, mi padre. Seguro por su cabeza pasaba que el gato negro también iba a meter en la bolsa el accidente de mi hermano. Yo no tenía ningún gato negro, pero eso estaba a punto de cambiar. En tan solo un mes cumplía mis 16 años, pero mi juventud no me detuvo al momento de pensar que había algo injusto en toda aquella situación. Primero mi padre, y cuatro años después mi hermano, que se había convertido en mi padre. Definitivamente no estaba preparada, así como no estaba preparada cuando pasó lo de papá, pero aún con el corazón en la mano y sin tener ningún tipo de información aparte de

que había desaparecido en las montañas de los Andes, me provocó insistir en que mi hermano estaba vivo.

Al llegar a casa estaba Stellita, que se había enterado por una llamada que le había hecho Gustavo, quien, como muchos otros en esta historia, había escuchado la noticia en la radio. Ella y yo solas en casa no teníamos más que hacer que sentarnos y esperar que regresara mamá del campo. Y fue ahí, sentada en la soledad inmensa de mi casa vacía, que vi frente a mis ojos el comienzo de toda una historia repetida, la del 29 de octubre, cuando murió papá.

Mamá, que había decidido irse a la estancia para descansar después de todo el esfuerzo que le había significado el casamiento de Álvaro, estaba sola. No fue sino hasta recientemente, quizás algunos meses atrás, que me detuve a imaginar el momento exacto cuando mamá recibió la noticia. ¿Qué se le pasa a uno por la cabeza cuando escucha que su hijo está perdido en una montaña helada? ¿Qué señales envía el cuerpo ante una situación así? ¿Cómo se sigue al otro día? Son preguntas con respuestas que nunca llegaron. Sobre ese y otros momentos, mamá se convirtió en una tumba, y lo que sé lo sé porque hace muy poco tiempo que soy capaz de retomar el tema y conversar con quienes tienen más recuerdos e información que yo sobre lo que pasó ese día y durante los casi tres meses siguientes. Solo así es que hoy me permito reconstruir la otra parte de la historia, nuestra historia, la del otro lado de la montaña.

La noche anterior al accidente, mamá salió a cenar con unos amigos que por diferentes motivos se estaban hospedando en las cercanías del campo. De un segundo para otro, se empezó a sentir terriblemente mal, al punto que tuvo que abandonar la mesa. Mi madre siempre fue muy estricta con los modales a la hora de comer, así que entiendo que el dolor debe haber

sido genuinamente atormentador porque nunca jamás, de otra forma, se hubiese parado de su sitio. Al otro día, por las horas de la tarde, escuchó la noticia del accidente por la radio y automáticamente entró en un estado de completo shock. Entre lágrimas y temblor, su cuerpo y la desesperación la obligaron a salir corriendo por la estrecha entrada de pedregullo del casco de la estancia en dirección a una figura de Cristo, que se encuentra instalada en el campo hace años, en el camino que conecta la entrada al casco con el fondo del campo. Fue allí que apareció en el cruce de caminos el auto de Tere y Freddy, y también el de Blanquita —otra de mis tías que se encontraba casualmente en el campo de al lado— entre el casco, el Cristo y la entrada. Todos fueron testigos de esa imagen desesperada y desgarradora de mamá, corriendo en estado de euforia incontrolable. Al acercarse a ellos, se desplomó en sus brazos. Su cuerpo se vencía, no tenía cómo escuchar voz ni consuelo porque la fuerza solo le daba para rogar al cielo que no le pasara nada a Marcelo. "Otro no, ¡por favor, otro más no!" gritó. Sin decir más, mis tías tomaron a mamá en sus brazos y la subieron al auto, que arrancó a toda velocidad rumbo a Montevideo.

Juan Manuel mientras tanto estaba en la ciudad de Minas, en una de las exposiciones ganaderas anuales. Al regresar al campo de unos amigos donde se estaba quedando vio a lo lejos la inquietud que reinaba en la casa por lo que parecían unas mujeres saltando en la terraza. Cuando bajó a abrir la portera para pasar el auto, notó que la inquietud estaba acompañada de algunos gritos y puertas que se abrían y cerraban con fuerza. Su acompañante en ese momento le hizo notar que, por la agitación de los movimientos, sea lo que fuere no parecían buenas noticias. En unos instantes que parecieron la mismísima eternidad, se acercó a un punto donde finalmente determinó el sentido de las palabras que pronunciaban: "No encuentran al avión de los chicos, no llegó a Chile".

Así fue como esa noche, por diferentes carreteras desde el interior del país hacia Montevideo viajaban mamá, Juan Manuel, Noel, mis tíos y mi prima que se encontraba con ellos. Esas horas significaron para todos el comienzo de un velorio que duraría 72 días. En el auto que traía a mi mamá, mi tío manejaba extremadamente nervioso, atento y a la vez ansioso por llegar. Las noticias de la radio no ayudaban a calmar los ánimos porque cada emisora tenía información encontrada y confusa de lo que había ocurrido. En determinado momento, una de las voces de la radio exclamó que los habían encontrado, a lo que mis tíos saltaron de emoción y le tomaron la mano. "¡Ya está, ya los encontraron! ¿Escuchaste, Stella?". Pero ella no se inmutó y contestó: "Hasta que no vea a Marcelo no voy a estar tranquila". Las noticias eran contradictorias y confundían más que ayudar. Más adelante en el camino también escucharon a los periodistas mencionar una parada obligada del avión en Mendoza, los vientos, las montañas, los chicos, todo entreverado. Pero lo cierto es que, a ese punto, todos en los carros eran conscientes de que nadie sabía absolutamente nada.

Demoraron algunas horas en llegar a la casa, mucho más de lo que se tardaría en llegar hoy, por las condiciones de la ruta y los años del auto. Stellita y yo permanecimos casi inmóviles en casa durante todo el tiempo que tardaron en llegar, viendo cómo entraba y salía gente, hablaban entre ellos y sacaban conclusiones, aunque nada que nos quedase demasiado claro. La confusión era tal que tampoco nos tenían muy en cuenta, así fuéramos las únicas que realmente éramos de la casa. De hecho, nos ignoraban.

Desde la calle se veían las luces y los autos estacionados tapaban la vereda. Antes de llegar, para colmo, se volvió a cruzar un gato negro. "Da la vuelta, Freddy, por acá no pases", "¿De qué estás hablando, Stella?

Tenemos que llegar”, y no se detuvo ni se dio vuelta. ¡Ay! mi tío, si supiera las veces que mamá volvió a mencionar a aquel gato. Igualmente, al ver las luces mamá pensó que Marcelo había muerto, ¿por qué si no habría tantos autos? En cuanto entró en casa, algo así como a las 11 de la noche, noté en sus ojos y sus manos el nerviosismo, aunque entendió por el ambiente aún agitado y revoloteado que la búsqueda estaba en marcha. Una vez entendido eso, continuó en su afán de escuchar más versiones y encontrar a alguien que le diera alguna respuesta a todas las preguntas que había pensado en el camino. A pesar de la hora, intentó comunicarse con el resto de las familias para comenzar a resolver cuestiones que le permitieran dar inicio a su propia búsqueda de Marcelo, especialmente con aquellas con quienes mantenía una relación por la conexión de mi hermano con el colegio y otros jugadores del equipo.

Ya que el viaje se centraba en el partido que iba a disputar el equipo de rugby y la convocatoria se había hecho boca a boca, existían no más de tres grados de separación entre todos los pasajeros. No fue este el caso con la tripulación. Pero más allá de las conexiones que pudiera haber, la verdad es que muchas de las familias no se conocían entre sí más que de nombre. Nosotros conocíamos más a los que vivían cerca de casa o los que sus hijos tenían una relación profesional o de estudio, como por ejemplo la de Marcelo y Eduardo que trabajaban juntos, pero en casos como en el de las familias Valeta, Parrado o Echavarren, hubo que averiguar por varios medios un número telefónico al cual contactarse. Todos estábamos buscando lo mismo, pero no a las mismas personas.

Al revivir la escena de la llegada de mamá a casa, no creo que en ese momento haya tenido tiempo de pensar en mí ni en Stellita, porque viendo cómo se comportó el resto de los días, mamá solamente tenía una misión y era encontrar a mi hermano. De a ratos estaba bien, de a ratos estaba en

shock, y muchos otros totalmente “ida”. El instinto maternal le decía que Marcelo estaba vivo y no la culpaba, yo sentía lo mismo, pero era difícil empezar a pensar en la posibilidad de volverlo a ver cuando ni siquiera se sabía por qué el avión había perdido contacto. A grandes rasgos había sospechas de lo que había ocurrido, pero de ahí a saber la ruta que habían tomado o algún trayecto en detalle, lejos. Recuerdo que, en aquel entonces, la escasa información que había derrumbaba cualquier esperanza de supervivencia, ya que en la lógica de quienes eran más conocedores de temas aeronáuticos, sobrevivir a una caída en la cordillera de los Andes era imposible.

Aún con todo el movimiento que había en casa, después del torbellino que significó el primer día, y con sus inmensas ganas de salir a buscarlo, mamá llegó a su cuarto y colapsó. Durante días se negó a comer y a abrir los ojos, se encontraba en un estado de conmoción tal que no le permitía moverse. Los médicos que la atendían, en especial nuestro primo Bernardo, le recomendaron que tomara un whisky cada cuatro horas y, en broma, él le dijo que en todo caso se tomara cuatro whiskies cada hora; lo que fuera para ayudarla a calmarse. Mamá llegó a tomarse unos cuantos por día, fui testigo. Era un santo remedio. Imaginate que nadie era quién para decirle que hiciera lo contrario. Mientras, yo, que no podía hacer mucho, cuidaba a mi sobrino más pequeño con la compañía de mis amigas, que solían ir todos los días a acompañarme, mientras Juan Manuel y Stellita abrían y cerraban la puerta a la gente que se acercaba a Lido.

Al que le fue tan duro como a mamá ese día fue a Álvaro, que se encontraba en San Pablo con Teresa de luna de miel. La noticia le pegaba doble, porque no solo estaba su hermano sino también una gran cantidad de amigos íntimos. La ansiedad y la urgencia de la situación no le permitían volver en el auto en el que habían llegado a Brasil, pero Álvaro

logró comprar los pasajes de avión gracias a una colecta que organizó nuestro primo Carlos Veríssimo, quien residía en el país vecino. Aquella era la única manera de conseguir el efectivo suficiente para conseguir el pasaje, puesto que cambiar dinero era sumamente difícil y ni que hablar de la inexistencia de medios electrónicos de pago. Esa colecta permitió que Álvaro y Teresa pudieran regresar a Montevideo en avión, y al cabo de un día ya se habían sumado a la búsqueda.

Recién al otro día del anuncio en la radio nos informaron que algo había ocurrido entre la noche del jueves 12 y el viernes 13 que fue lo que tuvo a todas las familias en vilo desde que se supo la noticia. El avión de los chicos había hecho una parada inesperada y fuera de itinerario en Mendoza la noche del jueves, parada que muchos familiares ignoraban por completo. Fue por eso que la primera reacción de algunos al escuchar sobre el accidente fue pensar que no podía tratarse del mismo avión, ya que deberían haber llegado el jueves 12, siempre en referencia al itinerario original. Sin embargo, una llamada al hotel de Chile donde se iban a hospedar confirmó que eso no era cierto, así como la veracidad de la parada en Argentina, y recién allí no hubo duda alguna de que se trataba del Fairchild 571.

El resto de esa semana la gente llegaba a la casa de Lido desde muy temprano. Para mí era algo así como un *déjà vu* del día en que falleció papá, aunque a diferencia de lo que había acontecido cuatro años antes, ahora la gente solía dormir noche tras noche en cualquier rincón que encontraba para descansar. El centro era sin duda el cuarto de mamá, que además de espacioso era el único que tenía televisión en la casa y a decir verdad, donde mamá se pasaba la gran parte del tiempo en posición horizontal. En casa, sin embargo, solo se respiraba esperanza, y en el anhelo de escuchar el teléfono sonar con cualquier noticia que ayudara a

encontrarlos, muchos familiares y amigos simplemente no veían el momento para volver a su propio hogar. Cuando llegaban familiares de otros de los chicos que iban en el avión mamá se componía para recibirlos, para disimular su frustración. Yo veía, desde mi rincón, cómo se abrazaban y consolaban con una energía desoladora y con frases de pocas palabras. Recuerdo lo intenso y doloroso que era sentir a unos simples metros de distancia tanto desasosiego, y aún así, yo no entendía ni mi propio proceso interno de duelo.

Tan firme como se puede estar, ahí se encontraba mi tía Tere junto a Freddy y el resto de mis primos. Su familia permaneció en casa hasta que supimos el desenlace de la historia, sin que nadie les pidiera ni insinuara que los necesitábamos allí. Siempre supieron que su convivencia con nosotros durante ese tiempo fue como un salvavidas en el medio del océano. Por un lado, mis primos nos mantenían con los pies en tierra, mientras mis tíos, que algunos días inclusive dormían en un colchón ubicado al costado de la cama de mamá, se esforzaban por mantenerla a flote costara lo que costara. Allí también estaban nuestros tíos Blanquita y Carlitos y todos nuestros primos De León, especialmente mis primas que, por tener la misma edad de Marcelo, compartían toda una vida de recuerdos con él. La herencia de una familia extremadamente unida vino de una generación más arriba, de la de mamá, que tenía adoración por sus primos y sobrinos. Wilson Ferreira, mi tío, fue uno de los primeros en llegar a casa a ver a mamá, y a pesar de ser uno de los hombres más ocupados del país por esos años, siempre encontró un lugar para nosotros, especialmente para mamá, que supo refugiarse en sus brazos incontables veces. Este es de los pocos recuerdos que son completamente míos.

Al pasar los días las noticias del paradero del avión se fusionaron cada vez más entre ficción, anhelo y realidad, confundiendo aún más nuestras

ya inestables cabezas. El corazón se me detiene cada vez que pienso en esos primeros días, se me corta la respiración y la angustia parece alimentarse de todo este estado para devolverme a los días más tristes de mi vida. Pienso en mamá, en las otras madres y todas las familias, y vuelvo a intentar recordar detalles de alguna manera, detalles que el dolor quiso todos estos años que olvidara por completo.

Situaciones parecidas a lo que se vivió en mi casa durante esos días ocurrieron también en la casa de los otros chicos. Las habitaciones estaban siempre llenas de familiares y conocidos que, conmovidos por la noticia, llegaban a dar aliento y a ayudar a encontrar soluciones y proveer cualquier recurso que sirviera para la búsqueda.

Uno de los grandes amigos de Marcelo que había viajado con él era Julio Martínez Lamas. Julio tenía 24 años, era el segundo hijo de tres y, al igual que mi hermano, había tomado un rol protagónico en su casa después de la muerte de su padre justo un mes antes de nacer su hermana menor, Ana Inés. Ante la falta de una figura paterna, Julio había tomado las riendas de la casa y desde muy joven había comenzado a trabajar en un banco para apoyar a su familia, especialmente a su madre, María Esther *Nené* Caubarrere, y Ana Inés, con quienes convivía. Quizás compartir eso fue lo que los convirtió en amigos íntimos, esa inmensa sensación de responsabilidad y una dedicación total a su familia.

En su propia casa, en el equipo de rugby del colegio y en el banco BROU, Banco de la República Oriental del Uruguay, donde trabajaba, Julio era una persona infinitamente querida y apreciada. Al día de hoy, sus amigos recuerdan la singularidad de ese joven que invadía de buena energía cualquier lugar al que fuera, y conocerlo no solo era un privilegio, sino una señal de estar cien por cien al tanto de lo que ocurría por esos barrios. Con los *Brothers* del colegio tenía línea directa, y era él quien

solía hacer campaña cuando querían suspender algún partido por mal tiempo o había que hacer presión para solucionar cualquier tema que propusieran que afectara al equipo. Su compromiso era total, al punto de que, con tal de no perderse un partido o entrenamiento, Julio jugaba igual sin zapatos como si fuera lo más normal del planeta. Él era sin duda una imagen viva de lo que transmite un deporte como el rugby.

Para Julio, el viaje era una escapada y unas vacaciones perfectas, y por eso se convirtió en su gran promotor durante la organización. Los días previos a partir manifestaba su emoción a su madre y a Ana Inés con un entusiasmo digno de un joven de su edad, y simplemente no veía la hora de partir rumbo a Chile. La noche antes de la salida, los tres fueron a un restaurante popular del barrio a cenar, y por razones que no tienen explicación, su madre le dijo: "Julio, esto parece una despedida", palabras que resonaron por siempre en la vida de ambas después de lo que ocurrió.

La noche del 13 de octubre, cuando se suponía que los chicos ya estarían por llegar a Chile, Nené y Ana Inés salieron al cine, y aunque varias personas al conocer la noticia salieron a buscarlas para avisarles, no se enteraron hasta que llegaron a su casa. Al acercarse vieron que estaba llena de gente y pensaron que eran visitas inesperadas simplemente, pero al dar apenas dos pasos dentro, una de las personas que estaban allí les comunicó lo que había ocurrido. Si había algo que caracterizaba a Nené era su fortaleza y serenidad, y así reaccionó. Después de unos instantes en los que se detuvo en la entrada con actitud supremamente pensativa, activó inmediatamente un *switch* que la convirtió en una máquina imparable para descifrar dónde estaba su hijo.

Los días siguientes, tanto ella como Ana Inés, aún con su corta edad, recorrieron Montevideo cada día de la búsqueda. En lo de la familia Canessa, otro de los chicos que viajaba en el avión, se analizaban los

mapas con detención y se consultaba a expertos, y tanto Nené como Ana Inés estaban siempre al firme registrando cada paso una vez que la noticia se reprodujo en todos los medios. Desde el BROU lo recordaron inclusive con una nota en el diario que se tituló: "Uno de los jóvenes pasajeros del avión es un funcionario del Banco de la República" y a continuación:

La desaparición del avión Fairchild de la Fuerza Aérea que ha conmovido a la opinión pública del país, particularmente a 45 familias uruguayas, y a todos aquellos vinculados de una u otra forma al Colegio Old Christians, ha llenado de congoja también a los funcionarios del Banco de la República. En efecto, uno de sus funcionarios, estimado y querido, figuraba en la nómina de viajeros, Julio Martínez Lamas Caubarrere, de 25 años de edad [...]. *Vinculado desde sus inicios al equipo de Rugby, juega de suplente. Su espíritu alegre, su compañerismo y su acendrado amor por todas las causas que emprende hizo que todos los funcionarios de la Casa Central del BROU que le conocen le aprecien más allá de lo común*.

Daniel Maspons era el penúltimo de una familia de solo mujeres, cuatro hermanas para ser exactos, todos hijos de Sergio Maspons y Gladys *Mamama* Rosso de Maspons. Vivían en la calle Mones Roses y Miami. Como el único hijo varón, su padre tenía una relación especial con él, y veía en su personalidad todo el potencial para que Daniel pudiera seguir sus pasos, tanto en la empresa familiar como en organizaciones de las que él ya era parte, como en la directiva del Club Atlético Peñarol, uno de los equipos de fútbol más importantes del país.

En ese momento estaba en exámenes de facultad, era octubre y en Uruguay a fin de año se realizan las últimas pruebas de estudios. Si bien su pasión por el rugby y el Christian era evidente, y su íntimo amigo Roberto

Canessa ya estaba confirmado en la lista de pasajeros, su padre no era muy afín a dejarlo ir en el viaje. Finalmente lo dejó ir; Daniel estaba feliz de la vida, como era de esperarse. Rosario, su hermana y "compinche", estuvo a punto de acompañarlo, ya que para ella el plan de ir a Chile con el equipo también era muy tentador. Como Daniel era de los más chicos, no participó tan activamente de la organización, pero su pasión por el equipo era muy especial, al igual que la de toda su familia, que estaba religiosamente presente en cada partido y actividad del club.

El 13 de octubre Rosario estaba en su casa dándole de comer a Marcelo, su hijo menor. Alejandro, su hijo mayor y mascota del equipo del que hacía parte su tío, estaba en lo de sus abuelos cuando escucharon la noticia del accidente. Fueron ellos los que llamaron a Rosario y le dieron la noticia. Tomó a su hijo lo más rápido que pudo y se fue a lo de sus padres, donde los encontró en una inmensa agonía y desesperación. Las perspectiva empezó a cambiar después de ciertos días, pero en un primer instante en lo de la familia Maspons se los dio por muertos. Rosario fue la única de su familia que tenía esperanza de que su hermano apareciera con vida y participó después de ese día en actividades en lo de Rafael o en la casa de otros de los chicos. Cuando regresaba de trabajar tomaba la bicicleta y se iba a escuchar novedades o al menos estar al tanto de lo que sabían las demás familias. Era difícil compartir eso en su propia casa, pues allí el ambiente era por demás delicado. Isabel, una de las hermanas de Rosario y Daniel, vivía en Córdoba, y Pilar, que aún vivía en lo de sus padres, fue quien se preocupó por cuidar de ellos. La familia entera, por su relación con el colegio, se refugió mucho en el apoyo de los *Brothers,* y optaron por el silencio para poder atravesar el dolor de cada día.

En lo de la familia Valeta, por ejemplo, quienes buscaban a Carlos, su hijo menor, eran sus padres y sus dos hermanas mayores, que también se enteraron de la noticia por la radio. Carlos Valeta era un joven alegre y sumamente conversador. “Loro Colorado” le decían en su casa porque, sencillamente, no paraba. No era amigo de Marcelo sino de Gustavo Zerbino, y decidió unirse al viaje en calidad de acompañante después de que este último lo invitase cuando estaban en su casa estudiando un día para la Universidad. En el momento del accidente estaba estudiando medicina, siguiendo los pasos de su padre el Dr. Carlos Valeta, quien con una sabiduría especial y con una mentalidad mucho más racional de lo que yo viví en casa, al pasar los días trabajó mucho por la estabilidad de sus dos hijas y por llevar adelante la búsqueda con calma, aunque pasado un considerable tiempo su lógica le decía que no existía posibilidad de encontrarlo con vida. Inés, la madre de Carlos, por su parte era una de las pocas madres que en aquella época tenía un trabajo fuera de su casa. Inés trabajaba en el liceo 15 del barrio de Carrasco como profesora y tenía una sensibilidad muy especial. El accidente hizo que Inés fuera muy compañera de mamá, y solían hablar mucho sobre el accidente y sus hijos durante y después de la búsqueda. Tanto fue así que en una de esas conversaciones mamá nos contó que Inés se había enterado de la tragedia cuando estaba en una modista, pero no por la radio. Según nos contó mamá, mientras se estaba haciendo unos arreglos el 13 de octubre sintió algo extraño y se desmayó. Al levantarse, lo primero que dijo fue “algo le pasó a mi hijo”, y recién después lo confirmó con los medios. Inés tenía un instinto y una conexión muy especial con todo lo que le pasaba a Carlos, por lo que supo dentro suyo cuándo seguir teniendo esperanza y cuándo no. Por otro lado, tanto Teresa como su hermana Inés, al igual que su padre, entendían con el dolor del mundo que, dadas las circunstancias y

posibilidades que se barajaban del paradero del avión a temperaturas de casi 20 grados bajo cero, Carlos había muerto.

En lo de Felipe Maquirriain, por otra parte, la situación también fue muy compleja. En ese momento, dos de las tres hermanas de Felipe estaban de viaje y en su casa solamente se encontraba la menor, Sandra, con sus padres, Felipe y Selva. Como muchas otras familias, escucharon la noticia por la radio y su casa se llenó de familiares y conocidos en apenas unos instantes. Para ellos fue complicado comunicarse con familiares de los otros pasajeros porque Felipe, si bien había asistido al Christian tres años, no mantenía una relación tan apegada ni con el colegio ni con el rugby y, puesto que ya se encontraba en facultad, frecuentaba otro círculo.

Felipe era un joven de alma tranquila, y un gran dibujante que solía sumergirse entre papeles, lápices y colores para dar vida a su imaginación, que la mayoría de las veces rondaba alrededor de los deportes y otros pasatiempos. Además, era una persona muy intelectual y racional, que gracias a sus amigos y conocidos del ambiente universitario había desarrollado una gran habilidad para cuestionar con fundamentos lo que muchas personas daban por sentado. Asimismo, el ambiente politizado que se vivía en el país le daba, a diferencia de lo que ocurre en la actualidad, un espacio a los más jóvenes para involucrarse en el futuro del país desde otras perspectivas y una nueva posición, y allí Felipe se sentía identificado. Desde muy chico, a la respuesta de “sos de Nacional o de Peñarol”, Felipe respondía “de frutilla”, porque no lo identificaba ni un lado ni otro. Pues así siguió el resto de su vida, con su propio mundo, creativo, ajeno y único: de frutilla.

Además, tenía una particular adoración por sus hermanas, a quienes cuidaba como nadie. Sus padres, que tenían una mentalidad muy abierta

para la época, creían que un viaje al exterior era una oportunidad que quizás a Felipe le hacía falta y, puesto que su hermana mayor se encontraba en Estados Unidos en una oportunidad similar, no encontraban razón para no ofrecerle lo mismo a él. Claro que esto fue algo que después Selva, su madre, como muchas otras madres que incentivaron a sus hijos a ir en el viaje, lamentó.

Felipe era, además, muy amigo de Pedro Algorta y de Arturo Nogueira, quienes también se encontraban en el vuelo aquel día, y tanto él como Pedro habían sido invitados por Arturo, que había sido uno de los primeros confirmados en la lista de pasajeros. Antes de que su padre lo dejara en el aeropuerto con los demás pasajeros del Fairchild, Arturo se despidió de Cristina, su hermana, desde la puerta del cuarto donde se encontraba en reposo por hepatitis, y de su madre. Si bien sabían ambas que el avión debía aterrizar en Chile el mismo 12 de octubre, al otro día, a primeras horas de la tarde, Cristina encontró a su madre mirando fijamente por la ventana al cielo celeste con apenas algunas nubes, totalmente absorta en sus pensamientos.

—¿Qué hacés, mamá? —le preguntó cuando la vio inmóvil.

—¡Ay, Arturito! ¿Cómo estará? ¿Habrá llegado bien? —dijo.

—¿Qué decís, mamá? ¡Si los chicos llegaron ayer! —le contestó Cristina.

Claro, ese pequeño intercambio tiene mucho más significado ahora. Hoy, Cristina sabe que su madre sintió de una manera inexplicable que algo había pasado. El resto de la tarde la recuerda inquieta y muy pensativa, hasta que se supo la noticia. Tal fue el alboroto de ese día que, recién a la siguiente mañana, lograron comunicarse con Raquel, la hermana mayor de la familia que vivía en el barrio de Pocitos, en

Montevideo. Eso fue el 14 de octubre, el día de su cumpleaños, motivo por el cual Raquel sospechó que la llamada era de felicitaciones.

—Es temprano, mamá, me hubieras llamado más tarde.

—¡¿No te enteraste todavía?! ¡Arturito! ¡El avión de Arturito, no lo encuentran!

Así se enteró Raquel de la desaparición de su hermano, totalmente en frío y sin anestesia, ante la mirada de su suegra que se encontraba con ella en el apartamento y quien no había encontrado aún un momento para decirle lo que había escuchado sobre el avión en el que viajaba su hermano. Para esa mañana, la noticia del accidente era tapa de todos los diarios. Las fotos de los chicos ocupaban páginas enteras, en especial una foto muy típica de Arturo, posando con la camiseta del equipo y una pelota de rugby.

Arturo tenía 21 años y estaba estudiando Ciencias Económicas. Era un chico tranquilo, buen estudiante, muy deportista y, como si fuera poco, un excelente guitarrista. Su afición por la música era tal que no había un momento que dejara a un lado la guitarra, y hasta llegó a grabar un disco donde también cantaba. A los trece años ya tocaba en pequeños shows en vivo del barrio y lo destacaban en los diarios locales como “la revelación del folklore”. Lo cierto es que no había actividad que Arturo emprendiera donde no se destacara. Al alejarse de su círculo social en cuanto emprendió camino a la Universidad, al igual que Felipe Maquirriain, el contexto político del país le provocó ciertas inquietudes que lo llevaron a tener un especial y genuino interés por la actualidad y el desarrollo de los acontecimientos que estaban ocurriendo. Era el segundo de siete hermanos, y el primer varón y además, llevaba el nombre de su padre. Quizás no tanto ahora, pero te puedo asegurar que en los 70 eso era un

detalle importante y de gran valor sentimental para las familias de Montevideo.

La casa de los Nogueira en octubre del 1972 se encontraba, al igual que la nuestra, en el barrio de Carrasco a pocos metros de la casa de Rafael Ponce de León, desde donde se informaban avances por radio de la búsqueda del avión. Al llegar Raquel a la casa de sus padres, vio por primera vez llorar a su padre, una imagen hasta el momento única para sus siete hijos. A pesar de ese día y el dolor tan irremediable, como padre de familia, Arturo padre se centró exclusivamente en sacar a la familia adelante, lo que para él significaba no volver a hablar más de Arturo o de cualquier detalle sobre el tema. Eso no fue muy fácil para su madre, ya que al igual que mamá y muchas de las madres de las otras familias, su organismo le pedía el desahogo a través de la palabra, pero no era ella quien marcaba la pauta sobre cómo se iba a lidiar con la situación en la familia.

Frente a muchos padres que mantenían la esperanza durante la búsqueda, Arturo se mantuvo muy cauteloso. Le parecía un riesgo demasiado grande mantener la ilusión de volver a ver a su hijo, y miraba con precaución a quienes se mostraban tan convencidos de que aún podía haber alguien con vida. En su cabeza y sus palabras, sabía que semejante idea podía tener efectos reconfortantes quizás, pero que frente a un desenlace desafortunado, la recuperación sería mucho más difícil. Por el contrario, decía, si se mantenía al margen de tanta ilusión, en caso de recibir la peor noticia, no representaría tanto dolor. Por más racional que parezca la mente a veces, como él mismo le contó después a sus hijos, la presión por verse íntegro en su casa lo obligaba a hacer paradas antes de

llegar. Al no saber nada de su hijo por varias semanas, Arturo se detenía frente al mar en la famosa rambla de Montevideo a llorar y gritar, para tratar de reducir su dolor fuera de la vista de su esposa y el resto de sus hijos.

Curiosamente el día del accidente también era el cumpleaños de Raquel Arocena de Nicolich, madre de Gustavo Diego Nicolich Arocena. Ese día se encontraba en su casa junto a su hija y Elisa, una señora que la ayudaba con tareas del hogar y solía coser con la radio prendida. Al escuchar por la radio la noticia, llamó a Raquelina, de apenas 14 años, para avisarle lo que había escuchado y que se lo informara a su madre. Esta última no prestó mucha atención a la noticia puesto que el avión de los chicos se suponía que había llegado el día anterior. Sin embargo, al llegar uno de sus hermanos que trabajaba en el diario local *El País*, le confirmó que se trataba del avión que llevaba al equipo de rugby y, aunque ya corrían rumores que sugerían que tenían localizada la aeronave, reiteró a la familia que no festejara por adelantado, puesto que según sus fuentes, del paradero en realidad no se tenía ni una coordenada.

En lo de la familia Parrado, los únicos miembros de la familia nuclear que no habían ido en el viaje eran el padre, Seler Parrado, y la hija mayor de 22 años, Graciela. Ambos tenían pasaje para ir, pero Seler unas semanas antes se lesionó jugando al tenis y Graciela tres días antes de partir también devolvió su pasaje porque ya había hecho uso de los viáticos destinados para Chile en Montevideo. En definitiva, habían organizado un viaje familiar a Santiago que no ocurrió. Su madre, Eugenia Dolgay, había viajado en el mismo avión junto a Nando y Susana, sus dos hijos menores. El 13 de octubre Graciela llegaba casualmente a lo de su padre después de ver un partido de rugby con su esposo y su hijo cuando escuchó en las noticias algo sobre un avión: “No se tienen noticias sobre el

avión perdido en la cordillera”, dijo el locutor. Graciela se dio vuelta para enfrentar a su esposo y le dijo: “Están todos muertos”. Si bien la información no aclaraba si se trataba específicamente del avión de los chicos, asumió que así era. Ante la incredulidad de quienes la rodeaban, comenzó a hacer llamadas al Canal 4 de Montevideo, donde trabajaba, hasta que le confirmaron que efectivamente se trataba del avión en el que viajaba el equipo de rugby del Old Christians Club: “En ese avión va toda mi familia”, contestó.

A las corridas, subió a la segunda planta de la casa, donde encontró a su padre en la cama en completo estado de shock. Tal como le ocurrió a mi madre, Seler tardó unos días en poder recomponerse, momento en el cual tomó sus cosas y partió a Chile a seguir de cerca los pasos que tomaría la Fuerza Aérea de Chile. Graciela, en medio de su anhelo de ver a su familia nuevamente y su racionalidad que le decía que ya no los vería más, se quedó en Montevideo a pedido de su padre y siguió los avances desde la casa de la familia, donde la acompañaban su hijo, que tenía apenas un año, y su marido.

Estaba en blanco. En esas primeras semanas no encontró momento para volver a su casa a raíz de lo que estaba ocurriendo y prácticamente se mudó con su padre. Ante la vista atónita de sus íntimas amigas comenzó a empaquetar la ropa de su madre, su hermana y su hermano y la regaló, con una extraña calma y tranquilidad que solo se puede explicar por el estado de shock. Parecía un robot a quien le habían encomendado la peor tarea de su vida. Para ella no iban a volver, su familia se había quedado en la montaña. Apenas un par de veces llegó a visitar la casa de Rafael Ponce de León para ver qué estaba pasando, pero en definitiva todo aquello le parecía insólito. No tenía sentido que siguieran buscando un mes o dos meses después del accidente.

Por otro lado, en lo de Guido Magri, tal como recuerda Aldo, su hermano, al igual que muchas otras familias supieron sobre el accidente por teléfono y radio. En su caso, Aldo estaba en el campo de la familia cuando le informaron la noticia y regresó inmediatamente a Montevideo, donde confiesa que comenzó un período que él recuerda como "la primera muerte". Sus padres desde un inicio nunca tuvieron esperanzas de que Guido regresara. Al igual que muchos otros familiares, la lógica y la razón ganaban frente a las otras posibilidades que se barajaban y, en silencio, siempre en silencio, sus padres sufrieron la falta de Guido. Se hablaba del tema, sí, pero no con esperanza. El accidente, el frío, y sin recursos… cada cosa que podían pensar les llevaba a la conclusión de que no había posibilidad de encontrarlo con vida. Frente a este panorama, nunca optaron como otras familias por participar en las reuniones de búsqueda ni ir a lo de Rafael a escuchar noticias. Desde su perspectiva, más que noticias, lo que se informaba eran rumores, y eso les afectaba más de lo que les ayudaba.

Guido era uno de los jugadores que se sumaba al equipo de rugby desde las generaciones menores, y era íntimo amigo de Fernando Parrado. Sus padres, a pesar del gran entusiasmo que mostraba su hijo para el deporte, no estaban intensamente involucrados con la actividad deportiva de Guido. Su padre era médico y estaba cien por ciento enfocado en su profesión, y a su madre le daba demasiada impresión ir a verlo jugar —¡igual que a mamá!—, y después de ir la primera vez decidió no volver más. Sin embargo, lo apoyaba desde la casa con todo lo que podía, especialmente en lo que se refería a mantener y tener siempre listo el equipo para sus partidos. A diferencia de otras madres, la madre de Guido nunca manifestó una sensación o "instinto" que le dijera que su hijo estaba vivo, y eso fue

lo que en gran medida en su casa llevó a que rápidamente reanudaran todos su vida normal y rutina.

Guido era un joven de 23 años absolutamente tenaz. Estudiaba agronomía con un entusiasmo enorme, y así como era de testarudo en otros aspectos de su vida, también lo era con su impulso de terminar la carrera. Antes del accidente se encontraba en Paysandú, realizando las últimas prácticas a que obliga el estudio de agronomía en el Uruguay, y tenía planificado casarse ese mismo diciembre con María de los Ángeles, su novia chilena desde hacía algunos años. Cuando lo llamaron porque había lugar en el avión, aceptó, porque además del partido, era una gran oportunidad para visitar a su futura esposa.

Al igual que Marcelo y otros grandes entusiastas del Old Christians Club y de su futuro, Guido creía que, eventualmente, Uruguay le quedaría "chico" al club, y que si realmente iban a apuntar a que creciera y se desarrollara el equipo como soñaban, el futuro estaba sin duda en la Argentina. Cómo son las cosas que hoy en día el club juega el campeonato de clubes en Argentina. En el 72, esa posibilidad era un simple sueño.

En lo de Rafael Echavarren, quien también viajaba en el avión, fue sumamente difícil ese momento. Tal como me cuentan Sara, Beatriz y Pilar, sus tres hermanas menores, enterarse del accidente fue un baldazo de agua fría que hasta el día de hoy les detiene por instantes el corazón. Sara, o Sarucha como le dicen cariñosamente su familia y amigos, se encontraba de viaje con su padre, Ricardo, en Tacuarembó para asistir a unos remates relacionados con su trabajo. En cuanto terminaron las actividades en la ciudad se subieron al auto en dirección a Montevideo, y a los minutos de andar por la carretera escucharon en la radio, de pura casualidad, la noticia del accidente, más específicamente que el Fairchild

que llevaba a los rugbiers había desaparecido. Tanto ella como una amiga que los acompañaba y se encontraba en el asiento de atrás se miraron confundidas. Finalmente, y ante el silencio de su padre, Sarucha se animó a decir en voz alta: “No pueden ser ellos papi, no puede ser”, pero Ricardo supo que no iba a poder hacer ese viaje con tranquilidad sin confirmar las sospechas que tenía, así que dieron media vuelta y regresaron a Tacuarembó, directamente a la casa de unos amigos que tenían allí. Cuando llegaron, notaron que ya estaban todos al tanto de la noticia por sus ojos con pena. Cruzaron miradas silenciosas y los invitaron a sentarse para poder conversar más tranquilos del panorama que se les había presentado totalmente de improviso. Allí fue cuando Ricardo llamó a Montevideo a Sara, su esposa, una mujer a quien la sabiduría la caracterizó cada momento de su vida. En ese instante, mientras les confirmaban que efectivamente era el avión en el que iba su hijo el que se había perdido en la montaña, Sara apeló a su fe.

—Ricardo, la última palabra la tiene Dios. Por ahora, nadie sabe nada, fue un accidente.

—Sí, ¡pero qué accidente! ¡En las montañas de los Andes!

Después de ese mínimo intercambio, cortaron la comunicación.

Sara, su amiga y Ricardo salieron de la casa de sus amigos y emprendieron un viaje angustioso hasta el reencuentro con el resto de la familia en Montevideo. En el camino cruzaron muy pocas palabras y, a pesar de lo difícil que era creer que les estaba tocando vivir algo que uno nunca se imagina, reinaba la calma, simplemente por el hecho de que aún tenían muchos kilómetros que recorrer y enfocados en sintonizar alguna radio que les permitiera entender, un poco más, una situación inentendible.

Pilar y Beatriz, las dos más pequeñas, entraron aquel día en su casa después de clase de baile español en busca de su madre luego de escuchar

sobre el accidente en la casa de su abuela, por donde habían pasado apenas unos minutos antes. Allí, sus tías, quienes las atendieron primero, les habían comunicado que "parecía" que el avión de los chicos había desaparecido. Cerca de la puerta de entrada, a su derecha, habían visto en silencio y con cara sombría a la abuela, una figura muy especial para Rafael, y Rafael para ella, ya que había vivido con sus abuelos antes de que la familia completa se mudara a la capital.

En aquel encuentro con su madre, Sara las recibió con la noticia fuerte y clara de que, efectivamente, el avión de Rafael había caído en la montaña. Dicho eso y luego de que se comunicara su padre con ellos, se dispusieron a cenar en completo silencio.

—Mamá, ¿vamos a ir mañana a clase? ¿Qué va a pasar? —dijo tímidamente una de ellas.

—¡Pero por supuesto que sí! La vida sigue —contestó Sara.

A las horas llegaron Ricardo y Sarucha de Tacuarembó. Su padre, un hombre que se había mostrado hasta ese día con cierta seriedad y dureza, entró esa noche al cuarto de sus hijas a arroparlas. En el silencio de la noche y con el dolor de su alma, se secó las lágrimas con las sábanas desde uno de los extremos de la cama de Pilar, la menor. Durante todo el viaje en auto no se había permitido quebrarse, no delante de su hija, aunque Sarucha había notado cómo se había petrificado desde el primer instante en que se enteró de lo ocurrido. En su silencio se escondía una angustia que creció con los minutos, y pudo calmarse solamente ante el abrazo de Sara, y fue en sus brazos donde se desplomó. Allí y solo allí se dejó ver transido. En ese abrazo, además, ocurrió algo que hasta el día de hoy a las tres, tanto a Sarucha como a Beatriz y Pilar, las marcó por el resto de la vida. Como si aquello hubiera sido un hechizo, se gestionó un cambio de roles hasta el momento inaudito, donde su madre, una mujer de contextura

pequeña y generalmente en un segundo plano, se convirtió en una fuerza avasallante, optimista y luchadora, mientras que su padre, quien hasta el viernes 13 de octubre de 1972 había construido una imagen de hombre severo y solemne, se arrugó completamente de dolor y bajó la guardia. Esa noche, por tanto, fue un antes y un después para la familia Echavarren en más de un sentido.

Rafael había entrado apenas unos meses antes de ese nublado octubre a la casa de sus padres a anunciar que se iba de viaje a Chile, invitado por Gilberto *Tito* Regules, un íntimo amigo. Era el único varón de la familia, y se destacaba especialmente por su gran humor y dote para ser siempre el más chistoso de todos, y con ese humor se tomó la idea de irse en un viaje sin casi conocer a nadie. El 12 de octubre Tito se quedó dormido, y allá fue igualmente Rafael a apelar a su gran capacidad de sociabilidad en un avión repleto de desconocidos. En los días siguientes y durante toda su vida, Sara fue quien realmente marcó la pauta en la familia Echavarren. Desde el primer día de la búsqueda vivió la tragedia intentando que, a pesar de todo, sus hijas tuvieran un día a día lo más normal posible. Su forma de sobrellevar cada día de la búsqueda con entereza e increíblemente, siempre con una sonrisa, le permitió a sus tres hijas salir adelante y su mensaje esperanzador, de que todos los días saldría el sol, se convirtió para la familia en la verdadera luz del día.

Por otra parte, Diego Storm también estaba inmensamente feliz por ir en el viaje, y también había sido invitado por Tito. Tal como lo había demostrado toda su vida, cada desafío y oportunidad que se le presentaba era una nueva forma de ejercitar su audacia y valentía. Era el segundo de tres varones, hijos de Juan Storm y Bimba Cornah de Storm. A pesar de no tener hermanas, encontró en Margarita Montes Storm, su prima, la figura femenina que desde niño lo admiraba por su particular travesura. Toda una

infancia juntos de paseos en el campo de sus abuelos hizo que floreciera en ellos una conexión muy especial. Juntos compartían su pasión por la música, especialmente los Beatles, a quienes Diego adoraba, y para el momento del viaje compartían también un enorme grupo de amigos que incluía a varios de los otros pasajeros del avión, como Roy Harley, Roberto François, Carlitos Páez Rodríguez y Gustavo Nicolich.

Margarita iba en el auto con su madre cuando escuchó en la radio sobre el accidente de un avión. Estupefacta, pidió a su madre que la llevara a la casa, desde donde podría llamar a sus tíos Bimba y Juan. Sin embargo, su madre, cautelosa, le propuso esperar a que se supiera bien si se trataba de los chicos o no, porque de lo contrario causaría un revuelo innecesario. El 14 de octubre, cuando amaneció, lo primero que vio fue la confirmación del terrible presentimiento que la tuvo en vela toda la noche y, cuando llegó a lo de Diego y vio el enorme gentío que ya se había reunido en su casa, supo que era demasiado tarde para ser ella quien les diera la noticia.

En lo de la familia Vázquez la circunstancia se desarrolló de una manera diferente. Al igual que ocurrió con otros de los chicos, Fernando era el mayor y sus padres tenían absoluta perdición por él. Era un joven de 20 años apenas y con unas aptitudes que se destacaban fácilmente, además de una inteligencia que lo hacía sobresalir entre sus pares. Sus padres habían decidido anotarlo en el colegio British School para que explotara su potencial en uno de los mejores colegios del país, pero llegado el momento de entrar en bachillerato, Fernando pidió a sus padres que le permitieran cambiar de aire, salir de la burbuja en la que había crecido para tener mejor conocimiento de otras realidades. A su entender, el British School prestaba más atención al área deportiva que a la de estudios, y puesto que él no era precisamente un gran deportista pero sí un excelente intelectual, a su juicio el cambio era fundamental. Después de

mucha discusión Fernando se anotó en un bachillerato público lejos de su casa, donde asistió hasta que el gobierno se vio obligado a cerrar varias instituciones del país como consecuencia de una bomba detonada en un *bowling* por parte de los tupamaros, la guerrilla urbana contra la que batallaba el gobierno. Con el fin de encontrar una solución para Fernando, su madre se presentó en otro colegio, el Colegio Seminario, para pedirles que por favor permitieran a su hijo ingresar, así faltaran únicamente tres meses para terminar el curso.

—No me conteste ahora, pregunte a quien quiera las aptitudes de mi hijo y verá que no se arrepentirá de aceptarlo. La valentía dio resultados e instantes después le otorgaron la oportunidad a Fernando de terminar el año allí. En esos tres meses que restaban del año escolar logró graduarse con honores y le otorgaron todos los premios estudiantiles que daba el colegio. Fue un chico que no cesó de darle a su familia una alegría tras otra, y es fácil entender por qué tenían adoración por él.

En cuanto supieron del accidente del avión, tanto Franco como Ana María, sus padres, recordaron aquella vívida conversación donde sugerían otro medio de transporte para realizar el viaje. Ante las posibilidades de no-supervivencia que representaban los Andes nunca tuvieron demasiada esperanza. Apenas unas semanas después, Ana María pidió a su hija, Teresita, que "desarmara" el cuarto de Fernando. Un gesto que escondía el mensaje de que, para ellos, su hermano ya no regresaría. Ese gesto, tal como me cuenta ella 45 años después, con la voz entrecortada y con un visible esfuerzo por ganarle a las lágrimas, fue aniquilador. Su relación con Fernando era muy estrecha, especialmente por su corta diferencia de edad, que colaboró a que realizaran un sinfín de programas juntos durante su adolescencia e incluso que ella estableciera una relación especial con sus amigos. Pero después de eso se marcó la pauta en la familia Vázquez,

y a no ser por conversaciones con otras parejas de amigos que estaban sufriendo la misma desgracia, como los Maquirriain, Echavarren y los Valeta, con quienes se veían a menudo, del tema no se habló más.

Entre las cosas que Teresita pudo recuperar de sus pertenencias encontró un poema erizante, casi premonitorio, que reveló un interior de Fernando tan sensible como poético. Este poema fue luego publicado en el diario donde calificaron a Fernando de "pensador" y "filósofo en capullo" y para la familia es quizás uno de los recuerdos más valiosos de un hijo tan especial. El escrito decía:

El camino de un hombre es una pregunta sin respuesta
es la vida misma en cada momento presente.
El camino del hombre
Es la felicidad fugaz
El tedio
Día tras día.
Es no saber qué pasa y vivir sin saberlo
Pero viviendo.
Es luchar por desarrollar el tiempo
Por ser alguien en el espacio
En el corazón de los demás.
Es la música
Y la propia poesía de cada momento
Las noches largas
Inmensas y silenciosas
Calientes y húmedas
Y las mañanas de esperanza,
Las sonrisas que duran

Y las sonrisas, que son duras,
El sentimiento cambiante
Pero eterno en sí mismo.

Otros pasajeros del avión eran Francisco *Pancho* Nicola con su esposa, Esther Horta. Recientemente Pancho había decidido tomar el siguiente año las riendas de uno de los equipos de *junior* del Christian, y eso inevitablemente había afianzado su lazo con los jugadores del plantel mayor y sus familias, a pesar de que su relación tenía varios años de vida y constantemente asistía al colegio y a los partidos del equipo de los chicos los fines de semana. En cuanto se les ofreció un asiento en el avión, tanto Esther como Pancho consideraron que se trataba de un buen programa y finalmente se unieron al grupo que partió de viaje rumbo a Chile. En definitiva, había resuelto ir al viaje principalmente por su gran amor al deporte, en particular su amor al rugby que practicaba desde niño. Pancho era único hijo y un reconocido pediatra que se había recibido hacía 10 años apenas, médico igual que su padre, y mi hermano lo adoraba. En más de una ocasión lo escuché decir en casa que Pancho iba a ser el pediatra de sus hijos. Tanto Pancho como Esther tenían 40 años recién cumplidos, y juntos tenían cuatro hijos, el mayor de 13 años y el menor de 5, y vivían en la misma casa con una de las hermanas de Esther, María Laura, que estaba embarazada de su primer hijo. Esther era una madre con todas las letras, y llevaba a sus hijos a pasear y ver a su familia cada vez que encontraba una oportunidad. Era especialmente cariñosa también con sus hermanas, a quienes adoraba y cuidaba amorosamente cuando se enfermaban o necesitaban cualquier tipo de ayuda. Aproximadamente una semana antes de su partida, Esther le dijo a una de sus dos hermanas que vivían en

Montevideo que quería dejarle un poder por si llegaba a ocurrirle cualquier cosa rumbo a Chile.

—¡Ay, no seas pesada! Dejame a los chicos pero no me dejes ningún papel ni cosa legal, por favor —le dijo ella.

Finalmente no le dejó ningún poder, ya que tal como le informó por teléfono unos días antes de salir, se trataba de un trámite mucho más complejo de lo que había pensado en un primer momento y no daba el tiempo para hacerlo. Igualmente, el día antes de salir se juntaron a almorzar Esther, su hermana y su padre, donde estos dos últimos le dijeron:

—¡¿Por qué te vas en ese avión "de miércoles" , Esther?!

A lo que ella respondió:

—¡No me digas más porque mirá que no me voy! —a Esther, al igual que a su hermana, no le gustaban ese tipo de programas, de hecho le daban un poco de miedo.

La tía Horta que se quedó a cargo de los hijos llegó a las 7:00 pm del día 13 de octubre a la casa donde vivía con su padre, como todos los días después de trabajar, pero en esta oportunidad su padre la recibió con la noticia:

—Dicen que se cayó un avión en los Andes.

—Sí, escuché, ¿y qué pasa?

—Dicen que es el avión del equipo de rugby del Christian.

—No, papá, no puede ser. Si ellos llegaron ayer.

—Pero no. Dicen que sí eran los del Christian, los del equipo de rugby.

—Es imposible, papá, no son ellos —y dejó la sala y se fue a hacer sus cosas. Quienes le confirmaron que efectivamente sí eran ellos fueron los amigos y conocidos que llegaron a la casa, aquellos que ya daban por seguro que se trataba del Fairchild.

Esther tenía 9 hermanos y no todos vivían en Montevideo. Una de sus hermanas vivía en Mendoza, y frente a la parada inesperada en la ciudad argentina aprovecharon con Pancho para quedarse con ella y visitarla. Cuando se reencontraron con el resto de los pasajeros del avión, prontos a partir, los tres se cruzaron con el piloto uruguayo y Esther, con su característico temor, le reclamó:

—¿Salimos al final o no, capitán? ¡Mire que tengo cuatro hijos!

—No se preocupe, que yo tengo dos —le respondió.

Y de esa forma comenzaron las noches enteras sin dormir en lo de la familia Horta, donde cada noche en silencio se intentaba conciliar el sueño con la radio prendida.

Gastón Costemalle Jardi era otro de los jugadores del equipo y un gran amigo de Marcelo, si bien era de la generación de Álvaro. Su padre había fallecido cuando él era tan solo un niño y tenía un hermano que también había fallecido en un accidente. En el momento del accidente, él y su madre estaban solos.

Sobre la persona fantástica que era encontré unas palabras publicadas en *Opinión Nacionalista* de 1972 junto a una foto de Gastón con Marcelo sosteniendo una pelota de rugby y luciendo en el pecho orgullosos el enorme trébol bordado que portaba la camiseta del equipo. Son palabras que lo representan muy bien, aunque lamentablemente no tienen autor:

Gastón era uno de los nuestros, ¡cómo no comprender a los padres de hijos concretos!; a quienes lloran nombres de vidas insustituibles. Desde los pasos preliminares de Opinión Nacionalista*, aquí estuvo Gastón. Aquí mismo, donde hoy escribimos estas cuartillas, sentimos por encima del hombro su risa franca y sus ojos claros; gravitó su varonil talante y su atlético porte, su vitalidad, su firme textura moral, su neta orientación política. El 11 de diciembre habría cumplido sus 24 años con nosotros.*

¡Qué fáciles de recapitular en términos formales! Diríamos que su vida fue la de un gran muchacho. Sus primeros estudios los había cursado en el Colegio "Stella Maris" de Carrasco, donde reiteró el sello deportivo de su estirpe, destacándose para siempre en el rugby. Luego, Preparatorios en el Colegio de los Jesuitas y más tarde —a partir de 1967— Facultad de Derecho. Cuatro exámenes le quedaban para recibirse de abogado, siguiendo también la tradición familiar. Desde los veintiún años actuó en el periodismo: "Nuevo El Plata", "Ya", la corresponsalía del "Daily Express" y finalmente, esta aventura solidaria de Opinión. *Su dedicación a los estudios, al deporte, al periodismo, se completaba, naturalmente, con una activa militancia política. Lo contamos entre los primeros adherentes de Wilson Ferreira y como correspondía —dada su calidad estudiantil— fue uno de los fundadores del MUN - Movimiento Universitario Nacionalista, responsabilizándose por la Facultad de Derecho. ¿Qué más? Podríamos decir que próximamente iba a contraer matrimonio.*

Pero en verdad, todas estas circunstancias nos resultan baladíes cuando pretendemos concretar aquella espléndida existencia; cuando tentamos expresar el duelo de su ausencia. Y más inútil o absurdo nos parece —no bien lo pensamos dos veces—, pretender clausurar esa vida allá en los picos de los Andes, como se clausuran sus pasos en las jornadas aciagas de la tormenta cordillerana. Fue demasiado plena su presencia como para que esta ausencia suponga el término de su misión personal, y la quiebra de las hondas solidaridades despertadas.

¡Viejo camarada! ¡Despuntador de rutas, animador de caminos, baqueano criollo! Bien está que allá —sobre las cumbres más altas de nuestra América— hayas montado campamento con una sólida guardia de camaradas. Desde la llanura divisamos los fuegos de esa guardia perenne. Y a fe de tantas cosas comunes, ¡sabremos responder a esas señales! Y

todos han de saber que son USTEDES, lejanos vigías, quienes marcan el rumbo, quienes perviven en nosotros, quienes nos esperan —¡Dios lo permita!— al término de la larga y pesada jornada. ¿Quién ha podido decir que la nieve andina ha sido sudario de nuestros camaradas? Solamente quien no tuvo la fortuna de conocerlos.

En la casa del sargento Carlos Roque González, el mecánico que acompañaba a la tripulación con apenas 24 años, recién casado y con un hijo pequeño, no solamente pensaban que era imposible que regresaran, el mismo Carlos se los había dicho. Apenas unos meses después de comenzar su carrera en la aeronáutica y después de tener la oportunidad de ver la inmensidad de las montañas de los Andes, regresó a su casa donde estaban viendo qué había ocurrido con otro avión que se había perdido en los Andes, el avión de carga argentino del que los chicos también hablaron la noche antes de salir. Su familia estaba atónita con la historia de ese avión, pero a Carlos no le sorprendió. Él había visto reiteradas veces esos picos, y les había cogido todo el respeto: "Si vos vieras las montañas, mamá, no lo creerías. Si me pasa que algún día me caigo en los Andes, no me esperes, porque el que cae, no vuelve". Lo curioso para la familia de Carlos es que, de hecho, aquel día no se suponía que él fuera a volar. En cambio era el turno de un compañero, quien pidió ayuda a varias personas para cambiar de turno puesto que era el cumpleaños de su hija, pero nadie aceptó, hasta que llegó a Carlos, quien con gusto aceptó el intercambio. A pesar de su aviso un tiempo antes de que no lo buscaran, tal era el amor de su madre y de su hermana Elizabeth que, sin importar sus palabras, siguieron buscándolo.

Carlos era el ídolo de su familia entera, pero muy especialmente de Elizabeth. Era un hombre de gran bondad, y todos sabían que él era capaz

de entregarle a quien lo necesitara todo lo que poseía. A pesar de tener oportunidades en el negocio donde trabajaba su padre, la pasión por la aeronáutica lo llevó a comenzar sus estudios y rápidamente logró con su buen desempeño los primeros viajes. A pesar de la desaprobación de sus padres por continuar esa carrera, Carlos estaba sumamente entusiasmado con el futuro profesional que le planteaba esa posibilidad, y estaba capacitándose para ganar un entrenamiento que ofrecía la Fuerza Aérea del Uruguay en Panamá.

El único contacto de los Roque con el resto de los pasajeros eran los pequeños intercambios que se daban en la casa de Rafael Ponce de León. Como familiares de un miembro de la tripulación, les resultaba extenuantemente difícil acercarse a un barrio donde todos se conocían, al menos de vista, y esa cuestión también provocaba miradas extrañas y críticas. Sin embargo, no fue eso lo que los detuvo. Al cabo de algunos días de estar buscándolo, Elizabeth tuvo un extraño sueño, o realidad, algo que no es posible explicar. Mientras miraba hacia afuera por el ventanal de la cocina de su antigua casa, vio cómo una luz blanca se volvía más y más intensa. De ella, se empieza a formar una clara imagen de su hermano, Carlos, en uniforme y con una clara mirada plena en su cara.

—¡Volviste! ¡Volviste, Carlos!— gritó ella, confundida entre realidad y sueños.

—No volví. Yo estoy bien, solo vine a despedirme —le contestó. Y así como llegó se fue, y la luz se tornó más y más tenue hasta desaparecer. Después de esa imagen, nunca más volvió a soñar con él.

Nada era suficiente para escaparse del desconsuelo. Vivir en Uruguay como familiar de uno de los desaparecidos era como estar inmerso en una película en la que ninguno había accedido a participar. Era subirse al transporte público y ver la cara de pánico en la gente mientras leían las

noticias que, en Uruguay desde octubre a diciembre de 1972, no hablaban más que de nuestra desgracia. Era ir a clases y puestos de trabajo y ver la mirada nerviosa de la gente apuntada hacia uno con un miedo inmenso de hablar y decir algo equivocado. Era ir a cualquier sitio de la ciudad y el accidente era de lo único de lo que se hablaba. Inclusive se escuchaban frases en lugares aleatorios como el supermercado, del estilo:

—No entiendo por qué hablan tanto. Al final, son unos cuantos "pitucos" menos.

Me gustaría haber podido contestar algo frente a esas insensibilidades, esas maldades. Estamos hablando de humanos, eran nuestros hermanos, madres, hermanas, nuestra familia. Vivir enredado en situaciones de semejante calibre fue una completa agonía. Y nunca terminó allí.

La reacción frente a este tipo de encuentros desafortunados dependió siempre pura y exclusivamente de cada persona, su personalidad y su historia. Hay quienes en las reuniones que se formaban espontáneamente en sus casas sentían cariño y atención, y por otro lado, algunos otros se sentían invadidos y eso no les permitía sobreponerse ante el dolor, que cualquier comentario que pudiese llegar venía con el mensaje implícito de que mi hermano, y todos los demás familiares y amigos de la comunidad, estaban muertos. En aquel momento yo sentía que nadie podía decidir eso por mí, por nosotros, y que a pesar de las buenas intenciones, no hacían el dolor más soportable. Era algo muy difícil de medir, porque se dijera lo que se dijera, se ponía en juego nuestra esperanza. Como familias, teníamos el desafío de superar dos dimensiones principales de dolor. La primera, la dimensión familiar, donde juega un rol cada miembro, pero también la historia particular de cada una. Y la segunda, la de la comunidad, que incluía a la prensa y la vorágine de los periodistas y el mundo de entender qué había ocurrido con ese avión.

Así como fue una tarea titánica estar constantemente rodeados de gente, también era una cuestión complicada el hecho de cómo reaccionar. Todo era muy intenso para poder procesar siempre de la mejor manera cada comentario, y más de una vez nuestras respuestas estaban cargadas de bronca y agonía. No es justificable, o quizás sí, pero el tormento especialmente para los que estábamos pasando por nuestra juventud con semejante carga emocional fue definitivamente demasiado desafío para tan poca experiencia.

3.
EN LA BÚSQUEDA

No puedo evitar pensar lo diferente que sería todo ese proceso ahora, con tantos medios de comunicación y tantas formas de relacionarse con grupos de Whatsapp de esto y grupos de aquello. Desde octubre hasta diciembre de 1972 todos nos convertimos en humanos con ruedas, yendo de una a otra casa en busca de noticias o con el fin de analizar con otros ojos planos, mapas y diferentes escenarios. A veces era solo cuestión de sentarse y esperar, y otras, para variar, de esperar y sentarse.

En todos los aspectos posibles, la conmoción en Uruguay era como nada que se hubiera vivido antes. Luego de una elección muy confusa y al no haber salido la reelección presidencial en la consulta popular que se hizo junto con las elecciones, en el mes de marzo, el presidente saliente Jorge Pacheco Areco del Partido Colorado, uno de los partidos políticos tradicionales del país, había entregado un país en una muy difícil situación política y socio-económica al presidente electo Juan María Bordaberry, candidato presidencial del mismo partido. A esta altura había medios censurados, la economía estaba completamente estancada, con una inflación galopante, y la lucha contra el grupo guerrillero Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN) prometía un desenlace para nada favorable. Sin saberlo, estábamos a tan solo medio año del inicio de una dictadura cívico-militar que duraría 13 años.

Sin embargo, en el entorno del colegio y del barrio era como si alguien hubiera puesto pausa a todo el contexto que nos rodeaba y el año hubiera adelantado su final; todo se centraba en el accidente. Por las calles de

Carrasco más cercanas a las casas de algunos de los chicos y en el colegio casi no se podía circular. Las personas ocupaban las calles y las veredas en una especie de velorio comunitario, y los autos apenas tenían por dónde pasar. A veces salir de nuestra propia casa era toda una travesía, y evitar miradas de duelo y compasión se volvió una constante en cualquier lugar donde alguien nos reconocía. Muchas de las familias que buscábamos a alguien vivíamos sorprendentemente cerca, a tan solo unas cuadras de distancia, y en los alrededores de la calle Costa Rica, o en la calle Pujol, simplemente parecía que se hubiera montado una unidad de búsqueda paralela a la de las autoridades, con rigor y seriedad.

La primera información concreta que se supo sobre lo que había ocurrido el 13 de octubre por la tarde era que el piloto que llevaba a los chicos en el Fairchild de la Fuerza Aérea Uruguaya, Dante Lagurara, había tenido una última comunicación con el centro de control de Santiago de Chile alrededor de las 15:30 h. En esos últimos 10 minutos de intercambio, había informado que se encontraba sobrevolando a la altura de Curicó, una ciudad ubicada en la región del Maule en el centro de Chile. Inmediatamente, la torre de control de Chile le da autorización para girar en dirección este-oeste hacia el norte, en dirección al aeropuerto de Pudahuel, cercano a Santiago, por donde podían atravesar las montañas por el Paso del Planchón. Después de esa última conversación, ya no se supo más nada. Todos los cálculos que hicimos a partir de ese entonces, con mapa en mano y apoyo de todo tipo de expertos, se hicieron en base a estos datos, motivo por el cual la mayor parte de la búsqueda se centraba en territorio chileno. Frente a esta perspectiva, se contó con la participación del Servicio Aéreo de Rescate (SAR) chileno desde un primer momento y también con una serie de helicópteros del ejército de ese país que se utilizarían para sobrevolar el área donde se suponía que los

encontraríamos. Patrullas terrestres de carabineros, la Defensa Civil y hasta aviones que llegaron desde Buenos Aires también prestaron ayuda desde un primer instante. Frente a las condiciones climáticas que enfrentaron los primeros días para salir a rastrear la zona, casi desde el inicio todas las autoridades se marcaron una fecha límite de búsqueda que se estableció el 23 de octubre, tan solo diez días. Desde ese instante el reloj comenzó a correr más rápido.

La búsqueda oficial comenzó inmediatamente desde Chile, pero en Montevideo en las casas de quienes habían ido en ese avión no se descansaba un minuto buscando pistas del paradero del avión. En varias casas, incluida la nuestra, se montó una especie de cuartel paralelo que, se alimentaba de la radio y noticias de amigos y familiares. Las reacciones a esas primeras horas fueron mezcladas en todos los casos. Hay quienes los dieron por muertos el día uno, y hay quienes buscaron hasta el último día. Lo curioso es que, supongo que por cuestiones de naturaleza, desde el inicio fueron las madres las que se aferraron más a la idea de encontrarlos con vida que los padres. En aquella época, el padre de familia era una figura a la que se le obligaba más a ser racional y severa. Las madres, en cambio, se guiaban por su instinto maternal y muchas de ellas, como la mía, se aferraron a la fe para seguir adelante. El rol de la religión para esta sociedad católica y conservadora se convirtió en un pilar de esperanza fundamentalmente gracias a ellas, que en la oración encontraron una forma de evitar el pesimismo frente a las adversidades que presentaba la búsqueda. Eso tuvo un gran significado en el desenlace de esta historia que contaré luego.

Diarios, radio, revistas y televisión enfocaron sus contenidos en el avión perdido de los rugbistas uruguayos. Titulares anunciaban que la tragedia “despedazaba cruelmente” a las familias de los “jóvenes estudiantes de

alta calificación y particular devoción por el deporte", sumando el siniestro dato de que "dejaban ocho huérfanos", haciendo referencia a las familias Methol y Nicola.

Para el día 16 de octubre las autoridades uruguayas se sumaron a la acción en Santiago de Chile en un avión de la Fuerza Aérea con una tripulación de siete personas, entre las cuales había técnicos aéreos que serían comandados por el teniente coronel Miranda. El punto de salida de la mayoría de las aeronaves, que sumaban decenas, era el aeropuerto de Los Cerrillos, lugar donde estaban los familiares que habían volado para seguir cada paso de cerca y donde se pasaban el día entero. Allí también estaba desde el inicio y durante todo el día la futura esposa de Guido Magri, chilena y residente en Santiago de Chile, y no abandonaba ni un minuto el aeropuerto. Las autoridades de Uruguay además, ayudadas por la gestión diplomática de oficiales en los dos países sudamericanos, consiguieron ciertas facilidades para que los familiares pudiéramos ir a Chile lo más rápido posible y saltear algunas de las exigencias que había impuesto el gobierno de Allende, como el depósito anticipado de dólares, entre otros. Estando ahí, muchos se dieron cuenta de que aquello de las "compras" en Santiago, uno de los motivos por los que algunos habían comprado su pasaje, era pura ficción, ya que estanterías y comercios estaban prácticamente vacíos.

El primer fin de semana que supimos que el avión había caído fue absolutamente desconcertante. En Chile, lógicamente se suspendieron todas las actividades rugbísticas planificadas y en Uruguay nos ahogamos de agonía. Supimos enseguida que el clima estaba particularmente inestable en la cordillera y eso dificultaba el éxito de la estrategia de búsqueda de las autoridades, especialmente la llegada a un punto donde un minero chileno de nombre Camilo Figueroa Torre había declarado estar

convencido de que los había visto caer, sobre los picos de Paso del Tiburcio y, según él, había caído “a la hondonada envuelto en una bola de nieve”. Pero pasaban los días y el clima no daba tregua. Las autoridades nos decían que habían hecho todo lo humanamente posible para llegar al sitio donde indicaba el minero, pero que “no se puede contra la naturaleza y la montaña”. No había otra solución, según nos indicaron, que esperar al deshielo.

En las declaraciones del coronel Barros, director del Ministerio de Relaciones Exteriores de Uruguay que se publicaron en la prensa, se nos instaba a pensar lo peor. A abandonar casi prácticamente toda esperanza de encontrarlos con vida. Ahí fue cuando me di cuenta: ellos buscaban muertos. Dijo: “Veo con alarma que muchos medios de difusión abren un paréntesis de optimismo que no se ajusta a la realidad. Luego de todo un día de búsqueda intensa y al no haberse encontrado nada, no hay que tener demasiado optimismo. En esa zona donde presumiblemente se cayó el avión hay mucha nieve, por lo que no se descarta que la aeronave esté sepultada”.

Ya descartadas algunas posibilidades como la falta de combustible, el mal clima e incluso la inadaptabilidad de la aeronave para hacer el viaje, se comenzaron a barajar diferentes hipótesis. Una apuntaba a un posible error humano en el cálculo del tiempo de distancia entre Malargue, uno de los obligados puntos de control en la ruta de Mendoza a Santiago de Chile, y el Cerro Planchón por un fuerte viento de frente que posiblemente hubiera retrasado ese tiempo haciendo que al virar a la derecha, se estrellara el Fairchild contra el monte Palomo o el volcán Tinguiririca, ambos de más de 4.000 m de altura. La segunda señalaba que quizás al descender a 15.000 pies, momento en el cual se pierde la comunicación con la torre de control, se hubieran encontrado con una fuerte turbulencia

que hubiera inhabilitado los motores, provocando un choque con las montañas. Y por último, que al ingresar a las nubes de las montañas se hubiera llevado a cabo un fenómeno donde se forma hielo en las alas y otras partes del avión, aumentando el peso de la estructura y causando un choque en las montañas. Si bien algunas personas tenían en cuenta una cuarta hipótesis que señalaba que el piloto había logrado descender y aterrizar a salvo en las cercanías de Malargue, tal como indicaban las autoridades y se publicaba en los periódicos y revistas sobre el tema, eso era absolutamente imposible. Mejor dicho, desde el 14 de octubre el titular era: *remotísima esperanza*.

En el afán de hacer algo yo creo, y ante la angustiante desesperación, no solo se propuso sobrevolar diferentes partes de los Andes, sino también dejar preparadas para lanzar unas llamadas "bombas lanza-víveres de supervivencia". Estas se llevaban en los aviones de por ejemplo la Brigada Aérea de Mendoza que sobrevolaba los Andes muchas veces con la compañía de familiares pero también de periodistas que ya se dedicaban de lleno a la historia. En sus vuelos atravesaban los picos con aire a cuchillas afiladas, completamente blancas y sin duda tenebrosas, solamente interrumpidas por algún espejismo que a primera vista se podía confundir con un resto del avión, pero que inmediatamente daba lugar a una piedra aislada o río andino. Muchos aviones habían sido devorados por esa inmensidad de la naturaleza, y poco había para suponer que este caso no terminaría igual.

Desde el primer día en que se confirmó la desaparición del avión se llevaron a cabo misas por toda la ciudad. Los *Brothers* del colegio solían visitar las casas "de búsqueda" en una especie de circuito marcado por los mismos autos que se encontraban estacionados en bloque en las veredas porque, en definitiva, los chicos habían viajado a Chile a representarlos.

En la bitácora escrita a puño y letra por el *Brother* Kelly, quien se encontraba a cargo de la institución desde su fundación, recuenta la congoja que se adueñó del colegio entero al confirmar la noticia. Él conocía a esos chicos desde el primer día de colegio, no eran solamente sus alumnos sino parte de su vida, de su familia. El teléfono de la institución no dejaba de sonar. Una tras otras las llamadas eran para confirmar si el colegio tenía alguna información adicional hasta que finalmente el *Brother* escuchó la declaración de que el avión se había considerado ya "en estado de desastre" y la noticia detallaba que, teóricamente, se encontraba a 193 kilómetros al sur de Santiago de Chile. De manera casi automática el colegio se convirtió en el centro de atención y en un espacio de absoluto duelo. Los medios de televisión, periodistas de los diarios y representantes de las estaciones de radio invadieron las inmediaciones de las diferentes entradas del edificio. "Es imposible poner en palabras la consternación general de alumnos y padres que también se acercaban al colegio.", cuenta el *Brother,* y le creo. Al siguiente día los alumnos de primaria no asistieron al colegio porque era sábado, pero algunos alumnos de secundaria se presentaron para actividades normalmente. La mayoría no podía contener sus lágrimas, o se les notaba que la congoja les estaba ganando la batalla por completo. Frente a este panorama, el *Brother* decidió suspender las actividades y convocar a todos en el gimnasio del colegio para realizar una misa y pedirle a Dios que proteja a los desaparecidos, y también a sus familiares y amigos. Las llamadas no cesaron en ningún momento desde el 13 de octubre por la tarde, la mayoría para expresar sus condolencias por lo que estaba ocurriendo. Diferentes equipos de rugby, la unión de rugby, colegios y otras comunidades religiosas del país estuvieron presentes de una manera u otra en el terrible momento que estaba atravesando el Christian Brothers.

El cardenal, un hombre ya mayor con ciertos problemas de salud inclusive prometió una visita al colegio para dar una misa especial. A la vez, se le comunicó al *Brother* Kelly que ADIC, la Asociación Deportiva de Institutos Católicos, había decidido suspender todas las actividades deportivas para el fin de semana a la espera de las novedades del Fairchild perdido. La comunidad alrededor del Colegio Christian Brothers fue particularmente fuerte en ese momento, y lo que había conseguido el equipo de rugby en tan poco tiempo se vio materializado en la reacción y respuesta de vecinos, familiares y amigos que, como habían hecho cada domingo desde la creación del club hasta ahora, iban de casa en casa para intentar apaciguar ese desasosiego que invadía cada rincón. El *Brother* Patrick Kelly y otros *Brothers* de la Congregación que vivían en ese entonces en Montevideo comenzaron a realizar rondas en la casa de todos los chicos, incluida la nuestra, para dar aliento y esperanza desde la religión. Por casa también pasaron el *Brother* John Mc Guinness y Thomas O'Connell varias veces, quienes de alguna forma tenían las palabras justas para alentar a mamá y recordarle lo especial que era Marcelo y lo mucho que significaba para todos los que adoraban al igual que nosotros ese colegio.

El 16 de octubre llegó a Montevideo el *Brother* Anthony Gallagher para representar al Colegio Cardenal Newman de Argentina, que también hace parte de la congregación de los Christian Brothers, en la misa que se llevaría a cabo en el colegio ese día. El gimnasio estaba repleto de punta a punta, no solo con miembros del colegio sino con delegaciones de otros colegios e instituciones. A lo lejos por la calle Máximo Tajes, que une varios colegios de la zona, se comenzaron a ver alrededor de las 10 de la mañana diferentes grupos de personas que caminaban solemnemente hacia el Christian Brothers. Un paso lento, atento y demostrando absoluto

respeto y solidaridad, dispuestos a participar de la celebración y oración por todos los que viajaban en el avión. Desde el British School caminó un grupo inmenso de personas compuesto por dirigentes del colegio, pero también por alumnos que habían solicitado un permiso especial para acompañar a la comunidad del Christian en su dolor. Para el *Brother* Kelly, testigo de tal manifestación y entereza, había una lección escondida, ya que el gesto provenía nada menos que de aquel "archirrival" de representación inglesa con el que ocasionalmente se veían de reojo. También asistieron alumnos y representantes del Colegio del Sagrado Corazón de Jesús y del Jesús María. De hecho, de este último concurrió todo el grupo de alumnos de secundaria. Momentos antes de comenzar la misa fue imposible divisar un espacio libre tanto en el gimnasio como alrededor del colegio. Alumnos que sabían la historia del viaje miraban curiosos a los dos muchachos que por diversos motivos fruto del destino habían evitado la tragedia por milímetros, Bobby Jaugust y Tito Regules. Los corredores colapsaron y las entradas no daban abasto. Se sentía la angustia pero también una fuerza invencible producto del conjunto de lazos de familia y solidaridad. Durante la comunión era tal la muchedumbre que fue imposible atender a todos los participantes. Nadie estaba preparado para semejante concurrencia, pero estaban ciertamente agradecidos e inspirados por el significado de su presencia. Después de la misa se suspendieron las clases y se pidió a los alumnos que regresaran a sus casas.

Esto me lleva a un momento clave de los 72 días que comenzaron aquel 13 de octubre. Dicen que hay momentos en la vida capaces de transformar por completo al ser humano, y en el período de búsqueda en nuestra casa, ese fue el día que llegó a visitarnos el padre Lelis Rodríguez. Mamá lo vio llegar desde una posición horizontal en la cama, aún casi inmóvil por el

inicial shock de la situación. Mientras el padre se acercaba a ella, la desesperación y el llanto salieron en un suspiro de su boca, que pronunció: “Padre, ¿por qué a mí? ¿Por qué?”. Apoyada en una de las paredes entre ellos, vi cómo el padre con su mirada fija puesta en la tristeza evidente de mamá, pero sin titubear, le contestó: “Stella, ¿y por qué no?”. El clima de la casa cambió y el silencio se hizo dueño de cada rincón. Todo cambió con ese “por qué no… “.

Las palabras resonaron fuerte, en mamá y en todos, y creo que fue lo único que logró levantarla de la cama definitivamente. Si alguien iba a encontrar a Marcelo, a partir de ese momento estaba decidida a ser ella. Lo que sospecho que la movilizó también ese día, es que recordó que la muerte de papá la había entrenado para situaciones adversas y cómo reaccionar a ellas, y quedarse en la cama dejó de ser una opción. En los ojos de quienes nos rodeaban, mamá era una heroína. En tan solo diez años —y con tan solo 44 años— había perdido a su padre, a su madre, a su marido y ahora el mundo daba por perdido a su hijo. Por supuesto que para nosotros y quienes la conocían más era una gran mujer, pero gracias a la fortaleza que mostró después de los primeros días de saber la noticia y de la visita oportuna del padre Rodríguez, también se convirtió en un referente para un círculo más amplio.

En el afán de encontrar más respuestas y con un nuevo impulso, al cabo de unos días tanto mamá como el resto de los familiares empezaron a comunicarse con diferentes videntes que pudieran aportar alguna luz en la oscuridad que ganaba territorio cada segundo. Todos éramos conscientes de que el reloj corría y cada hora era más difícil que la anterior para encontrarlos con vida y, a pesar de tener todas las credenciales de la fe cristiana, lo que comprendí a raíz de la reacción de mamá en esa circunstancia es que, ante la impotencia, todos de alguna manera volvemos

a programarnos a cero. No era que el padre Rodríguez le hubiera hecho cuestionarse algo, mamá siempre fue una mujer de mucha fe, todos en casa fuimos y somos. Sin embargo, su instinto le pedía ayuda de otra naturaleza para tener algo que en nuestras mentes resultara más "tangible" y que de alguna manera alimentara la esperanza.

Así fue como a mediados de octubre mamá terminó yendo a la casa de una conocida de una amiga de nuestra familia, Noel Barbot en Uruguay, que había desarrollado las habilidades de clarividencia. Tomó una campera de Marcelo y, con el cuerpo hecho nervios, se dirigió a su casa. En cuanto la atendió, entendió la urgencia del caso y se dispuso a explicar: "Si las manos se me ponen rojas, la persona está viva". Acto seguido tomó el saco, esperó unos instantes y dio vueltas sus manos hacia nosotros, que esperábamos expectantes el resultado de este experimento en el que aún no sabíamos si confiar o no. Se pusieron rojas. "Hay vida, y siento olor a chocolate", dijo después. Sin saber qué hacer, pero con cierto alivio inexplicable, volvimos a casa a seguir con los esfuerzos.

Acudir a videntes en busca de información se tornó algo muy común para muchas de las familias que queríamos encontrarlos. El que todos recordamos es el vidente Gerard Croiset, un psíquico holandés reconocido a nivel mundial por su aporte a causas policiales e investigaciones de todo tipo. Bajo la mirada dudosa de mucha gente, tanto en casa de mamá como en la casa de otras familias se lo contactó en reiteradas ocasiones para ver si lograba brindar alguna información relevante que pudiera servir de guía.

El centro de contacto con el señor Croiset era el sótano de la casa del padre de Rafael Ponce de León, el amigo de Marcelo que había ayudado a organizar el viaje, que, al igual que su hijo, era radioaficionado. El sótano contaba con todo el equipamiento para realizar llamadas y comunicarse con otros radioaficionados en Chile y sus alrededores, de tal forma que

pudieran colaborar con las autoridades, y también con lo que comentaba antes, la búsqueda paralela que se organizó desde cada casa particular. Además de los equipos, el sótano contaba con unas cuantas sillas y cabían un máximo de 20 personas paradas. Como era de imaginar, el espacio resultó ser insuficiente rápidamente para el segundo día, todos nos habíamos enterado del despliegue que había montado Rafael. Visto este inconveniente, él y su padre optaron por colocar parlantes, tanto en el fondo como en el frente de su casa, de tal manera que nadie se perdiera ningún detalle de las comunicaciones. Con los días, no solo familiares y amigos, sino conocidos y curiosos también, e incontables periodistas se instalaron en ese jardín con lápiz en mano y los oídos alerta ante cualquier novedad que pudiera surgir.

Para Rafael, por razones obvias, esta misión era personal. Había colaborado grandemente en la organización del viaje y viajaban en el avión muchos de sus amigos, motivo por el cual no dudó en dedicar el cien por ciento de su tiempo a reunir información y colaborar en la búsqueda. En muchos casos incluso llegó a ser un apoyo para los padres y madres que frecuentaban su casa. Sin duda fue un gran soporte para mamá, con quien se llevaba muy bien y le tenía gran cariño. A pesar de ser tan joven como los chicos que viajaban en el avión, Rafael demostró una entereza inmensa que inspiró la confianza de muchos de los padres, que recurrían a él para resolver los enigmas que se presentaban, como la fecha de suspensión de la búsqueda o los resultados de la búsqueda de cada día. Era información que, en Montevideo, pasaba por muy pocas manos, y él era siempre nuestra fuente segura a quien recurrir. Como toda la información terminó pasando por sus manos, Rafael era de las únicas personas que podía discernir los rumores de la realidad, y se convirtió en un vocero

voluntario de cuestiones que a nosotros, los familiares, nos costaba comunicar o ver objetivamente.

Mamá iba seguido. No era de las que más iba, pero sí estaba allí bastante, especialmente después de la visita del padre a casa donde la obligó a tomar acción. Con Rafael tenía una relación de camaradería especial, al punto que él era quizás uno de los únicos que podía hacerle algún que otro chiste y sacarle una carcajada, único momento en el que mamá tuvo cierto vestigio de felicidad de octubre hasta diciembre. El resto del tiempo, si no estaba hablando quedaba absorta en su mente, seguramente luchando contra recuerdos vivos de lo que ya no era más. Por mi parte, yo era alguien y no era nada. No recuerdo llorar, no recuerdo una lágrima. Me aislé, me protegí, y me encerré en un lugar del que luego me costó salir.

Hay que entender que la *necesidad* de encontrarlos era tal, y también la perplejidad ante una situación tan impensada y abrumadoramente adversa, que no contábamos con la capacidad de cuestionar los rumores. Nuestra subjetividad, simplemente, no nos permitía pensar en frío. En una ocasión, apenas después de confirmar que el avión que se había perdido en la cordillera era el de los chicos, comenzó a circular con tal fuerza la noticia de que los habían encontrado que algunas familias organizaron, en cuestión de segundos, una celebración de la noticia y fiesta de bienvenida. Claro, 45 años después lo piensas y crees que es una locura, pero es que así de desesperados estábamos. El rumor, que llevó a decenas de familias a festejar una noche entera en vano, fue divulgado por la novia de uno de los pasajeros, quien se dejó llevar por el optimismo sobremanera. Por fortuna, Rafael casualmente pasó por allí y, ante el asombro por la algarabía, decidió entrar. Al ver de qué se trataba, presenció una escena que al día de hoy recordarla le abre la herida. Él sabía que esas sonrisas, brindis y

festejos eran en vano, pero tampoco supo de manera inmediata si era su lugar aclarar que cualquiera fuera la información que les hubiera llegado, definitivamente no era cierta. Al fin, ante el dolor que le provocó la escena y porque eventualmente se iban a enterar de todas formas, le informó a uno de los familiares que reconoció entre la multitud y, como es posible sospechar a esta altura, el festejo terminó en la nada. Me animo a decir que todos vivimos esos altibajos, de los cuales nos alimentamos brevemente y agonizamos eternamente.

Al retomar actividades de comunicación, Rafael realizó alrededor de 46 llamadas a Holanda para comunicarse con el Sr. Croiset. Dichas llamadas nunca duraban menos de dos horas y media, y llegaban a extenderse hasta siete horas sin detenerse. Lo curioso es que antes de comunicarse con este vidente tan reconocido, Rafael fue testigo, a los pocos días de la desaparición, del contacto de algunos familiares con un rabdomante, Roque Fernández, quien vivía en el barrio de Maroñas en Montevideo. Él fue el primero en sugerir una ubicación en las montañas para buscar el avión, coordenadas que delimitaban la búsqueda a un espacio de aproximadamente 68 kilómetros a la redonda. Según lo que había escrito en un pequeño pedazo de papel que le llegó a Rafael a través de la madre de uno de los chicos, habían caído en el Tinguiririca, a 12 km de las Termas del Flaco. Después de un día agitado Rafael volvió a tomar esa información y la pasó a Chile con cierta cautela, a lo que obtuvo una respuesta tajante de uno de los familiares en Chile que lo dejó marcado por el resto de su vida: “Rafael, esto es como buscar a los chicos con una cruz en una mano y un horóscopo en la otra”. Esa ubicación, se supo luego, estaba increíblemente acertada, pero el tema fue que, casi enseguida de que llegara el pequeño papel con la predicción de Fernández, se tuvo

contacto con Croiset y la información quedó desolada y olvidada debajo de una pila de datos.

Rafael, además, consideró en un primer momento que aquello era una completa locura. ¿A qué punto habían llegado estas familias para llamar a videntes para conseguir pistas? Al igual que a muchas otras personas, le parecía una cosa disparatada, más en esa comunidad de valores tan católicos y conservadores. Pero allí estábamos todos al fin, aferrados a cualquier posibilidad, a las palabras de algunos extraños.

En su esquema de comunicación Rafael contaba con los colegas en Chile, inclusive algunos en Curicó, por donde se suponía que los chicos habían pasado, e ideó una cadena de información que permitió organizar la búsqueda *in situ* en las montañas, por parte de padres y familiares de los chicos. Mamá, que tenía un lazo de amistad muy fuerte con Madelón Rodríguez, la madre de Carlitos Páez, participó activamente de esta cadena. Las dos se convirtieron en un espectacular apoyo una para la otra y mantenían una comunicación casi de minuto a minuto. De todas formas, Rafael recuerda que la gran mayoría de las madres que visitaban su casa eran madres cuyos hijos, supimos luego, estaban vivos, como la madre de Roberto Canessa, que desde el primer día se instaló a un lado del equipo de radio y casi no se separó de allí. Innumerables casos durante la búsqueda de todos los pasajeros del avión dan a entender que hay un vínculo madre e hijo, tan fuerte y a la vez inexplicable, que llevaba a muchas de ellas a decir fuerte y claro, con determinante certeza, que su fe en la posibilidad de encontrar a sus hijos con vida tenía unas raíces para las que la ciencia aún no tiene explicación.

Desde Montevideo, tanto mamá como otras familias apoyaban la búsqueda en Chile económicamente. Incluso organizaron cabalgatas en base a la información que llegaba de los videntes sobre la posible

ubicación del avión y los chicos. De una de esas cabalgatas participó también mamá junto a Juan Manuel, mi hermano, el padre de Rafael Echavarren y un amigo, el experimentado piloto Raúl Rodríguez Escalada. Esa cabalgata se realizó en base a las coordenadas especificas que había indicado Croiset en una de sus comunicaciones y en un dibujo a color que se había realizado de esa ubicación. Según la predicción y lo que muestra el dibujo, el avión se encontraba rodeado de una laguna en forma de riñón y se podían divisar tres cuevas frente al mismo. Teóricamente, y solamente de acuerdo a las visiones de Croiset, en medio de las mismas se encontraba el avión. El camino comenzaba a 200 km de Santiago de Chile, evidentemente en un lugar recóndito. Desde allí se procedía a subir a la cordillera hasta llegar a un pequeño hotel donde se pasaba la noche para luego partir temprano al siguiente día para la segunda parte del recorrido. Por la mañana recibieron un camión de caballos cortesía de un ciudadano chileno en los que se entregaron a un viaje junto a un guía local que conocía las montañas con precisión. En cuanto subieron la ladera, pudieron ver una laguna helada en forma de riñón y en frente tres grandes rocas. Debido a la emoción de haber encontrado lo que buscaban, festejaron entre ellos y se abrazaron en la nieve, algo de lo que se arrepintieron enseguida pues, por el resto de la travesía, sus ropas quedaron mojadas y pasaron unas horas de frío helado. Al levantarse, tomaron los binoculares que llevaban consigo y observaron con detenimiento cada metro cuadrado a su alcance, pero así como había subido la adrenalina de la emoción, esta bajó. Rápidamente se dieron cuenta de que allí era imposible que hubiera alguien. El guía insistió en que allí no encontrarían nada, pero Rafael Echavarren decidió continuar avanzando para tener la absoluta certeza. A paso lento, con raquetas en los pies para poder avanzar más rápido caminaron por aproximadamente tres

horas, pero regresaron sin ninguna novedad. La conclusión a la que se llegó ese día fue que sin duda ese era el lugar que Croiset logró ver, el problema era que allí no estaban, y nadie se explicaba qué tipo de conexión podría significar aquello para encontrarlos de una vez.

Para esa altura, exactamente el lunes 23 de octubre, apenas unos diez días después de la noticia del accidente —y tal como escuchaban los chicos desde la montaña— las autoridades, desanimadas por los escasos resultados obtenidos, decidieron suspender la búsqueda. Para la gran mayoría de los familiares que estábamos en Montevideo y otros instalados en Santiago de Chile, aquello era inaudito. Habíamos ya ido personalmente a buscarlos por las montañas, habíamos sobrevolado los Andes para ver si se divisaba el avión desde arriba, habíamos organizado una búsqueda desde Chile y llamado a videntes, pero necesitábamos el apoyo de la Fuerza Aérea. ¿Cómo podía ser que no los iban a buscar más, si nosotros pensábamos que aún estaban vivos? ¡Si nosotros *sentíamos* que aún estaban vivos!

En la decisión de suspender la búsqueda tuvo mucho peso la opinión del Sr. César Charlone Ortega, en ese entonces encargado de negocios uruguayos en Chile. Su pesimismo ya se había hecho saber, porque guiándose por la primera información de los mineros que teóricamente habían visto caer al Fairchild, pensaba que de ser así posiblemente el avión ya estaría hundido y sepultado bajo metros de nieve. “De ninguna manera podemos albergar optimismo”, declaró, y dio por terminado el asunto. Diversas autoridades de Chile sin embargo habían decidido continuar extraoficialmente la búsqueda, por lo que, en nuestras casas y con todo el esfuerzo del mundo, eso no significó de ninguna manera que íbamos a parar.

Días después, el 28 de octubre, se realizó otra llamada al vidente Croiset. Mamá, ya de regreso de su expedición con Juan Manuel, junto a sus hermanas, subieron a la planta alta, y sobre la mesa redonda de estudio de mis hermanos realizaron la llamada a Holanda. Marta Aldunate, una prima de mamá, había conseguido un intérprete de holandés a español para que fuera traduciendo cada detalle en el momento. Al realizar la llamada, del otro lado no estaba Gerard Croiset, que estaba atravesando ciertos problemas de salud, sino Max, su hijo, a quien le había traspasado las herramientas de clarividencia para que colaborara en el caso. Después de unos minutos de llamada, de manera repentina se escuchó del otro lado del teléfono: "¡Hay que encontrarlos ya! ¡Encuéntrenlos ya mismo! ¡No hay tiempo!". Como si los mismos nervios del caso no fueran suficientes, el ambiente se desesperó. Luego, la voz del teléfono procedió a intentar identificar el lugar donde estaban. Todos los que se encontraban allí anotaron con precisión sus instrucciones y en cuestión de horas la búsqueda se reactivó en base a esas coordenadas. Sin embargo, en ese lugar inhóspito en los Andes tampoco había nadie.

Los días pasaron y la esperanza disminuyó en potencia. La segunda visita a la vidente de Uruguay después del 29 de octubre había sido un baldazo de agua fría; sus manos se helaron al tomar otra pieza de ropa de Marcelo y ya no olía ni chocolate ni nada. Mamá evitaba llorar delante nuestro, pero yo sabía que eso era lo que hacía encerrada en el baño cuando le ganaba la impotencia de la situación o cuando vivíamos algún "revés", si eso se le puede decir a la reacción de las manos de la vidente. Sea como fuese, seguíamos sin saber nada.

Con el paso del tiempo, como quien carga una piedra incrustada en el medio del pecho, todos intentamos seguir con nuestra vida. Yo seguí yendo al colegio, Stellita a preparatorio, y los chicos a estudiar y trabajar afuera

de la ciudad. Hay que entender que cuando pasan ya cuarenta, cincuenta y hasta sesenta días sin saber nada, la esperanza se va consumiendo como una leña en la estufa en pleno invierno. Deja sus residuos oscuros, pero en esencia, desaparece.

Muchos de los familiares de los chicos recordamos este período con confusión, agonía e incertidumbre más que con lujo de detalles. Resulta muy difícil volver a centrar la cabeza en un período que significó tanto dolor, lo que ciertamente también provoca un bloqueo en la memoria de todo lo ocurrido esos 72 días. Por un lado, la lógica decía que no había posibilidades de que hubiera sobrevivientes, pero por otro, también era imposible controlar a la mente que dibujaba diferentes escenarios y no daba tregua, como que nuestros hermanos e hijos pudieran estar caminando solos, con hambre y frío en alguna coordenada de las montañas. Esa pesadilla nos torturaba y era desesperante saber, asumir y sentir que no había nada que pudiéramos hacer. Igualmente, en reuniones que organizaban los padres, solían tranquilizarse pensando que seguramente el avión cumplía con el mandato de las líneas aéreas de cargar con alimentos para diez días, y en tal caso eso no era una cuestión para preocuparse. Ya lo hubiera querido Dios, porque cuando los chicos encontraron esa caja, tenía apenas medio kilo de yerba, algunos caramelos y una pequeña lata de café.

El tema de los sueños es un tema común entre todos. Sueños o pesadillas eran recurrentes durante todo este tiempo, como verlos entrar por la casa o caminando en algún lugar de los picos de los Andes. A veces, esos sueños eran tan reales que lograban despertarnos y nos obligaban a correr hacia el portón de la casa o el cuarto de nuestros hermanos solamente para verificar que no había nada, ni una pizca de realidad en todo aquello. Cuando el dolor es tan intenso nos juega malas pasadas y eso

es lo engañoso en todo esto, seguir creyendo aún cuando la mente y la razón indican lo contrario.

Esta situación empeoraba con los rumores y noticias falsas que a veces salían en los canales de televisión, razón por la cual también se vieron incentivadas algunas reacciones muy dolorosas por parte de algunas personas. A mi casa, llegaron a entrar con mucha rabia a increpar a mamá sobre la culpa que nuestra familia, especialmente Marcelo, tenía en todo aquello por ser quien había organizado el viaje. Ese día, una de las madres de otro de los chicos que había viajado con Marcelo entró precipitadamente a nuestra casa, se acercó y le gritó en la cara lo que todos estábamos seguros de que estaba circulando por la mente de Marcelo si se encontraba vivo: la culpa. Tomó a mi madre y le dijo que por culpa de Marcelo su hijo había muerto. Muchos presenciaron ese momento en nuestra casa de Lido. El portazo y la agresividad. Mamá por su parte se mantuvo inmóvil, en shock y destrozada. Los ojos atónitos de todos esperando una reacción por parte de mamá, que no llegó, sospecho que no pudo. A decir verdad, eso traspasaba los límites de la desgracia en la que ya transitaba mi casa hacía meses, y la no reacción de mamá era testigo de su fatiga emocional. Por mi parte, no recuerdo la imagen pero sí el sentimiento, ya que mi inconsciente borró de mi cabeza fotografías de episodios como este con el fin de protegerse. Curioso es que finalmente, su hijo tuvo más suerte que la nuestra y regresó a sus brazos.

A pesar de estos momentos de aguda presión e incomprensión, mamá nunca se rindió. Podía estar sentada en casa, rodeada de un montón de gente, y sin embargo solamente pensaba en él. En pequeños instantes donde la angustia le daba un respiro hasta solía soltar algún chiste, lo que provocaba alivio en quienes la rodeaban, pero en su interior y por todas las

posibilidades que se habían dibujado en su cabeza de lo que podía haberle ocurrido a mi hermano, algo ya estaba roto por completo.

La prensa durante todo este período asediaba incansablemente, y evidentemente en la historia encontró una fuente inagotable de contenidos que aún meses después seguían dando que hablar. Para quienes eran más ajenos a la historia, por cuestiones obvias y racionales, entender nuestra insistencia en la posibilidad de que estuvieran vivos era algo absolutamente absurdo. En Carrasco, por ese entonces, se publicaba una revista llamada *La Voz de Carrasco,* que se autodenominaba "informativo periodístico al servicio de los intereses del balneario" que en su editorial de la primera quincena de noviembre, de la mano de Antonio Ferrer Omar, director y redactor responsable, daba pruebas de lo que digo. Los daban por muertos:

Angustia y desesperación han vivido los residentes de este balneario ante la falta de noticias dados los largos días transcurridos, del avión de la Fuerza Aérea Uruguaya extraviado en el cruce de la cordillera de los Andes en su viaje a Chile, transportando un total de 45 personas entre las cuales cabe destacar al selecto grupo de jóvenes deportistas ampliamente vinculados en el ambiente social carrasquense que integraba la delegación del equipo de rugby del prestigioso club local "Old Christians".

Familiares y amigos de los viajeros no han podido sobreponerse aún ante la carencia de la noticia de sus seres queridos —presumiéndose a esta altura de los acontecimientos, en la existencia de una irreparable tragedia, pesando para ello, el ambiente hostil cordillerano con sus bajas temperaturas imposibles de ser soportadas por seres humanos, y los elevados e inaccesibles picos con sus profundos barrancos y precipicios.

Todo hace suponer pues, y justificados motivos hay para ello, a esta altura los acontecimientos en la existencia de una terrible tragedia dado que los esfuerzos realizados por las autoridades chilenas y argentinas en hallar el avión extraviado como es bien sabido, han fracasado.

En estos tristes momentos de justificada y angustiosa incertidumbre, La Voz de Carrasco *extiende sus solidaridad a familiares y amigos de los queridos desaparecidos en la esperanza de mitigar en parte el dolor que los embarga ante la tragedia que vive la sociedad uruguaya, y en particular la carrasquense, cuyos hogares se ven enlutados por este hecho sin precedentes en los anales del país.*

Cada día nos reunimos solamente a esperar. Fueron unos días siniestros de incertidumbre, donde nos alimentamos de la esperanza de cualquier nuevo detalle que llegaba. Siempre había algo, y la circulación de información era, por así decirlo, un tanto dinámica. Se pensaban nuevos lugares para sobrevolar, nuevos caminos para hacer a caballo y nuevos análisis de mapas en los que se descartaban posibles lugares y se proponían otros. Todo servía para tener algo entre manos que nos ayudara a pasar los segundos y aferrarnos increíblemente a la posibilidad de la vida.

En diciembre el deshielo proporcionó otra línea de esperanza, y comenzamos a pensar que quizás ahora sí podría ser el momento en el que finalmente íbamos a poder divisar el avión desde arriba. Uno de los últimos momentos de genuina esperanza fue cuando anunciaron que Gustavo Nicolich, el 11 de diciembre mientras sobrevolaba un sector de las montañas, había divisado una cruz que automáticamente le hizo pensar que los chicos habían formado para pedir ayuda. Sin embargo, al acercarse en el C-47 que había prestado la Fuerza Aérea Uruguaya, habían

comprobado que se trataba de una señalización geofísica únicamente. La misma situación ocurrió una semana después, el 18 de diciembre; ya con cuerpos cansados pero cabezas aún determinadas, algunos padres que se encontraban en Chile fueron a seguir una pista que indicaba que había restos del avión del lado argentino de la cordillera, a escasos kilómetros de Curicó. Tanto la Fuerza Aérea de Chile como fuerzas de apoyo provenientes de Argentina se acercaron a brindar ayuda con la que lograron sobrevolar nuevamente el área de Morro Verde, por donde suponíamos que debían estar los chicos. Todos estos esfuerzos, a pesar de la ayuda, se hacían frente a la mirada incrédula de las autoridades que, atónitas frente a la insistencia de las familias que buscaban a sus hijos en un campo blanco helado dos meses después de su desaparición, seguían la corriente aún creyendo que habíamos perdido la razón.

A este punto estamos hablando de casi dos meses y medio de sufrimiento. Dos meses y medio esperando que regresaran, mágicamente, nuestros hermanos, padres, madres, amigos de un escenario en blanco. ¿Así que este era el final? No podía ser. ¿Por qué pasó así? El fin de año mentalmente marcaba un punto clave en el calendario, marcaba emocionalmente el fin de esta hazaña infructuosa y significaba el comienzo de conversaciones en pasado sobre mi hermano.

4.

DEL OTRO LADO DE LA MONTAÑA

El verano se acercaba, y con él la Navidad, a esta comunidad que aún luchaba por convivir con la incertidumbre de lo que había ocurrido con aquel avión y todos sus pasajeros. Algunos ya habían retomado su vida normal, otros seguían buscando, pero la esperanza ya no era más un factor común. Quienes buscaban se encontraban cansados, y una mayoría de las madres de familia que desconocían el paradero de sus hijos estaban preocupadas por el resto de su familia, por lo que a pulmón reactivaron la vida normal por su bien y por el recuerdo de las fiestas que se acercaban. Pero el 22 de diciembre ocurrió algo imposible de imaginar: comenzó a circular la noticia de que habían aparecido sobrevivientes del accidente.

Tal como habían enseñado los rumores durante los casi tres meses anteriores, transmitir este tipo de información no era fácil. En lo de Pérez del Castillo, quien primero recibió la noticia fue Juan Manuel de la voz de Carlitos Ponce de León, su primo que, tal como lo recuerda, tuvo la delicadeza de llamarlo a conversar sobre el tema en privado:

"Estábamos en Punta del Este porque mis suegros habían alquilado una casa. Me llamó Carlitos de León, que casualmente estaba en la casa de al lado, y me dijo que quería hablar conmigo. Cuando llegó me dijo: 'Mirá la noticia que está circulando, parece que aparecieron los chicos'. Yo le dije que no podía ser, que lo mejor era esperar en la casa a ver si escuchábamos algo más. Al rato todo el mundo parecía haber escuchado lo mismo, pero nadie se animaba a comentar nada con el de al lado. Era insólito, ¿te das cuenta? Habían pasado 72 días".

Nadie quería ser responsable de una nueva desilusión o de otro golpe para aquellas familias que tanto habían sufrido, menos después de todo el tiempo que había transcurrido desde mediados de octubre, y menos aún tan cerca de las fiestas, pero los ojos de Juan Manuel recordando ese momento revelan lo intenso de la situación y la incredulidad frente a algo que absolutamente ni imaginaba a esa altura de las circunstancias.

Por la noche, ese supuesto secreto se había ventilado lo suficiente como para que algunas familias se pudieran ir a dormir esperanzadas. Para otras no era tan fácil como aferrarse nuevamente a una idea de encontrarlos con vida, puesto que tantos días les habían enseñado que ese tipo de información no siempre tenía un desenlace favorable. Sin embargo, para su desacostumbrada sorpresa, el rumor se hizo verdad y por la mañana ya se había confirmado que, efectivamente, dos pasajeros del Fairchild habían cruzado la montaña para pedir ayuda.

Graciela Parrado, que había ido a refugiarse a Punta del Este para alejarse un poco de la situación, recibió ese día a las 10 de la noche una visita inesperada. Era la Sra. Jaume, esposa del primer brigadier de la Fuerza Aérea Uruguaya, que se acercó para avisarle que había aparecido, supuestamente, una carta escrita por uno de los muchachos. Pensó inmediatamente que era imposible, después de 72 días no había forma. César Charlone, encargado de negocios uruguayos en Chile luego leyó la carta en la radio y allí todo cambió: “Esa es la forma de escribir de mi hermano, es su forma de hablar. Puede ser que ese sea Nando”. En la radio no confirmaron su sospecha. Igualmente, a las dos de la mañana la llamó su padre y se lo dijo claramente: “Ciela, Nando está vivo. Juan —su marido— ya salió a Punta del Este a buscarte”. Ni siquiera pasó por su casa en Montevideo sino que se fueron directo al aeropuerto, donde se encontró con un grupo de gente que estaba esperando para ir al encuentro.

En ese grupo, y arriba del avión, Graciela tuvo la sensación de que, en el fondo, nadie sabía aún quién estaba vivo.

Después de caminar 10 días por las montañas de los Andes, esos chicos que se aventuraron a una misión imposible se encontraron con un arriero en territorio chileno, a quien le aseguraron que eran pasajeros del Fairchild que se había perdido meses atrás. Sus nombres: Fernando Parrado y Roberto Canessa. Se supo, además, que en la montaña aún quedaban sobrevivientes, 16 de los 45 que iban en el avión, y que la lista de quienes permanecían con vida se daría a conocer en el correr del día cuando se confirmaran exactamente todos los nombres.

Esa lista se convirtió, para la comunidad y el país, en una información con intensa carga emocional. Dentro de las mentes de quienes buscaban a un ser querido se construían listas personales de sus amigos y familiares, a quienes querían, y necesitaban, volver a ver. Cuando supieron que eran solo 16, todos contaban con las manos a ver si el número daba para que entraran sus amigos y familiares. Era un ejercicio inevitable.

Pero también resultó ser un ejercicio muy arriesgado. Diferentes nombres se comenzaron a filtrar sin corroborar con las autoridades o familiares que se encontraban en Chile y podían verlos en persona, y eso resultó en que las familias comenzaron a revivir aquellos primeros momentos donde conocidos y amigos inundaban sus casas aunque, en esta oportunidad, el motivo era resolver el enigma de lo que había ocurrido y si sus hijos, especialmente, estaban vivos. Cada dato circuló como un teléfono descompuesto y no existían muchas fuentes donde fuera posible confirmar los nombres. En este caos de conexión, algunos de quienes escucharon que sus hijos estaban vivos se dispusieron automáticamente a conseguir pasajes de avión para ir a su encuentro en Chile. La familia de Esther Horta y Pancho Nicola, al escuchar que uno de los chicos que había

sobrevivido tenía conocimientos de medicina, pensó inmediatamente que se trataba de su cuñado, y partieron rumbo a Chile. Ellos habían mantenido la esperanza durante 72 días, y si bien tanto tiempo les llevó a pensar que seguramente Esther no lo habría podido soportar en esas circunstancias tanto tiempo, sí estaban convencidos de que Pancho contaba con el conocimiento y la fuerza suficientes como para ser uno de ellos. Sin embargo, el regreso a Montevideo se adelantó porque lamentablemente Pancho no se encontraba entre los sobrevivientes.

Otros, sin ni siquiera haber escuchado nada al respecto, como la familia de Carlos Roque, fueron inmediatamente a pedir ayuda financiera para viajar. El padre de Carlos pasó un día entero consiguiendo todo lo que fuera necesario para ir a buscar a su hijo, y lo consiguió. Aunque más tarde suspendió la iniciativa porque su familia obtuvo información de que Carlos no era uno de los 16.

Una de esas madres que decidió viajar a Chile fue Raquel Nicolich, quien había escuchado que Gustavo Diego, su hijo, estaba vivo. Sin embargo, al llegar al hospital en el país andino donde se encontraban los sobrevivientes no existía registro de su ingreso, aunque sí de Gustavo Zerbino, otro de los pasajeros del avión. Ante esta situación Raquel decidió acercarse a Zerbino, quien llegó a ver en sus ojos la desilusión y descifró lo que había acontecido: Raquel era víctima de una confusión por demás desafortunada y no era su Gustavo, sino él, quien había logrado escapar de los Andes con vida.

Por su parte, Stella, madre de Marcelo, había tomado la noticia con bastante entusiasmo, e incluso tenía pensado sumarse a la ida a Chile:

—Ese día me llamó Wilson [Ferreira Aldunate] y me dijo: Juan Manuel, que tu madre no vaya —recuerda Juan Manuel, el hermano de Marcelo.

Wilson tenía una primera versión de la lista —sin confirmar— donde no figuraba su sobrino, y antes de que pudiera sucederle algo a Stella del estilo de lo que le sucedió a Raquel, procuró detenerla. Más tarde, por la puerta principal de la casa de Lido de la familia Pérez del Castillo donde Marcelo se había despedido de su madre, entró Wilson para hacer desde ahí la llamada para pedir la lista final de los sobrevivientes con Teresita, hermana de Stella, y Stellita, hija de esta, a cada lado. Esto fue antes de que se transmitiera la llamada por televisión y radio al día siguiente. En cuanto la voz pronunciaba al otro lado nombre tras nombre, Wilson anotaba en un papel cada uno de ellos hasta completar los 16. Stellita recuerda ese momento de manera muy nítida. Quizás uno de los pocos recuerdos que le quedan de ese día:

—Uno tras otro, Wilson anotaba los nombres en apenas unos minutos de absoluta agonía. Uno, otro y otro, y otro. Y yo no veía el nombre de Marcelo. Y finalmente no apareció.

Stellita permaneció con su tía en la cocina, mientras Wilson se dirigió a paso lento hasta el cuarto de Stella, cerró la puerta y comenzó por informarle que quienes habían aparecido y habían pedido ayuda habían sido Roberto Canessa y Nando Parrado:

—Si Marcelo no es uno de ellos, es que no volvió —se anticipó.

Y tenía razón.

La relación de Stella con Marcelo era sumamente especial, un vínculo que parecía ir más allá de la ya increíble conexión entre cualquier madre y sus hijos. Ella lo conocía y sabía que, en caso de estar vivo, se hubiera aventurado a atravesar las montañas y hubiera vuelto a ella. Si no lo había hecho era porque algo más que una herida o un cuerpo débil se lo impedían, y en ese cuarto oscuro, la información que tenía a su disposición Wilson Ferreira sí o sí significaba que ya no iba a volver. Ante las palabras

de Stella, Wilson simplemente asintió con la cabeza, se acercó a ella y la abrazó. El mundo se detuvo y se hizo trizas, y Stella lloró, sin parar, por el resto del día. Igualmente, al otro día, toda la familia se reunió en el cuarto principal, el único con televisor en la casa y donde Stella permanecía en la cama, para escuchar nuevamente la noticia en la televisión.

—Este es el único momento que me alegro de que Manolo se haya muerto, porque esto no lo hubiera aguantado —sostuvo.

Un pensamiento similar pasó por la cabeza de la familia de Diego Storm, especialmente de su padre, quien aseguró que por la personalidad obstinada, valiente y decidida de Diego, quizás él fuera uno de los que habían regresado a pedir ayuda. Sin embargo, desde la radio en uno de los pasillos de su casa junto a Margarita Montes, prima e íntima amiga de su hijo, escuchó uno a uno los nombres en la radio hasta que se completó la lista y Diego tampoco estaba. No fue él sino Margarita quien finalmente abrió la puerta hacia donde se encontraba Bimba, su madre, y sin necesidad de decir una palabra, comunicó que Diego no regresaría.

En otro lugar de Montevideo, Rosario, hermana de Daniel Maspons, otro pasajero del avión, se enteró de que habían aparecido sobrevivientes por una llamada telefónica:

—Después de que me llamaron, ya no me acuerdo quién fue, me fui volando a lo de Rafael [Ponce de León] a ver si se podían comunicar con alguien para saber quiénes eran los que estaban. No teníamos ni idea en ese momento, y ahí fue que pasaron la lista por la radio. Fue espantoso, yo estaba solita sentada en el muro de la vereda. Horrible. Después de un tiempito, apenas unos días, papá el 24 de diciembre llenó los autos, cerró la casa y dijo ‘nos vamos’. Y yo lo entiendo. Es irrecuperable. A mamá sí la pudimos recuperar.

Por su parte, Teresita Vázquez, hermana de Fernando, recuerda algo similar. Esa misma mañana había vivido una terrible desilusión cuando su abuela, en una euforia razonable por la noticia, había avisado a su casa que el Fernando que había aparecido junto a Roberto Canessa era su hermano. Para la familia Vázquez, especialmente la abuela de Fernando, esa dupla tenía sentido puesto que los dos eran íntimos amigos y el segundo era quien había invitado a Fernando al viaje. Pero las horas revelaron que no se trataba de *su* Fernando, sino de Fernando Parrado, y la caída emocional que tanto habían procurado evitar desde los primeros días del accidente se hizo realidad. Teresita, con el corazón inmóvil, vio a su padre desplomarse en una pena inmensurable, a su madre agonizar sin consuelo y ahora también a su abuela en un angustioso pozo de arrepentimiento. A esa altura, solo restaba esperar una segunda oportunidad en la transmisión de la lista de sobrevivientes que se realizaría más tarde ese día, una vez los 16 hubieran llegado a la civilización. Con la voz entrecortada, mirando sus manos confesó:

—Desde el primer momento, no sé si por mis padres o qué, yo pensé que Fernando había muerto. Evidentemente, cuando te dicen que aparecieron 16, las esperanzas renacen.

Cada palabra y expresión de su cara y manos denotan una absoluta ternura, de corazón tranquilo pero afligido, hasta que con un impulso continuó:

—Me estoy viendo en el jardín de casa, escuchando la radio y contando con los dedos a ver cuántos quedaban todavía porque a Fernando no lo nombraban. Y cuando nombraron al último fue devastador. Pero fue devastador el hecho de pensar “qué injusto, si hubiera estado Fernando no hubiera estado otro” y… y era un sentimiento encontrado espantoso. Yo

hablaba con papá y le decía, porque veía que papá se venía abajo de vuelta ...—cortó un minuto para recuperar la voz y siguió— ... le dije “papá, no sufras, esto es una bendición de que hay menos muertes, 16 muertes menos. Fernando ya murió para nosotros, en octubre, el 13 de octubre”. Entonces es como que yo vi que el dolor se intensificó con lo que se estaba viviendo y trataba de decirle que, de alguna manera, la tragedia era menor de lo que fue en su primer momento.

En otra casa en el barrio de Pocitos, el Dr. Valeta, con la serenidad que lo caracterizaba especialmente en situaciones adversas, al enterarse de que existía una lista de sobrevivientes se sentó con sus dos hijas y su esposa y, tal como lo hacía para llevar paz a su casa en la etapa de búsqueda, se dispuso a tener una conversación impensada. Les dijo:

—Soy médico, y sé que no se puede vivir 72 días sin alimentarse. Lo que acepten para Carlos, acéptenlo para todos.

Era un hombre con una sabiduría muy especial, y a pesar de su forma de ser rígida, le dio el puntapié a las tres mujeres para pensar al extremo las circunstancias. Quedó allí expuesto un desafío que debían resolver internamente: sea como fuere que hubieran sobrevivido, lo aceptaban para todos o no lo aceptaban para nadie. La decisión era de cada uno, pero era algo para lo que internamente todos sabían que había que encontrar respuesta dentro suyo antes de conocer los nombres de quienes aún seguían con vida.

Familias enteras alrededor del país y el mundo se dispusieron a escuchar la misma noticia en la radio, el mismo día, a la misma hora. Aquellos minutos donde irónicamente solamente se podía vivir si se contenía la respiración, fueron los instantes donde incluso quienes habían perdido la fe y la esperanza, como Teresita Vázquez, la recuperaron. Para

pena de algunos, al terminar la transmisión, al igual que Marcelo Pérez del Castillo, Daniel Maspons y Fernando Vázquez, faltaban en la lista: Francisco Domingo Abal Guerault, Graciela Obdulia Augusto Gumila de Mariani, Gastón Costemalle Jardi, Eugenia Dolgay Diedug de Parrado, Rafael Echavarren Vázquez, el coronel Julio César Ferradás Benítez, Esther Horta Pérez de Nicola, Jorge Alexis Hounié Seré, Dante Héctor Lagurara Guiado, Guido José Magri Gelsi, Felipe Horacio Maquirriain Ibarburu, Julio Martínez Lamas, Ramón Martínez Rezende, Juan Carlos Menéndez Villaseca, Liliana Beatriz Navarro Petraglia de Methol, Francisco Nicola Brusco, Gustavo Diego Nicolich Arocena, Arturo Eduardo Nogueira Paullier, Susana Elena Alicia Parrado Dolgay, Enrique Platero Riet, sargento Ovidio Joaquín Ramírez Barreto, sargento Carlos Roque González, Daniel Gonzalo Shaw Urioste, Diego Storm Cornah, Numa Turcatti Pesquera, Carlos Alberto Valeta Vallendor. En un día marcado por un sinfín de vaivenes emocionales, aquel desenlace significó demasiada angustia y dolor, aunque al menos un final, para la intensa búsqueda que se había estirado más de lo humanamente posible.

Para todos ellos, esa Navidad no fue Navidad, de hecho, muy pocos de ellos la recuerdan. El 28 de diciembre de ese año, el encargado de negocios de Uruguay en Chile, el Sr. César Charlone Ortega, hizo un viaje no programado a Montevideo para conversar con el canciller sobre las repercusiones del accidente y otros detalles del inminente regreso de los sobrevivientes al país. A su llegada, lo esperaban autoridades y periodistas que buscaban enérgicamente su declaración, ya que el diplomático había tenido un rol fundamental desde Chile y había cogido cierto protagonismo en la historia, especialmente luego de ser uno de los grandes responsables de la detención de la búsqueda diez días después del siniestro. Ante el anuncio de su llegada y la ya confirmada lista de sobrevivientes y

fallecidos, Stella Pérez del Castillo, en un gesto atípico de su persona, tomó el auto junto a una de sus hermanas y fue al aeropuerto a enfrentarlo. Ante la vista del señor que había suspendido la búsqueda de su hijo cuando aún estaba vivo, y alimentado el dolor por un rumor que señalaba que parte de esa decisión se había tomado teniendo en cuenta determinados factores de su vida personal que nada tenían que ver con los Andes ni el estado de la búsqueda, Stella y su hermana acusaron con rabia y desacato al Sr. Charlone mirándolo a los ojos y frente a la mirada estupefacta de periodistas y otros miembros del gobierno. Los medios tomaron nota de esa actitud, de hecho salió en la televisión el primer momento del acercamiento de las dos mujeres a Charlone. También lo hizo el primo de Stella, Wilson Ferreira Aldunate, que luego en el Senado y en declaraciones a la prensa haría expresa la duda de algunos de los familiares de los fallecidos especialmente sobre la gestión del diplomático a escasos días de la tragedia. A esto, el Sr. Charlone no acotó más que, posiblemente, el senador Ferreira Aldunate había expresado aquellas palabras por un problema personal hacia él, y no porque necesariamente tuviera fundamentos.

Consiguientemente Wilson realizó una audición para las radios Sarandí y Oriental del Uruguay donde explica su sentir:

Estimados oyentes:

Ustedes comprenderán perfectamente las razones por las cuales nuestra conversación del día tiene que estar necesariamente dirigida a hablar del milagro, del milagro de antes de ayer y de ayer, el milagro de la resurrección de los 16 muchachos que habíamos creído perdidos para siempre. Tenemos que hablar de ello porque es el tema del día, porque es de interés nacional, y porque a mí me toca muy de cerca el episodio, y me

toca, porque tenía un familiar y amigos entrañables entre los que no volvieron, y entrañables amigos entre los que están de nuevo con nosotros. Y porque me llega además, a la vez, la alegría de unos y el dolor de otros. [...] *No es lo mismo saber que se ha perdido del todo, todo, tiene que ayudar y ayuda saber que en el recuerdo, en la lágrima, en la vida misma del amigo salvado, quedará integrado para siempre el hermano perdido.*

Al siguiente día regresaron la gran mayoría de los sobrevivientes y realizaron una conferencia de prensa en el gimnasio del colegio Christian Brothers en Montevideo, organizada, entre otros, por el hermano de una de las figuras con las que el club ya no contaba, Aldo, el hermano de Guido Magri que había fallecido en el impacto. El objetivo de esa conferencia, ante todo, era que se cuidara a los sobrevivientes y sus familias, y evitar a toda costa que la presentación y explicación de los muchachos sobre lo que habían vivido se convirtiera en un show televisivo.

La mayor parte de la familia Pérez del Castillo que, al igual que las otras familias que buscaban a sus familiares, había vivido 72 días de desconsuelo, recién en ese instante tuvo noción de que el accidente y la aparición de sobrevivientes se había convertido en una historia de interés internacional. Al mismo tiempo, esa comunidad que había vivido toda su vida perdida dentro del mundo, pasando desapercibida y encerrada en su propia historia de vida se desnudó ante sus ojos. Allí, donde "nunca pasaba nada", apuntaban los lentes del resto del mundo y eso fue algo tan desconcertante como difícil de dimensionar. El gentío de esa conferencia dio prueba finalmente del vínculo de la historia con las raíces más profundas de aquellas escasas manzanas que apuntaban al Río de Plata desde un extremo de la ciudad de Montevideo.

La cantidad de reporteros nacionales y extranjeros llenaba cada metro cuadrado del gimnasio y los pasillos de rincón a rincón, algunos con la clara intención de tomar nota de lo que para ellos era lo más importante de toda la historia: cómo habían sobrevivido. Al principio, cuando se supo que había sobrevivientes, la noticia señalaba que habían sobrevivido en base a musgos y diferentes plantas que habían encontrado debajo de la nieve. Pero al reconocer el lugar exacto del accidente y dónde habían estado esos casi tres meses, los rumores comenzaron a circular de que la existencia de vegetación era imposible. En lo de Pérez del Castillo, Bernardo, quien había atendido a Stella como médico, llevó a los hermanos Álvaro y Juan Manuel al fondo de la casa y les dijo que se preparasen, porque de confirmarse el lugar del accidente, existía posibilidad de que no hubiera ningún tipo de planta o vegetal en las cercanías, y frente a tal situación solamente quedaba una posibilidad. Después de allí, fue tarea de los hermanos preparar a la familia para recibir la información de la mejor manera posible y, por sobre todo, en paz y comprensión. Así pasó igual en las otras casas de quienes no habían regresado, por lo que a la hora de la conferencia, todos estaban al tanto de lo que había ocurrido en realidad. Las preguntas que retumbaban ese día en el gimnasio del colegio Stella Maris apuntaban directamente a ese asunto, ante la mirada atónita de una comunidad que se disponía a dar razón de su dolor. Las respuestas se hicieron esperar hasta que, al terminar la conferencia, se puso fin a la incógnita sobre la fuente de su supervivencia.

No fueron muchos los familiares de los que no figuraban en la lista que asistieron a ese evento. Claudia Pérez del Castillo, al igual que el resto de sus hermanos, no tenía ánimo ni fuerza para afrontar todavía el hecho de que su hermano había quedado en la montaña y tampoco tenía la fortaleza

para ver los flashes, ruidosos y brillantes, asediando las primeras instancias del segundo duelo que comenzó aquel diciembre. Quien sí asistió fue el Dr. Valeta, quien ante el asedio de los periodistas al terminar la conferencia, declaró:

—Vine con mi familia, porque todos queríamos a quienes eran los amigos de mi hijo y porque estamos contentos de tenerlos de vuelta con nosotros. Más aún, estamos contentos porque gracias a que eran en total 45 fue que 16 pudieron regresar.

Y luego procedió a repetir lo que horas antes le había manifestado a su propia familia en su casa:

—Quiero subrayar que desde el primer momento supe lo que hoy es algo cierto para nosotros. Como médico, me di cuenta de que nadie puede sobrevivir en un lugar como aquel y bajo esas condiciones sin encontrarse ante valientes decisiones. —Y luego agregó:— No puedo hacerme portavoz de todos los demás padres que se encuentran en la misma situación que la mía, pero sé positivamente que todos piensan igual, todos estamos completamente de acuerdo con lo que hicieron los muchachos. El valor que demostraron venciendo a la muerte hoy quedó empequeñecido. El valor y la hidalguía de esos muchachos, fundamentalmente de Delgado, que enfrentaron esa conferencia de prensa para contarlo todo, absolutamente todo, me emocionó. La hermosa frase que ese chico empleó para decirlo fue el mejor homenaje —en referencia a la famosa frase donde los muchachos anunciaban luego de la conferencia que habían recurrido al cuerpo de los fallecidos para alimentarse: “La comunión íntima entre todos nosotros nos ayudó a vivir”.

El Dr. Valeta también hizo referencia a la prensa que utilizaba para estas horas esta información para causar estragos tanto en la vida de los sobrevivientes como en la memoria de los que no regresaron:

—A la prensa que atacó a estos jóvenes con palabras bajas y velados reproches. Hoy, públicamente, desafié al representante de esos órganos a que pasara por una similar experiencia. Creo que la actitud más correcta, la única que por otra parte cabe, es que la prensa toda tenga una actitud de misericordia para estos jóvenes. Nosotros nada les reprochamos.

Él supo, y su familia también, que esas palabras fueron una bocanada de aire y tranquilidad para quienes habían sobrevivido. El impacto de sus palabras dio paz no solo a ellos sino también a sus familiares, que debían convivir con esa lanza también. Aquello parecía un tema para todo el mundo más que para los afectados por la tragedia, quienes vivieron unos intensos días de juicios y acusaciones, cuando, en realidad, solamente tenían un resto de valor para afrontar su pérdida y dolor. Muchas almas quedaron heridas por ello, algunas de ellas para siempre.

Por otro lado, la familia Nogueira con su padre Arturo a la cabeza, también envió un mensaje de apoyo y comprensión hacia los sobrevivientes al diario nacional *El País* a tres días del año 1973, donde redactaron:

Estas breves líneas, surgidas por un imperativo ineludible de nuestros corazones, desean rendir públicamente nuestro homenaje de admiración y reconocimiento a los 16 jóvenes héroes sobrevivientes del Accidente de los Andes.

Admiración porque tal es nuestro sentimiento ante las innumerables pruebas de solidaridad, fe, valor y serenidad que afrontaron y vencieron.

Reconocimiento, profundo y eterno, por los cuidados que en todo momento dispensaron a nuestro querido hijo y hermano Arturo, hasta muchos días después del Accidente.

Invitamos a todos los ciudadanos de nuestra Patria a unos minutos de meditación sobre la inmensa lección de solidaridad, coraje y disciplina que nos han dejado estos chicos y que ella nos sirva a todos para aprender a dejar de lado mezquinos egoísmos, desmedidas ambiciones y desinterés por nuestros hermanos.

Una palabra final de agradecimiento al Stella Maris College, cuyos hermanos y docentes han formado tantas generaciones de estudiantes, deportistas y fundamentalmente HOMBRES para nuestra patria.

Quienes no tuvieron motivos para festejar en esa Navidad de 1972, a diferencia de lo que la presión mediática quiso imponer, jamás enfocaron su duelo en mirar para atrás o analizar los detalles que salieron a la luz de lo que habían vivido los pasajeros del avión. A su entender, quien se encuentra en la situación de despedir a un ser querido, especialmente si se trata de un hijo o una hija, vive con el alma en trizas y el corazón en llamas, y eso se convierte en suficiente trabajo para mantenerse vivo por dentro como para además cuestionar las circunstancias de la vida de los otros.

En la casa de Marcelo, aún se luchaba con la certeza de que aquel hermano tan presente, aquel hijo tan especial, no volvería más. Aún así, los dos hermanos, Álvaro y Juan Manuel, quienes tenían amigos y conocidos en la lista de sobrevivientes, demostraron un valor y valentía indescriptibles y se presentaron en las casas que estaban en pleno júbilo a darles la bienvenida a los que habían regresado. Álvaro, por su parte, fue directamente a la casa de Coche Inciarte con Teresa, con quien llevaba apenas unos meses de casado. Al entrar esa noche, tal como le ocurriría a muchos de los familiares de sobrevivientes en los años por venir, su llegada significó unos instantes de profundo silencio y miradas atónitas de

personas que no sabían exactamente cómo reaccionar ante su encuentro. Al divisar a Coche en el patio al fondo de la casa, se acercó a paso firme, le acarició la cabeza y lo abrazó. Ese cuerpo, aún luego de haber recuperado casi 10 kilos desde el día que lo habían rescatado de la montaña, dejaba al descubierto los huesos y las articulaciones que dejaron a Álvaro absolutamente atónito. Allí, su íntimo amigo le dijo que Marcelo se acordaba constantemente de ellos dos y del hecho de que estaban en su luna de miel, y que estaba desesperado por habérselo arruinado con el accidente. Conversaron cariñosamente y finalmente se despidieron para volver a su casa.

Juan Manuel, por su parte, fue a recibir a Álvaro Mangino, novio de su cuñada, a la casa de su padre en Punta del Este a una casa en la Parada 2. Álvaro había sido invitado por Marcelo y, a pesar de no tener conocidos en la lista de pasajeros ni una relación evidente con el club, el plan le había resultado lo suficientemente atractivo como para confirmar su puesto. Dado que Juan Manuel ya había hablado brevemente con Álvaro por teléfono, su llegada no fue sorpresa y al encontrarse toda la familia sentada en una larga mesa con ocho puestos hubo únicamente una cantidad eterna de afectuosos abrazos. La flacura y el color de la piel de su cuñado eran testigo de las largas y dolorosas jornadas que había pasado en la montaña, así como un reflejo de lo que había pasado su propio hermano. Muchos años pasaron desde la reunión en Punta del Este, y la relación familiar por el lado político los unió para siempre, pero aún así, posiblemente por formas de ser, nunca más volvieron a hablar de lo que había ocurrido en los Andes.

En paralelo, muchas familias intentaron gestionar el regreso de los cuerpos de sus seres queridos por todos los medios. La familia de Carlos Roque, puesto que Carlos pertenecía a la tripulación, sobre ese asunto

dependía en gran medida de la decisión de la Fuerza Aérea. Diferentes miembros de la Fuerza Aérea Uruguaya habían visitado a la mujer y su familia durante la búsqueda para mantenerlos informados de los avances, pero pasado ya un tiempo y especialmente luego de la suspensión de la búsqueda, las visitas comenzaron a ser cada vez menos frecuentes. Días después del 22 de diciembre, regresaron. En la puerta de lo de la familia Roque se presentaron el capitán Crossa y el mayor Meyer a dar el pésame. La madre de Carlos, Dominga, con determinación enfrentó a los dos hombres que ahora estaban sentados en la sala de su casa.

—Ahora sé que me hijo está muerto, pero yo necesito tener un lugar donde ir a llevarle flores y llorar cuando me haga falta.

—Señora, la decisión está tomada, nadie va a regresar —respondió Meyer.

—No puede ser, algo hay que hacer, Carlos tiene que regresar.

—Señora, ¿usted que quiere, que le traiga un cajón lleno de piedras?

Y así como empezó la visita, evidentemente, terminó.

Seguidamente, en los medios se publicaba la decisión desde Chile, nuevamente de la mano del Sr. Charlone, de que no se procedería a realizar el operativo para recuperar los cuerpos de los fallecidos en la montaña puesto que eso significaba un esfuerzo que pondría en riesgo a las fuerzas de seguridad. Algunos padres que aún estaban en Chile gestionando el regreso de sus hijos comprendieron la dificultad de la decisión, por lo que dieron por finalizados sus esfuerzos y regresaron. A los pocos días del anuncio se realizó una pequeña ceremonia religiosa que ofició el sacerdote Iván Caviedes para sepultar los cuerpos que por siempre descansan en la montaña, con la prensa ajena a este evento para preservar la privacidad, aunque con registro fotográfico que permanece en manos de la Fuerza Aérea Chilena y Uruguaya bajo estricta confidencialidad. La fosa común

se encuentra en un valle cercano al lugar exacto donde se detuvo el fuselaje que se convirtió en el hogar de los muchachos por 72 días, cubierta por tierra uruguaya a pedido de las familias. El encargado de dicha tarea fue el capitán Enrique Crossa, quien personalmente también procedió a enterrar al último joven fallecido en la montaña el 9 de diciembre, escasos días antes de que retomaran contacto con la civilización, Rafael Echavarren, bajo el pedido de su padre Ricardo Echavarren, quien era el único padre presente en Chile en ese momento. Junto a ellos se instaló una cruz que dice en uno de sus lados "El Mundo a Nuestros Hermanos Uruguayos" y en el otro "Cerca, Oh Dios, De Ti". También se procedió al incineramiento del fuselaje, este sin registro fotográfico por considerarse que no hacía falta para la investigación. Al mismo tiempo, se anunció que las autoridades argentinas declinaban oficialmente cualquier jurisdicción en la zona y que las partidas de defunción las emitirían las autoridades chilenas.

Pero casi inmediatamente Ricardo Echavarren tuvo el conocimiento de que Rafael tenía deseos de regresar al Uruguay.

—Yo soy Rafael Echavarren, y yo voy a volver —le contaron a su familia que él decía.

Eso impulsó a Ricardo a organizar un viaje para recuperar el cuerpo de su hijo y regresarlo a descansar junto al resto de su familia. De la poca información que tenían sobre lo que le había ocurrido a Rafael, sabían que en sus jornadas en la montaña solía asegurar con una característica obstinación a sus compañeros que su padre lo estaba buscando, y eso significó el nacimiento de una misión por traerlo a casa.

Y Rafael estaba en lo cierto, su padre no lo había dejado de buscar nunca. Los últimos días de noviembre, días antes de que Rafael falleciera en la montaña a causa de sus heridas, Ricardo había llegado a Talca para

integrarse a una de las unidades de búsqueda, e incansablemente había buscado a lomo de burra a su hijo por los precipitados bordes de las montañas de los Andes.

—Si él dijo que iba a volver, yo lo voy a ir a buscar —decidió Ricardo, e informó a su esposa e hijas que iba a emprender viaje a las montañas. Gracias a la ayuda de amigos que vivían en las cercanías del accidente logró organizar la travesía y planificar el regreso de Rafael a su tierra. Evidentemente este no era un paseo en ruta como los que estaban acostumbrados a hacer en familia, este era uno donde cada imagen del trayecto como la de su padre regresando o de su madre pidiendo mate para pasar el tiempo, quedó guardada en su memoria para siempre. El día que tocaba hacer la expedición, las cuatro mujeres acompañaron a su padre hasta las minas de azufre a 213 kilómetros de San Rafael y allí esperaron a que regresara. Muchas personas previnieron a Ricardo, el padre de Rafael, de que habría complicaciones para llevar el cuerpo hasta Uruguay. De hecho, un oficial se lo informó directamente:

—Como oficial le informo que eso no se puede hacer, pero como padre, le digo que lo haga.

Ningún aviso fue impedimento para que Ricardo cumpliera los deseos de su hijo y, un mes y medio después, luego de estar detenido por algunas horas y de recibir incluso la ayuda del presidente de Chile, Salvador Allende, regresó a Montevideo con toda su familia completa. Así fue como Rafael Echavarren se convirtió en el único de los chicos que descansa en Montevideo, y su padre, ahora con la paz que significaba haber cumplido con su hijo, volvió a la vida con un nuevo optimismo y actitud. De ser muy callado, pasó a ser un hombre extrovertido, sin miedo de vivir su vida al máximo. “Ricardo, te prefería mudo”, decía su mujer entre risas, que revelaban una tranquilidad por su bienestar y su alma.

Los meses después del regreso de los muchachos a Uruguay fueron extremadamente duros, y el mero intento de dejar pasar los días era una tarea inútil para las familias que aún se veían separadas por los picos de los Andes. En los diarios, revistas y radio no se hablaba de otra cosa y, aunque todo parecía indicar que las visitas recurrentes a las casas iban a aminorarse, aquello tampoco ocurrió. De hecho, cuanto más fresca la noticia más sangrientas eran las notas, y para familias y allegados que vivían los días más difíciles de su vida, aquello se volvió simplemente intolerable. Era el segundo velorio, era el velorio de verdad y a la vez no lo era, porque no habían conseguido despedirse, pero además, tenían que convivir con el morbo que se alimentaba de la historia a su alrededor. Álvaro Pérez, hermano de Marcelo, contó una de las historias más dolorosas sobre la repercusión del accidente en los meses siguientes a la conferencia de prensa. Él, aun siendo el mismo hombre serio y entero de toda la vida, mostró nuevas expresiones al recordar las cosas que sus ojos llegaron a ver:

—Una vez vi una revista alemana de unos tipos que alquilaron un helicóptero y se fueron hasta donde estaba el avión... y era una cosa… terrible. Terrible. Eran fotos que mostraban cómo había quedado el lugar del accidente. Esa revista nunca más la vi —su voz bajó el tono hacia el final de la oración hasta quedar en completo silencio. Así se mantuvo un rato más mientras seguía la conversación junto a Teresa, su esposa, y Stellita, y como si hubiera vuelto a ese día, retomó:

—Empezaron a aparecer libros que contaban la historia, ta… ¡pero apareció también cada libro! Apareció un libro mexicano, que decía que jugaban al fútbol con el cuerpo de los otros… o sea, que existe gente en el mundo para esa falta de respeto, para esa falta de todo.

Cinco libros fueron publicados de este estilo hasta que se publicó la versión oficial de los sobrevivientes del accidente, impulsados entre otras cosas por proveer al mundo entero de una versión oficial de los hechos y en alguna medida detener la dirección en la que surgían los relatos.

Visitar el lugar del accidente fue una actividad que con los años atrajo a miles de personas de todo el mundo. Además de Ricardo Echavarren, uno de los primeros visitantes fue el Dr. Carlos Valeta, que un año después de que hubieran regresado los 16 sobrevivientes del avión se aventuró con su señora y su hermano para llegar al lugar donde había fallecido su hijo. Aquello fue una verdadera hazaña, y evidentemente el trayecto no estaba preparado como ahora. Su esposa, Inés, se quedó en la base en San Rafael, donde los visitantes suelen hacer una parada, mientras él y su hermano subieron hasta encontrarse con el fuselaje. Allí tomó varias fotos de las montañas y el paisaje, que después mandó a imprimir en gigantografías que colgó en frente a su escritorio para verlas cada día. Al regreso, confesó a sus hijas que había visto todo tal cual lo imaginaba y que en su corazón, se había despedido finalmente de Carlos. Después de ese día, nunca más habló ni de su hijo ni del accidente. Para él como a muchos otros que los años siguientes visitaron el lugar del accidente, la visita actuó como un mecanismo para contener la herida y darle un cierre a la historia. Sin embargo, Inés por su parte tenía un plan personal. Ella sabía por diferentes historias de otros familiares que Gustavo Zerbino había traído de la montaña pertenencias de algunos de los que no habían regresado, como billeteras, cadenas, ropa y otros objetos que cargaban con ellos el día del siniestro. Sin embargo, Gustavo no había aparecido en su casa. El sacudón del regreso y la emoción por volver a la vida y al Uruguay era una de las razones, pero la más importante era que en el fondo, Gustavo sabía que ir a lo de Carlos iba a ser una situación más difícil por dos motivos: por un

lado porque él lo había invitado, y presenciado el primer rechazo de su madre a la posibilidad de que él fuera con el equipo a Chile, pero además, porque cuando comenzó la turbulencia en el avión y el piloto les ordena sentarse y ajustarse los cinturones, Gustavo le cambia de puesto a Carlos, y este segundos después fallece casi inmediatamente después del choque con la montaña. Para un chico de apenas 19 años, evidentemente era una situación por demás emotiva e internamente muy desafiante.

Un día, mientras Gustavo dormía en el cuarto de su casa en el regreso a Montevideo, experimenta una sensación extraña que le provoca despertarse. Sin saber si estaba dormido o soñando, ve a Inés Valeta acariciándole la cabeza sentada a su lado en la cama. Sin que el joven pudiera decir nada a causa de la sorpresa, Inés comienza a hablarle obligando a Gustavo a prestar más atención.

—Vengo a agradecerte por todo lo que hiciste por mi hijo.

Atónito, se quedó mirándola fijamente mientras ella procedió a contarle cosas que según Gustavo no tenía cómo saber. Por ejemplo, cosas que él había hecho cuando encontró a Carlos en la nieve, como cuando le quitó el pantalón o recuperó algunas de sus pertenencias para llevar al fuselaje. Él no podía dejar de mirarla, petrificado, pero Inés siguió hablándole y agradeciéndole por traer de regreso el pantalón de Carlos. Fue recién allí que Gustavo recordó que de hecho, sí había traído el pantalón de Carlos porque era uno de los que él usaba en la montaña y con el que regresó de allí. Su madre lo había reacondicionado y puesto en su ropero doblado, pero sobre nada de esto podía emitir ninguna palabra, estaba en shock.

—¿Pero cómo sabes todo esto? —se las ingenió para preguntarle finalmente.

—Yo lo vi —le respondió. Durante unos momentos se abrazaron hasta que Gustavo se paró y fue a recoger las cosas de Carlos que había traído

para ella. Inés se adelantó y sacó ella misma el pantalón del Montgomery del cuarto del amigo de su hijo donde estaba cuidadosamente guardado con el resto de sus cosas. Ella ya sabía dónde estaba, al igual que todas las otras pertenencias que Gustavo tenía para ella, sin que él le hubiera dicho nada. Antes de irse le dijo:

—Gustavo, esto no es tu culpa. El destino es así. No te sientas culpable —y se despidió.

Mientras eso ocurría, Stella, que ya no encontraba consuelo, solamente repetía que se tendría que haber ido con él, con Marcelo. Además, durante la búsqueda no paraba de pedirle a su amado esposo a través de la oración que por favor hiciera lo posible para traer a casa a su hijo, y al no cumplir con su pedido, como resultado también le produjo mucho enojo hacia él. Tanto a uno como al otro se los dejó de nombrar en la casa, pero tan poderosa había sido su vida que en cada rincón se sentía su presencia. Era una ausencia presente. Para sus hijos, entender en ese momento que su madre insinuaba que quería morir, al mismo tiempo que perdían a su hermano, fue un golpe. Juan Manuel y Álvaro caían en la cuenta de que todo había cambiado en la familia e intentaban emular lo que alguna vez le había nacido a Marcelo cuando murió su padre: mantener a flote a Stella costara lo que costara. Juan Manuel, el mayor de la familia, ante la falta de palabras decidió escribirle una carta:

Querida Mami,

Vamos arriba ese espíritu. Acordate cómo Marcelo nos sacó a todos adelante cuando murió papá. Ahora no está él y te toca a ti levantarnos. Ni tú ni nadie sabían cómo lo quería yo a Marcelo y cómo lo extraño, porque a pesar de ser menor era el centro de la familia e

indiscutiblemente el jefe. Ahora el centro tenés que ser tú, y por todos tus hijos, inclusive por Marcelo, tenés que salir adelante como él hubiera salido.

Ellos están mucho mejor que nosotros y ahora papá no está solo y nos están ayudando desde allá. Y nosotros no los podemos defraudar. Por eso te pido por ellos un esfuercito para salir todos adelante aunque sabemos que no va a ser como antes. [...] *Bueno mami, arriba el corazón, como lo harían los Christian, como siempre lo dijo Marcelo.*

Al surgir más entrevistas y detalles de la travesía de los muchachos en los Andes, familiares y expertos que habían trabajado incansablemente en la búsqueda comenzaron a comparar lo que contaban con las rutas que ellos habían hecho. Cuando se reveló finalmente el lugar exacto en los Andes donde habían pasado 72 días en condiciones absolutamente desesperantes, familiares y amigos compararon la ubicación con la que había indicado el Dr. Croiset. Ahí quedó demostrado que las instrucciones no estaban del todo equivocadas, sino que Croiset había interpretado su visión como si fuese el reflejo de un espejo. En una ocasión, el vidente había declarado que a veces eso le ocurría, especialmente cuando se trataba de casos en lugares del otro lado del océano Atlántico (él vivía en Europa). Además, finalmente comprendieron la urgencia de la que había hablado al comienzo de una de las conversaciones más significativas que se realizaron en la búsqueda, ya que el 29 de octubre había sido un día extremadamente significativo para los muchachos en la montaña, dado que muchos de los sobrevivientes del accidente murieron en esa fecha a causa de un alud. Ese fue el mismo día del cuarto aniversario de la muerte del padre de Marcelo Pérez del Castillo, y Marcelo estaba en esa lista de fallecidos. Ese día, tal como revelaron los sobrevivientes del accidente,

Marcelo amaneció diciendo: “Cómo estará la vieja, que hoy hace cuatro años que falleció papá”. La coincidencia de que hubieran fallecido el mismo día con diferencia de tan solo cuatro años fue algo que a Stella le pesó siempre demasiado, y a toda la familia hasta el día de hoy sorprende y a la vez atormenta cada fin de octubre cuando recuerdan a padre, abuelo, hermano y tío.

Con toda esta nueva información, Rafael Ponce de León comenzó a hacer comparaciones con los datos que él personalmente había reunido. Al igual que con la ubicación de Croiset, las indicaciones del rabdomante Roque Fernández, aquellas que quedaron perdidas en la pila de información y opacadas por la presencia del vidente más popular, estaban también asombrosamente cerca de las coordenadas donde se reveló que los chicos habían pasado aquellos helados días.

Sobre este y otros detalles la familia Pérez del Castillo, así como muchas otras, optó por no saber mucho más. Por su parte, Stella decidió no hablar más sobre el tema, ni mencionar a Marcelo, y menos a Manolo, y eso es algo que Claudia y el resto de sus hermanos también siguieron a rajatabla. Sin embargo, Gustavo Zerbino reveló que en el resto de su vida Stella llegó a llamarlo dos o tres veces para hacerle preguntas muy puntuales. Lo que a ella le preocupaba, como a cualquier madre, era principalmente si Marcelo había sufrido. Gustavo, con cierta cautela le dijo que no podía asegurar nada, pero sí podía decirle lo que él había sentido. Tal cual le explicó, lo cierto es que cuando ocurre el alud todo lo que sucede ocupa apenas milésimas de segundos en el tiempo. El sonido, la nube blanca y el momento de la reacción, todo se da a una velocidad inimaginable, por lo que seguramente Marcelo no sufrió, y eso le dio paz a Stella. También le preguntó sobre los últimos días de vida, y si estaba triste, feliz, preocupado o qué era lo que él demostraba. Allí también le

contó que él había tomado un rol muy protagónico al principio y había intentado por todos los medios mantener la calma y la esperanza de que los iban a ir a buscar. Le informó también un pedido muy especial de Marcelo, que era que por favor siguieran de cerca el crecimiento del club y que trabajaran por una representación como la que él soñaba. A esto, Gustavo respondió a rajatabla durante los 40 años que fue directivo del Old Christians Club. Pero sin ser esas contadas ocasiones, en la casa se eludió durante años cualquier tipo de conversación sobre el accidente, cómo lo habían vivido y qué habían sentido después de todo lo acontecido. Ni siquiera entre hermanos fueron capaces de volver a aquellos días o discutir lo que aquellos eventos significaban para la familia y los años por seguir. La presencia de Marcelo quedó enmarcada en una fotografía que permaneció por siempre apoyada sobre el mueble antiguo de la casa, en un inmenso marco de plata al lado del de su padre.

5.

NUESTROS HIJOS

Después del accidente, del primer velorio, y de lo que se convirtió en el segundo, algunos padres y madres que no vieron regresar a sus hijos quedaron intensamente sumergidos en el dolor. Actitudes, gestos y miradas vacías dejaban ver las cicatrices de lo ocurrido de una manera muy explícita y el duelo se convirtió en un trabajo para ellos mismos y para sus hijos, que entendían la urgencia de su involucramiento en su recuperación como una única salida para sus familias. Después de ese año tan duro como fue el 72, los amaneceres se convirtieron en una proeza. Durante el día, no existía más opción que asimilar de alguna manera lo ocurrido, y por la noche lo difícil era rendirse a un sueño con el temor de que al despertar el accidente sería nuevamente una realidad, no un sueño. Esas milésimas de segundo en el umbral de la vida pasada y la vida que ahora era se convirtieron en los peores segundos de su vida, y nunca dejaron de existir. Sin embargo, el regreso de los 16 muchachos también escondía una lección para ellos y era la pasión por la vida. En los siguientes meses y años, si bien lograron desaparecer por completo esos instantes de aguda desesperación y de darle la espalda a la vida, aún después de haber sufrido y por momentos darse por vencidos, la gran mayoría aprendió a vivir con el dolor.

Tal como era costumbre en aquellos tiempos, los hombres habían retomado su rutina y vuelto a sus trabajos, mientras que las mujeres estaban encasilladas en mantener en orden el hogar y el cuidado de sus hijos. Pero para ese grupo de madres que había buscado sin descanso a sus

hijos por 72 días, eso ya no era suficiente. Rápidamente tomaron conciencia de que quedándose en sus casas no lograrían atravesar el umbral de dolor. No hacer nada era no luchar.

Casi enseguida, Stella se embarcó en un viaje a Europa junto a sus hermanas Marta y Teresita para alejarse aunque fuera brevemente de los titulares y noticias. Tal viaje fue una medicina que significó el comienzo de un nuevo capítulo de su vida. Paulatinamente, y para la inmensa felicidad de su familia, asomaron destellos de su personalidad chistosa e íntegra que tanto hacía falta y centró sus energías en viejas y nuevas amistades y proyectos. Al regreso, la esperaban sus hijos con la noticia de la pronta llegada de nuevos integrantes que a cada resonar de su risa le regalaron un lugar único, y hasta el momento desconocido, para sobreponerse. Nunca más se dejó ver abatida, no se lo permitió. Dedicó tiempo a mantener la casa de campo, a actividades que le daban placer como jugar a las cartas y los viajes, y a fortalecer cada vínculo de su familia, de la que se convirtió en referente, líder y ejemplo.

Afianzó también su posición como intensa militante del Partido Nacional a favor de su primo, Wilson Ferreira Aldunate, especialmente cuando comenzó la dictadura en el Uruguay que obligó a Ferreira a exiliarse durante años. En uno de los cuartos escondidos de su casa recibía las grabaciones que este enviaba del exterior para alimentar la resistencia y llevaba a cabo reuniones para escucharlas y hacerse eco del espíritu de Wilson en el Uruguay. Se mudó a otra casa que había construido Manolo en la calle French esquina Rivera, apenas a una cuadra de distancia de la otra casa que ya consideraba manchada por la desgracia, donde además de las escuchas de las grabaciones también se convirtió en sede del wilsonismo donde se realizaba cartelería y organizaban protestas en contra de los militares que manipulaban con poder una sociedad que rechazaba el

nuevo orden. Sin embargo, sobre el accidente no quería pronunciarse y prefirió en los primeros meses canalizar su energía en otros lares.

Cada caso fue único en su forma de enfrentar ese terrible momento; algunas madres tenían la necesidad de hablar de lo que había pasado, de sus hijos, de la sensación tan extraña de saber que algunos habían vuelto y por qué sus hijos no, pero encontraban la reticencia en su propia casa, con sus hijos o sus maridos.

—No podíamos quedarnos en la casa a limpiar ollas —recuerda Selva Ibarburu de Maquirriain, madre de Felipe.

Y no lo hicieron. En aquella época, las señoras de esa edad estaban cosiendo en sus casas y no eran muchas, en general, las que solían trabajar.

Eso significaba no solo hablar del accidente, sino también de la búsqueda, sus impresiones, y por supuesto del recuerdo de sus hijos. Tal fue la situación de Raquel Nicolich y Selva Nicolich, que por diferentes medios estaban buscando ese espacio, una en el colegio ofreciendo su ayuda para colaborar en las actividades escolares, y la otra dentro de su propia casa. Gracias a esa necesidad maternal de hablar de sus hijos y de su recuerdo fue que, un día de febrero de 1973, Selva decidió convocar a una reunión a todas las familias de los que no habían regresado del accidente para proponerles una idea. Desde el inicio a algunas personas les pareció una demencia, porque nadie creía que un grupo de amas de casa podría sacar algo adelante, menos en ese estado de pena. El simple hecho de tener la iniciativa de la reunión ya era una cuestión atípica, y a la vez un ejemplo para la época, que la siguiente generación comenzó a ver con admiración.

Una a una, Selva se comunicó con las madres y familiares de todos los que no habían vuelto, incluidos los jugadores, amigos y familiares que habían acompañado y familiares de la tripulación, para reunirse y pensar

un proyecto en común que recordara a cada uno de ellos. Ese primer encuentro se llevó a cabo en lo de Inés Valeta y acudieron 11 mujeres. El resto de los invitados, por diferentes motivos como el tiempo y la distancia, no asistieron. El primer encuentro fue un éxito, aunque dedicaron la mayor parte del tiempo a llorar y refugiarse una en la otra. Con ciertas dudas por parte de algunas de ellas, convinieron en reunirse una vez por semana, en la esperanza de alimentar ese espacio pero también comprometerse a comenzar un proyecto juntas en memoria de sus hijos.

Encuentro tras encuentro, ese espacio se transformó cada vez más en una tabla de salvación. Ninguna juzgaba a la otra por decir algo que podía resultar fuerte o doloroso. Se entendían. Con una sabiduría que solamente esa experiencia puede brindar, se tuvieron paciencia, se conocieron, se consolaron y por supuesto, lloraron. Durante meses esa tristeza no les dio ningún tipo de tregua, pero algo dentro de Selva, una especie única de instinto, le hizo pensar que después del llanto llegaría algo más fuerte, más emocionante. Solamente hacía falta poner en marcha un proyecto, con tiempo y paciencia, para que lentamente pudieran dejar de tener solamente una tragedia en común. En ese tiempo, Selva insistió en la creación de una obra en nombre de sus hijos, con el fin de luchar por la fundación de una unión que lograra suplantar la angustia con algo más gratificante. Algo que les permitiera encontrar un nuevo sentido a su vida al mismo tiempo que honraban a sus hijos.

Entre las que aceptaron la invitación a la primera reunión en lo de Inés se encontraba Stella, quien un día, al regreso de esos encuentros, contó a sus hijos la idea propuesta por Selva de comenzar alguna actividad junto a las otras madres en nombre de los que no habían regresado del accidente. El asombro de los hijos de Stella, en especial por la manera en que estaba transitando su dolor en semejante silencio, provocó miradas perplejas en

toda la familia. ¿Cómo podía funcionar semejante proyecto en manos de un grupo de mujeres que se encontraban atravesando el peor momento de su vida? La herida aún era muy reciente y el ambiente claramente no estaba dispuesto para emprender ningún tipo de emprendimiento. Aquello parecía una absoluta locura en los ojos de quienes la acompañaban, pero al mismo tiempo tampoco parecía un buen momento para oponerse a la propuesta. En otros hogares la respuesta fue radicalmente diferente, y desde un comienzo les pareció una absoluta maravilla. Qué mejor que mantener la mente distraída. Así fue por ejemplo en lo de la familia Valeta, donde la emoción de Inés al contar la idea fue tal que el sentimiento se contagió y desde el primer momento fueron grandes impulsores de la iniciativa de las madres.

Al tomar envión, las reuniones se comenzaron a llevar a cabo cada vez con más frecuencia y la idea de crear una obra social en nombre de sus hijos cobró cada vez más fuerza. En cuanto se decidieron a dar el siguiente paso, la pregunta fue qué era finalmente lo que iban a hacer. Evidentemente para ellas tenía que estar conectado con el estudio de alguna forma, puesto que sus hijos eran estudiantes, y con la comunidad, porque era donde ellos habían dejado su huella. Las ideas fueron mutando hasta que se concretó una que se destacó sobre las demás: una biblioteca estudiantil. El objetivo primordial es que el espacio y el préstamo de libros fuera gratuito, de tal forma que la historia de sus hijos se expandiera lo más posible y de la mano de jóvenes que, como ellos, tenían anhelos por cumplir. La propuesta de la biblioteca estudiantil surgió de Inés, que era profesora de Historia Natural del liceo público número 15 del barrio de Carrasco, y se había dado cuenta con su propia experiencia que en cuanto le daba atención a otros chicos y se enfocaba en sus vidas y futuro, el dolor del duelo que estaba viviendo se suavizaba. Había una energía demasiado

fuerte que sin duda tenían que canalizar por algún lado, y cada día que pasaba en el liceo se convencía más de que darle algo a otros chicos que podrían ser sus hijos era la sanación. También sabía que en el barrio y sus alrededores estudiaban aproximadamente 1.500 jóvenes, y tan solo el 30% de ellos contaba con la posibilidad de acceder a los libros de estudio necesarios para asegurar su futuro. Además, conocía de primera mano las dificultades de los estudiantes de contar con un ambiente adecuado y un sistema de apoyo que funcionara de cimiento en el camino hacia sus aspiraciones profesionales. Todo fue alineándose hasta que llegaron a un acuerdo, y de ahí en más, comenzaron a escribir su propia historia de supervivencia.

Al comienzo, la idea de la biblioteca no tuvo un apoyo unánime. A decir verdad, muchas no se creían capaces ni con la experiencia necesaria, y ni siquiera contaban con un lugar físico para llevarla a cabo. Todo eso generó dudas. Para agregar, ninguna tenía conocimientos de administración y menos que menos del manejo de una biblioteca. En el caso de Stella, por ejemplo, se inclinaba definitivamente a la primera opción. No tenía tanta fe en que llegaría el día en que la biblioteca pudiera detenerlas de hablar solamente de sus hijos, de llorar y angustiarse. Las portadas de diarios y revistas estuvieron meses y meses haciendo referencia al accidente. ¡Viven!, decían, pero no ellas ni sus hijos, y ver todo el movimiento alrededor del accidente les daba tema para seguir ante la presencia de la muerte, y la imposibilidad de encontrar un cierre.

Los primeros encuentros habían demostrado que el desafío era inmenso, y eso llevó a considerarlo una misión imposible, una “auténtica locura”. Algunas madres, a pesar de escuchar las propuestas directamente prefirieron apoyar pero no desde la organización sino desde afuera, principalmente debido a que los sentimientos aún eran muy frescos y

buscaron otra manera de superarse. Pero la insistencia de que esa era la salida, juntas, especialmente Selva Maquirriain y Eita Platero, era fuerte, y sus instintos las obligaron a apostar porque aquel dolor se disolvería únicamente con un proyecto que tuviera como protagonistas a sus hijos y su memoria de una forma honesta y sanadora, e insistieron hasta conseguir todo el apoyo que pudieron. Lentamente y después de varios encuentros más lograron convencer a Stella y otras madres, que sigilosamente fueron tomando cada vez más protagonismo en la iniciativa. Las fundadoras de la biblioteca, Selva Ibarburu de Maquirriain, Ana María Nebel de Vázquez, Inés Vallendor de Valeta, Bimba Cornah de Storm, Hélida (Eita) Riet de Platero, Stella Ferreira de Pérez del Castillo, Raquel Paullier de Nogueira, Raquel Arocena de Nicolich, Lita Petralgia de Navarro, Gladys Rosso de Maspons, Nené Caubarrère de Martínez Lamas, María Susana Gelsi de Magri y Sara Vázquez de Echavarren, finalmente conformaron un grupo único con un lazo especial que evolucionó a una amistad y superó los obstáculos de la adversidad. Selva, además, logró probar su punto. "¿Ves, querida? Una vez que te ponés a hablar de la biblioteca te olvidás del accidente", solía decir.

El siguiente paso fue pensar un nombre para la institución. Se barajaron un sinfín de ideas, como Ave Fénix o Hijos Nuestros —que descartaron porque la repetición de cualquiera de esos nombres parecía un cántico de hinchada de fútbol— pero ninguna de estas opciones terminaba por convencer a las 13 madres que ya habían confirmado su participación en la biblioteca. Después de la discusión, finalmente se escuchó:

—¿Y si le ponemos "Nuestros Hijos"?

Quizás no tenía sentido para los demás y posiblemente no resonara tanto, pero sí tenía sentido para ellas, y sí resonaba en ellas y describe perfectamente su misión a partir de ese día.

—Además, al final del día, es de lo único que hablamos: nuestros hijos hacían esto, a nuestros hijos les gustaba aquello.

Después del visto bueno de todas las madres, quedó sellado el nombre de una biblioteca que pasó a la historia.

Para acompañar el nombre de Nuestros Hijos decidieron agregar "Valor y Fe", en referencia a mensajes que algunos de los chicos habían escrito en la montaña, y que regresaron gracias a que Gustavo Zerbino, durante el rescate, se negó terminantemente a regresar si no lo hacía con las pertenencias de sus amigos que sabía le harían mucho bien a sus padres y hermanos. Una de las cartas es la de Gustavo Nicolich, que Gustavo Zerbino entregó a Raquel a su regreso. Las cartas de Gustavo se centran en mensajes que navegan entre sentimientos de esperanza y reencuentro, con una marcada devoción religiosa característica de Gustavo que responde fundamentalmente a su educación católica, y donde habla sobre uno de los momentos más difíciles en la montaña y de las decisiones que se habían visto obligados a tomar. Allí destaca la importancia del "valor" y la "fe":

Vivimos haciendo chistes con la comida; todos los días a alguien se le ocurre, por supuesto, elegir el desayuno o la comida, y por supuesto ni en el "Bungalow Suizo" se come así (que no se enojen los Camou por esto). Yo los extraño mucho, Cristina, Rosario, Pinocho, Ama, Bettina, Raúl, el Gordo, Marito, Mónica [familiares y primos de su novia Rossina] *a todos. Pero yo probablemente si me dieran a elegir, elegiría las comidas de Blanca y los vasos de leche de casa.*

Es increíble lo que se puede llegar a valorar las cosas en estos casos. Nada hay como Montevideo, como casa, como poder verlos todo el día [...].

Bueno, los dejo porque se está haciendo de tardecita y hay mucho trabajo que hacer.

Un beso grande para todos y los volveré a ver si Dios quiere, de no ser así, lo único que les pido es que tengan un gran valor y no se preocupen por mí porque estoy seguro que Dios me llevará con él.

Hay algo que te va a parecer increíble, yo todavía no consigo creerlo, añadía. *Y es que hoy han comenzado a cortar carne de los muertos para comérsela. No hay otro remedio, yo había rezado a Dios desde lo más profundo de mi ser para que este día no llegara nunca, pero ha llegado y tenemos que aceptarlo con valor y fe.* [...] *No debo sentir remordimientos y si llega el día que yo pueda salvar a alguien con mi cuerpo lo haría con mucha alegría.*

Otro de los escritos que tuvo un gran impacto en todos, pero principalmente en las madres, fue la carta recuperada escrita por Arturo Nogueira, que también fue una importante inspiración para agregar Valor y Fe a "Nuestros Hijos":

En situaciones como esta la razón humana no llega a abarcar la comprensión del poder infinito y absoluto de Dios sobre los mortales. Nunca sufrí tanto como ahora, física, moralmente, aunque nunca creí más en Él. [...] *Fuerza, que la vida es dura aunque merece vivirse, aún el sufrimiento - VALOR.*

Estos mensajes son de los recuerdos más intensos y vivos que han vuelto de la montaña para las familias Nicolich y Nogueira, y la resonancia del "valor y fe" de los chicos allí hizo eco en la situación de sus madres en Uruguay. Esas palabras naturalmente se trasladaron a la

lucha contra el dolor, la necesidad de tener valor, encarnado en el nacimiento de la biblioteca.

El 4 de junio de 1973, solamente ocho meses después del accidente, se firmaron los estatutos de “Nuestros Hijos” donde se establece que:

Con la intención de perpetuar la memoria de las víctimas del accidente aéreo de los Andes, ocurrido el 13 de octubre de 1972, los comparecientes, madres y familiares de los fallecidos, han resuelto constituir una asociación civil. [...] Son fines de la asociación: a) mantener vivo el recuerdo de quienes sucumbieron en la tragedia de los Andes, en octubre de 1972, exaltando el ejemplo de su abnegación y heroísmo como enseñanza fecunda para las nuevas generaciones; b) organizar una Biblioteca con sentido didáctico y proyección social que sirva a los escolares, estudiantes y juventud de la zona de Carrasco, Punta Gorda y alrededores; c) en tal sentido facilitar libros y material de cultura y enseñanza mediante los distintos sistemas que la propia asociación vaya estableciendo; d) organizar concursos de monografías y certámenes que la propia Comisión Directiva vaya estableciendo; y e) todo tipo de ayuda social que, además de la biblioteca, pueda organizarse como servicio a la comunidad.

Dos meses después de firmado el documento, el 1 de agosto de 1973, la biblioteca Nuestros Hijos, Valor y Fe, abrió sus puertas de la mano de esas madres que con la determinación dispuesta arriba, se comprometieron a generar un cambio, en la sociedad y en su forma de vivir la vida. La primera sede fue una habitación concedida por el intendente de Montevideo en aquel entonces, el Dr. Oscar V. Rachetti, en el Hotel Carrasco, pero frente al creciente flujo de gente e interés se les cedió un

espacio independiente más amplio en la primera planta del edificio. Había un pequeño problema, sin embargo: a la biblioteca aún le faltaban los libros. Para completar su primera colección se organizó una campaña de donación de libros por un altoparlante que recorría diferentes barrios, campaña que tuvo un éxito inmenso, entre otras cosas porque Uruguay y el barrio que se beneficiaría de la obra aún estaban en absoluto shock por la tragedia y, al igual que las madres, canalizaron en la ayuda la empatía y solidaridad con esas madres cuyo dolor era la tapa de los diarios y revistas. La prensa también colaboró con el llamado de ayuda, como el caso de *La Voz de Carrasco,* que publicó:

Una plausible decisión acaban de adoptar las madres y familiares de las víctimas del accidente aéreo de los Andes [...] *el disponer la creación en uno de los locales del Hotel Carrasco* [...] *de una Biblioteca destinada a cubrir las necesidades culturales de la extensa zona de Carrasco y Punta Gorda, honrando de este modo la memoria de los queridos desaparecidos.* [...] *Carrasco entero, que vivió intensamente esta terrible tragedia que enlutó meses atrás a todo el país, debe responder ahora al llamado de las madres y familias de las víctimas de los Andes aportando libros y donaciones en efectivo, a fin de que la creación de la Biblioteca en nuestro Balneario sea una realidad, honrando de este modo la memoria de quienes perdieron su preciosa vida en tan tristes circunstancias.*

En este primer acercamiento de la biblioteca a un barrio que aún estaba acongojado por lo sucedido, las madres y familiares de quienes no habían vuelto de los Andes encontraron un respuesta que significó el principio de un eterno aprendizaje sobre el “lado B” del dolor: muchos profesionales desconocidos para ellas donaron sus colecciones completas, un joven del

barrio llamó para que recogieran “algunos libros” que terminaron siendo 190, y hasta recibieron cartas de niños del humilde barrio del Cerro de Montevideo, que enviaron su apoyo a través de esas cartas y enviaron los libros que tenían.

Rápidamente se apilaron títulos en las estanterías hasta inundar todo el espacio, y para hacer lugar suficiente se colocaron tablas en la bañera y el bidet del baño, donde se ubicaron por un tiempo las novelas y libros infantiles. Ante semejante movimiento también comenzaron a acercarse los primeros voluntarios que colaboraban en el orden, forrado y fichas de cada ejemplar. Una vez más, las madres eran testigos del cariño de una comunidad que había visto a sus hijos llegar y partir. No daban crédito al inmenso amor que estaban recibiendo de completos desconocidos.

Desde la fundación de la organización, las madres comprendieron que para que la biblioteca tuviese éxito y perdurara en el tiempo debían ir a paso lento, para así entender los procedimientos implícitos en el funcionamiento de la institución hasta ganar confianza. Los primeros años se concentraron en la creación del Club de Lectura, que abría únicamente tres veces por semana. El Club comenzó a funcionar gracias a un pequeño aporte de $ 5 que pagaban los socios, que les permitía sacar una novela más dos novelas policíacas o dos libros infantiles cada 15 días, y funcionaba enteramente con el esfuerzo de las madres y voluntarios que se sumaban a colaborar en lo que pudieran. Una vez que se consiguió el apoyo y los fondos suficientes, se inauguró la biblioteca estudiantil gratuita para recibir a estudiantes y se contrató a la primera bibliotecóloga de Nuestros Hijos, Alicia Bacigalupi de Sintas. Para esta etapa, el espacio de sesenta metros cuadrados ya contaba con largas mesas de estudio, sillas de plástico rojo cómodas para trabajar y al mismo tiempo levantar el ambiente y, a modo de homenaje y para transmitir la historia que las había

reunido en ese lugar, cada estante recibió el nombre de alguno de los pasajeros que no regresaron aquel día de los Andes. Al correr la noticia de la nueva biblioteca barrial para estudiantes, las mesas se llenaron y los jóvenes tuvieron que comenzar a hacer fila para ingresar. Quienes no cabían bajo el techo del pequeño espacio debajo del hotel se hacían en las escaleras de entrada y en los alrededores de la sede con sus libros, y se pasaban horas allí estudiando unidos por el pequeño cartel de la biblioteca destacado con un trébol, símbolo de los Old Christians. Dentro de los primeros estudiantes que fueron a la biblioteca estuvieron Gustavo Zerbino y Nando Parrado, y uno de los primeros socios del Club de Lectura fue otro de los sobrevivientes del accidente, Javier Methol. Al primero, luego de unos años de *impasse* en sus estudios de medicina, cuando llegó a la biblioteca a buscar libros para el siguiente año le entregaron nada más ni nada menos que los libros de Carlos Valeta hijo, su excompañero de clase. Ante semejante jugada de la vida y su asombro, Gustavo llamó a Inés para contarle que había ido a la biblioteca y por casualidad le habían tocado los libros de estudio de facultad de Carlos, a lo que la madre de Carlos respondió:

—Yo te lo dije, Gustavo, está todo escrito. ¿Sabés lo feliz que debe estar Carlos de que tú estudies con sus libros?

Las madres, atónitas, trabajaban contrarreloj para cumplir con la alta demanda de libros y espacio, y a la vez, en su interacción con los chicos se materializaba su deseo y sueño de colaborar con aquellos jóvenes que bien podrían ser sus hijos. La biblioteca se convirtió, además, en un lugar donde dos generaciones distantes se alimentaron entre sí de experiencia, cariño y comprensión. Dedicar tiempo a aquellos estudiantes era sinónimo

de dedicarle tiempo a sus propios hijos, de alimentar su curiosidad, de alentar sus objetivos y de acompañarlos hasta que alcanzaran su máximo potencial, y ellos en retorno, sin darse cuenta, ayudaban a cerrar una herida que por su profundidad nadie creía posible. Como publicó Elisa Roubaud en 1977, la biblioteca se convirtió en "el recuerdo mudo de los que han desaparecido bajo otras hojas. Es la esperanza de muchos que viven y habrán de vivir. Es una llamada en el camino que también los invita a entrar, a instruirse, a seguir para triunfar".

A todos ellos, al entrar, se les recitaban unas palabras que luego pasaron a decorar la entrada de cada sede de Nuestros Hijos y que anuncia:

Para mantener vivo el recuerdo de los que no volvieron del accidente ocurrido el 13 de octubre de 1972 en la cordillera de los Andes, sus madres fundamos esta biblioteca. Cada estudiante, cada lector, es recibido aquí en nombre de nuestros hijos.

Con el transcurso de los años y tal como predijo Selva, la existencia de la biblioteca se convirtió en un medio para superar el dolor, venció la tristeza y creó una nueva oportunidad para encontrar paz en sus vidas. En las conversaciones que encerraban las paredes de la sede, el tema del accidente se intercambió con las actividades de la biblioteca Nuestros Hijos, y la última comenzó paulatinamente a ganar en espacio a la primera, lo que se convirtió en una prueba para ellas y sus familias de que, con valor y fe, es posible vivir sin miedo y reescribir un futuro que por momentos parecía totalmente oscuro.

En cuanto se consolidó la obra y el funcionamiento de la biblioteca, las madres no tuvieron más opción que organizarse. Stella, por ejemplo, como tesorera de la biblioteca, tal como dicen sus cofundadoras, y con el tiempo

amigas, cada vez que algún número no cerraba a fin de mes no dudó un minuto en hacerlo cuadrar. Inés, por su lado, tenía las dotes de una gran empresaria y trabajaba incansablemente por mantener el orden y generar nuevas actividades en la sede. Raquel, con su personalidad ejecutiva, acompañaba a Inés en sus iniciativas y supervisaba el funcionamiento del club y la biblioteca estudiantil. Selva se ocupaba de la cobranza y la organización administrativa. Esta asignación natural de tareas ayudó a que el vínculo entre ellas dejara de ser solamente el accidente y sus hijos, y floreció con el éxito de la organización una amistad que duró toda la vida. Con perfil bajo y trabajo silencioso, esquivando la historia, medios y todo lo que las hacía acordar al accidente y la muerte de sus hijos, lograron atravesar diferentes tormentas, especialmente económicas. Los años y las extensas familias de las que eran un pilar fundamental fueron exigiendo más tiempo y finalmente todas las fundadoras y miembros de la Comisión Directiva decidieron que lo mejor sería asignarse un día a la semana cada una para asistir a la sede, dejar la administración y orden en manos de los nuevos empleados y voluntarios, y por supuesto igualmente reunirse a acompañarse y conversar sobre la biblioteca una vez por semana en alguna de sus casas.

25 años después de la fundación, el 10 de agosto de 1999 exactamente, el arduo trabajo de estas madres dio frutos. En esa fecha el Ministerio de Educación y Cultura del Uruguay declara de Interés Nacional la obra social que realiza la biblioteca Nuestros Hijos al servicio de la comunidad en la Resolución 646/999. Allí se destaca que, en sus años de existencia, la biblioteca había cumplido con sus objetivos y que su objetivo primordial reside en brindar un servicio a jóvenes y adultos, al mismo tiempo que representa un enorme aporte cultural a toda su área de cobertura. Este paso fue un comprobante para toda la comisión, pero también para todos los

que ya eran parte de la familia Nuestros Hijos, de que el trabajo, esfuerzo y sobre todo la visión, no habían sido en vano.

Los años pasaron y, en paralelo al crecimiento de la biblioteca, el Hotel Carrasco pasaba uno de sus peores momentos. La administración por parte de la Intendencia Municipal de Montevideo no había conseguido revivir lo que el hotel había sido en sus primeros años, y tanto el edificio como los servicios estaban completamente en crisis. Frente a tal situación, las madres se vieron en la obligación de buscar apoyo para conseguir una nueva locación y asegurar el futuro de la obra. De esta forma, y frente al inminente desalojo del hotel y la venta de todo lo que se encontraba dentro, lugar que había sido su casa por casi treinta años, las madres se pusieron en campaña para encontrar una solución. Gracias a la declaración del 99 y diversos contactos de la comunidad que las apoyaba, el intendente Mariano Arana colaboró para asignar un nuevo espacio a la institución en el primer piso de una casa en la calle Gabriel Otero. El cambio, además de presentar unos complejos temas de logística, en gran parte perjudicó el flujo de visitas a la biblioteca, que para comienzos del nuevo siglo ya competía directamente con el acceso a internet desde las casas como herramienta alternativa de estudio e información.

Sin embargo, en aquella locación estuvieron apenas tres años, dado que en noviembre del 2003 se les asignó una nueva sede en la calle Miraflores número 1443. Nuevamente la mudanza significó un trabajo inmenso, y nuevamente los voluntarios y la comunidad respondieron a su pedido de ayuda. La misma intendencia puso a disposición funcionarios para que el cambio se pudiera realizar lo más pronto y ordenadamente posible, y que así la biblioteca pudiera reasumir sus funciones y reiniciar las actividades sin que aquello significara un problema mayor como lo había sido tres años antes. La nueva casa, declarada Patrimonio Nacional por tratarse del

antiguo estudio del renombrado arquitecto uruguayo Juan Antonio Scasso, precisó intensos trabajos de restauración: los techos tuvieron que construirse casi desde cero, el jardín era un barrial y la pequeña sala del fondo no tenía las condiciones para recibir niños de ninguna manera. Diversas donaciones ayudaron a que eso fuera posible, y la biblioteca comenzó una etapa totalmente nueva de funcionamiento, ya que al Club de Lectura, la Biblioteca Estudiantil Gratuita y las becas de libros de estudio, ahora se le sumaba un espacio de clases de informática, también gratuitas y para niños de bajos recursos, además de un rincón infantil adecuadamente acondicionado para recibir a las nuevas generaciones. Al igual que en las sedes anteriores, cada estudiante y lector era recibido en nombre de Nuestros Hijos, y al ingresar, se instaló la misma placa que desde el año 1973 acogía a visitantes en la sede del Hotel Carrasco.

La biblioteca creció y también se convirtió en un refugio para hermanas, hermanos y familia política que, como voluntarios y miembros de la Comisión Directiva, guiaron a la institución por mudanzas y exigencias a las que obligaba el transcurso del tiempo. A pesar de las dificultades económicas que enfrentó la institución varias veces en los últimos 45 años, todos los involucrados siempre se mantienen optimistas, en parte porque saben que a diferencia de otras circunstancias de la vida, ellos cuentan con una ayuda especial, una ayuda “desde arriba”. Se siente al ingresar y se siente en la risa de los niños, niñas y jóvenes que visitan la biblioteca y aprovechan y disfrutan de sus instalaciones.

—Siempre que la biblioteca pasó un momento difícil, principalmente económico o en la necesidad de actualizarse con la tecnología, donde todo parecía indicar que no iba a haber otra solución más que cerrar porque llegó el momento en que los liceos y escuelas contaban con sus propias bibliotecas, por algún lado llegaba algún tipo de ayuda que permitía

mantener las puertas abiertas. Es increíble. Yo no tengo ningún tipo de duda de que recibimos ayuda desde Arriba. Los chicos están ahí —reflexiona Stellita, actual presidenta de la biblioteca y hermana de Marcelo Pérez del Castillo.

También llega ayuda de diferentes medios, como de compañeros de travesía de los chicos de la montaña como Gustavo Zerbino, quien con mirada sentida cuenta "no ayudo porque mis amigos están muertos, yo ayudo porque los siento vivos".

Igualmente, seguir adelante con la vida no siempre resultó una tarea fácil. El hecho de que la tragedia hubiera alcanzado los más altos niveles de popularidad internacional dificultó la ya titánica tarea de convivir con la falta de sus hijos. En los años siguientes, el estreno de la película, así como las imágenes en los diarios y los documentales en la televisión cada octubre de sus vidas, para muchas de ellas significó la imposibilidad de hacer su duelo en paz. Las personalidades y logros de sus hijos, con el tiempo, quedaron resumidos en la descripción de los días que habían vivido en la montaña, y no en lo que sus ojos y corazón de madre habían visto y adorado sobre ellos. La tragedia obtuvo sus títulos de cabecera, como el "milagro", pero mientras que para unos la historia se convirtió en ese milagro, para muchas madres, padres y sus familias, nunca dejó de ser una tragedia. Durante años fue imposible conectarse con ese concepto mientras que se preguntaban, en el caso de ser un milagro divino, ¿por qué no habían regresado sus hijos? ¿qué significa? ¿por qué a algunos les había tocado un milagro y a otros no? Jugadas del duelo, el dolor y una sociedad determinada que es inexplicable. A tal situación se adicionaron detalles de los días en la montaña que hundieron una y otra vez la profundidad de sus heridas, pero nada de eso tuvo el poder de quitarles lo más preciado: sus ganas de vivir.

En el dolor encontraron un sentimiento nocivo, pero al mismo tiempo, increíblemente revelador, y es que cuando se vive en la desgracia de haber perdido un hijo, no queda lugar para el dolor, la envidia y sentimientos que dañan la perspectiva de la vida. Cada familia en determinado momento tomó su rumbo en el camino de superación y duelo. Ante situaciones adversas como estas se comprueba que cada humano reacciona diferente frente al dolor, y que todas las circunstancias que atravesamos, especialmente en historias de esta envergadura, de alguna forma moldean nuestras reacciones y sensaciones por el resto de la vida. Hay quienes se refugiaron en la historia, hay quienes la evitaron por completo y hay quienes buscaron desesperadamente un punto de cierre. Como una trágica e ingeniosa jugada del destino, aún en estas diferencias, las madres se convirtieron en sobrevivientes de su propio dolor.

Las respuestas de cada uno de los directamente afectados por el accidente de los Andes fueron variadas. Sin embargo, para este grupo de madres tan particular sin duda fue Nuestros Hijos. Ese espacio que durante 45 años fue el administrador del dolor para convertirlo en una acción positiva. Ese lugar que se convirtió en una “tabla de salvación”, como repite Bimba Storm. Es el lugar donde todos aquellos que no volvieron, sin importar cómo o por qué resultaron víctimas de la tragedia que representa aquel accidente, viven en cada rincón. Madres, padres, hijos, cuñados y cuñadas, sobrinos, así como las siguientes generaciones, todos ellos saben que existe un lugar donde siempre pueden acudir para sentir su presencia, y ese lugar tiene aroma a páginas escritas de historias, relatos y aprendizaje. Cada palabra que vive en esos libros los representa y representará. El significado de encontrar el nombre de un hermano, de una madre o una hermana, como es el caso de Graciela Parrado, quien vivió la historia de los dos lados, ya que su hermano regresó pero en la montaña se

quedaron su madre y hermana, en la placa que recuerda a todos ellos dentro de la institución, refleja además el punto de unión inquebrantable entre todos ellos.

Cuando Graciela se enteró de la fundación de la biblioteca a sus 23 años, le pareció admirable que una madre que pierde un hijo tuviera la fortaleza de enfrentar una situación tan horrible de una manera tan enriquecedora. Ella misma tenía un hijo pequeño y miraba cómo trabajaban, humilde y silenciosamente, deslumbrada. Si bien nunca participó de la formación de la biblioteca, supo frecuentarla y hasta se hizo socia del Club de Lectura. Allí recuerda cruzarse siempre con Bimba y Stella, quienes estaban todos los miércoles en la sede. Pero la situación era por demás compleja, e incluso al comienzo había determinados días en que se sentía extranjera en territorio nacional. Las madres nunca hablaron con ella directamente del accidente, y ella tampoco era capaz de hablar del tema, pero el hecho de ver el nombre de su madre y su hermana en los estantes la emocionaba profundamente. Hasta recuerda la ubicación del estante que lleva el nombre de ellas. El tiempo, y sin la necesidad de más palabras, la ayudó a darse cuenta de que ni ella ni las madres tenían nada que ver con lo que había pasado, que ellas también vivían su dolor, y que al cruzar las puertas de la biblioteca, ella también era parte. En sus visitas, nunca las escuchó decir que eran unas desgraciadas o quejarse de ninguna forma, y eso era lo que a sus ojos las convertía en unas madres que además eran heroínas, que se habían juntado para ayudar a los otros aguantando el peor dolor que le puede pasar a una mujer, porque no existe dolor más intenso que el que provoca la pérdida de un hijo.

Por eso, a pesar de tener diferentes niveles de involucramiento con las obras sociales que son parte de Nuestros Hijos, todos los familiares y amigos saben que el compromiso y misión principal del lugar que

permitió a las madres fundadoras seguir adelante con una mirada positiva es que, lo que ocurra allí, siempre es y será en nombre de los que no volvieron.

Cuarenta y cinco años es mucho tiempo. Algunas hermanas y hermanos de esos muchachos que no regresaron, hijos de las madres que fundaron Nuestros Hijos, quizás por su juventud, quizás por encontrarse demasiado cerca del accidente, nunca reconocieron que entre unos y otros existía un lazo más fuerte que la unión natural que significó el accidente. Ese lazo fue tejido por las madres en una obra que ahora se ha convertido en suya propia, y a la vez une a quienes están aquí con quienes nos esperan en otro lado. Todo este tiempo colaboró a que corriera mucha agua bajo el puente y que pudieran reunirse y hablar de lo que vivieron sus familias, y lo que sintieron desde su perspectiva, por primera vez. Es posible divisarlo en sus ojos, en los gestos de sus manos, en sus expresiones que reflejan aún la congoja, fruto de la misma confusión que invadió a todos aquel día al escuchar que el avión había caído. Eso permitió que se encontraran en un mismo lugar donde pueden hablar de lo que ocurrió e identificarse unos en los otros en un tipo de fractura del alma con la que saben que conviven desde ese día, pero que no tenían conciencia que compartían, aún sabiendo que ese dolor posee la misma fecha de nacimiento.

Hoy, algunas de las hermanas de los que no volvieron del accidente forman parte de un grupo. Planifican reuniones y comparten información y recuerdos de sus hermanos. Algo así era impensable años atrás, tal como confiesan ellas, no porque existieran roces, sino porque por algún motivo este es el momento perfecto, no antes y no después, para compartir sus historias.

—Hasta hoy, no existía una plataforma donde pudieran hablar abiertamente de lo que sintieron en ese momento. Ya fuera porque no

querían o porque no era el momento, o porque aún había algo encerrado que no les permitía hablar —les digo yo revelando una de las motivaciones más importantes del libro.

—Eso es totalmente cierto. En la mayoría de los libros no se habla de las familias. Somos seres inexistentes —reflexiona Graciela Parrado en una charla que corría en su tercera hora.

—Totalmente —acota Stella en la misma conversación.

—Yo me siento acogida por el grupo de hermanas, a mí nadie me habló nunca de esto. En mi casa no se mencionó nunca el tema. Es muy movilizante. Ahora pasaron 45 años, estamos saliendo un poco de esa caja en que nos metimos en aquel momento —la conversación continúa por otros temas hasta que regresamos a la biblioteca. Y Graciela dice con su tono firme y repleto de erudición:

—Hay gente que quiere perdurar a través de los siglos, y a través de la historia y a través de las cosas. Y hay gente que no se lo propuso, pero van a perdurar, como son las madres. A ellas no les interesó nunca perdurar. Y a cambio eso va a hacer que ellas perduren en el tiempo. El enfrentar el dolor con ese temple… eso fue lo que hicieron.

Para quienes perdieron a su hermano o su hijo en el accidente de los Andes, el resto de su historia a partir de diciembre de 1972 se enmarca en una vida del otro lado de la montaña. Sus hermanos se fueron, pero como dijo Sara Vázquez de Echavarren, madre de Rafael “ellos con su muerte justificaron la vida misma”. Todas estas palabras que hoy cuentan la agonía que les tocó vivir, son simplemente un acercamiento a una perspectiva que tan solo quien vivió lo que ellos vivieron, puede y podrá entender. De todos los aprendizajes de la vida, el que más se refleja en la historia de las familias de quienes no volvieron del accidente es que con el dolor no se lucha, se convive, pero para convivir con él no es fructífero

estar quieto, sino en movimiento. Estudiantes, ingenieros, policías y otros cientos de personas que han pasado por la biblioteca y manifiestan el agradecimiento hacia la organización y a las madres en particular por las oportunidades que les ha brindado su obra, demuestran que lo que consiguieron no fue un beneficio personal, sino un beneficio para la sociedad. La biblioteca es un espacio de memoria, hoy no solamente de sus hijos, sino también de muchas de aquellas madres que desafiaron la pena y enfrentaron, año a año, octubre a octubre, la sombra del accidente y las circunstancias en las que murieron sus hijos.

Del otro lado de la montaña Claudia Pérez del Castillo transitó medio siglo marcado por la aflicción, donde despidió a su padre, su hermano y una parte del corazón de su madre. Del otro lado de la montaña, familias enteras vieron pasar cada año con la incertidumbre de lo que hubiera sido su vida si su madre, padre, hijo, hermano o hermana no se hubiera subido al Fairchild 571. Pero también, de este lado de la montaña, se vive con la firme convicción de que existirá un día, fuera de la tierra, donde todos disfrutarán lo que será un reencuentro perfecto.

En memoria de:

- Francisco Domingo Abal Guerault*, 21
- Gastón Costemalle Jardi*, 23
- Rafael Echavarren Vázquez, 22
- Coronel Julio César Ferradás Benítez, 39, piloto
- Guido José Magri Gelsi*, 23
- Jorge Alexis Hounié Sere*, 20
- Teniente coronel Dante Héctor Lagurara Guiado, 41, copiloto
- Felipe Horacio Maquirriain Ibarburu, 22
- Graciela Obdulia Augusto Gumila de Mariani, 43

- Julio Martínez Lamas*, 24
- Teniente Ramón Martínez Rezende, 30, navegante
- Daniel Agustín Maspons Rosso*, 20
- Juan Carlos Menéndez Villaseca, 22
- Liliana Beatriz Navarro Petraglia de Methol, 34
- Esther Horta Pérez de Nicola, 40
- Dr. Francisco Nicola Brusco, 40
- Gustavo Diego Nicolich Arocena*, 20
- Arturo Eduardo Nogueira Paullier*, 21
- Eugenia Dolgay Diedug de Parrado, 50
- Susana Elena Alicia Parrado Dolgay, 20
- Marcelo Pérez del Castillo Ferreira, 25*
- Enrique Platero Riet*, 22
- Sargento Ovidio Joaquín Ramírez Barreto, 26, asistente de vuelo
- Sargento Carlos Roque González, 24, mecánico
- Daniel Gonzalo Shaw Urioste*, 24
- Diego Storm Cornah, 20
- Numa Turcatti Pesquera, 24
- Carlos Alberto Valeta Vallendor, 18
- Fernando Vázquez Nebel, 20

* Jugadores de rugby.

AGRADECIMIENTOS

En este libro nunca escribieron solamente dos manos. Hay decenas de voces que se pronuncian en cada página y que merecen su reconocimiento, principalmente aquellas que abrieron las puertas de una historia que significa tanto para su familia y su vida. Sin su testimonio, *Del otro lado de la montaña* no hubiera sido posible. Esas personas a las que queremos agradecer muy especialmente son: Noel Arocena; Margarita Astigarraga; Pilar, Sarucha y Beatriz Echavarren; Hortensia, Lucía y Ana De León; Teresa Favaro; Marta Ferreira; Teresita Ferreira; Cristina Horta; Conrado Hughes; Aldo Magri; Selva, Analía y Sandra Maquirriain; Ana Inés Martínez Lamas; Rosario Maspons; Margarita Montes Storm; Raquel y Cristina Nogueira; Br. Thomas O'Connell; Graciela Parrado; Juan Manuel y Álvaro Pérez del Castillo; Rafael Ponce de León; Fernando Rachetti; Teresita y Cecilia Rodríguez; Elizabeth Roque; Teresa Valeta; Teresita Vázquez; Tito Verginella; Laura Veríssimo; Gustavo Zerbino.

Otro agradecimiento muy especial a nuestros editores en Penguin Random House, que creyeron en la idea cuando era tan solo un borrador y nos dieron alas para expresarnos con una fe inmensa.

En lo personal, agradecemos a la indiscutida fuerza detrás del libro, Stellita Pérez del Castillo, nuestra madre y hermana, que creyó en el proyecto y lo hizo suyo con un compromiso y emoción que solo su amor por nosotros, Marcelo, Bita y la biblioteca Nuestros Hijos es capaz de dar.

Este libro es nuestro tanto como de ella. A Gustavo Perrier, padre y cuñado, por ser siempre el impulsor de locuras. Y a Andrés, el mejor compañero de la vida, que abrazó mis silencios por diez meses mientras escribía hasta en mis sueños y me sostuvo cuando la emoción se tornaba abrumadora.

El cardenal Antonio María Barbieri en la primera sede del Stella Maris, 1955. De izquierda a derecha: Antoine Barreiro, Br. O'Reilly, arquitecto Manuel Pérez del Castillo, Br. Patrick Kelly, cardenal Barbieri, el padre Haroldo Ponce de León Br. Mc Caig y otros padres colaboradores del colegio. Foto gentileza Br. Thomas O'Connell.

El cardenal Barbieri bendiciendo la nueva sede del colegio Stella Maris. De izquierda a derecha: Eduardo Gelsi Castillo, Guido Magri (fallecido en la cordillera) y detrás de Gelsi, Maximiliano Martínez Lamas (fallecido en la cordillera). Foto gentileza Br. Thomas O'Connell.

Daniel Maspons junto a su familia en la playa. Foto gentileza familia Maspons Rosso.

La familia Maquirrian. Foto gentileza familia Maquirrian.

Arturo Nogueira posa con la camiseta del Club Nacional de Football. Foto gentileza familia Nogueira.

Stella y Manolo, padres de Marcelo Pérez del Castillo. Foto gentileza familia Pérez del Castillo.

Bodas de plata de Pérez del Castillo - Ferreira. Atrás: Juan Manuel, Marcelo, Teresa Favaro y Álvaro. Adelante: Claudia, Stella Ferreira, Manuel y Stellita Pérez del Castillo. Foto gentileza familia Pérez del Castillo.

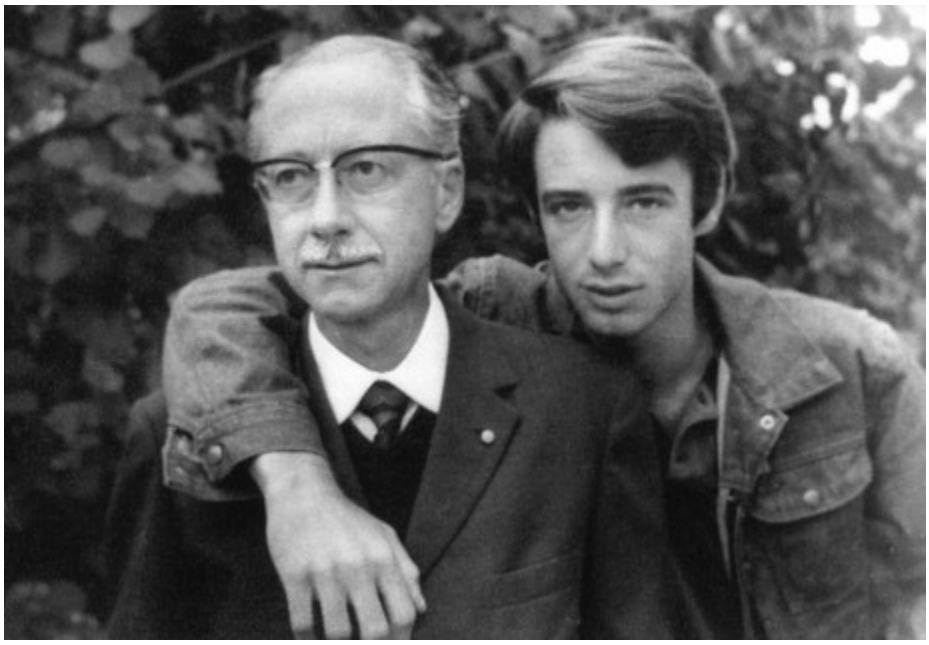
En el Calledonian Ball: Teresa Pérez del Castillo Artagaveytia, Eduardo Strauch, Virginia Pies, Marcelo Pérez del Castillo, Stellita Pérez del Castillo y Gustavo Perrier. Foto gentileza familia Pérez del Castillo.

Rafael Echavarren tocando la guitarra. Foto gentileza familia Echavarren.

Diego Storm junto a su padre, el artista plástico Juan Storm. En la siguiente, Diego junto a su madre Bimba Cornah, una de las fundadoras de la biblioteca Nuestros Hijos. Foto gentileza familia Storm.

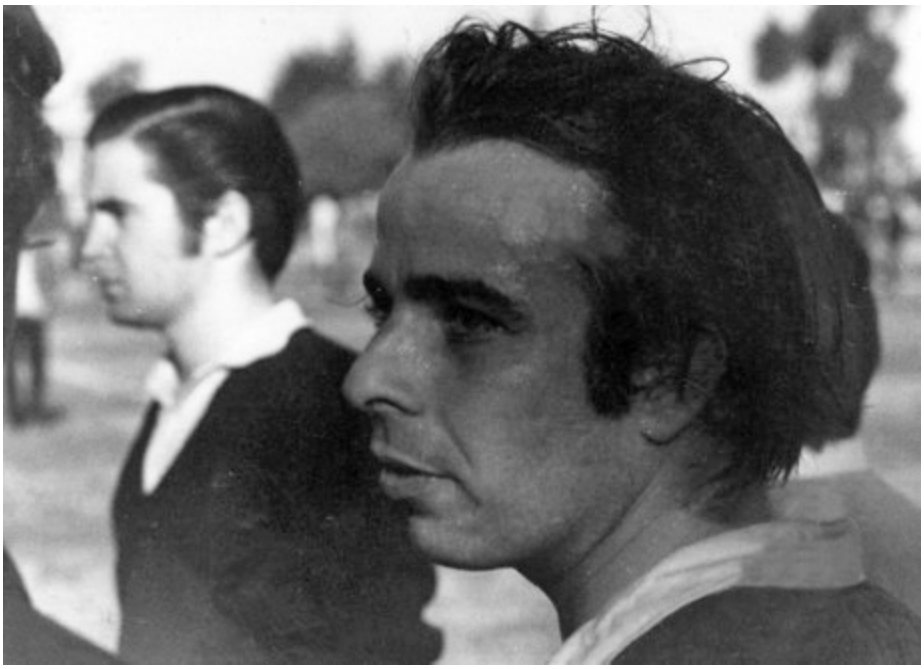
Gustavo Perrier, Stellita Pérez del Castillo, Madelón Ramela, Agustín Iturria, Soledad González y Coche Inciarte. Foto gentileza familia Pérez del Castillo.

Eugenia Dolgay y Susana Parrado, madre y hermana de Fernando Parrado. Foto gentileza Graciela Parrado.

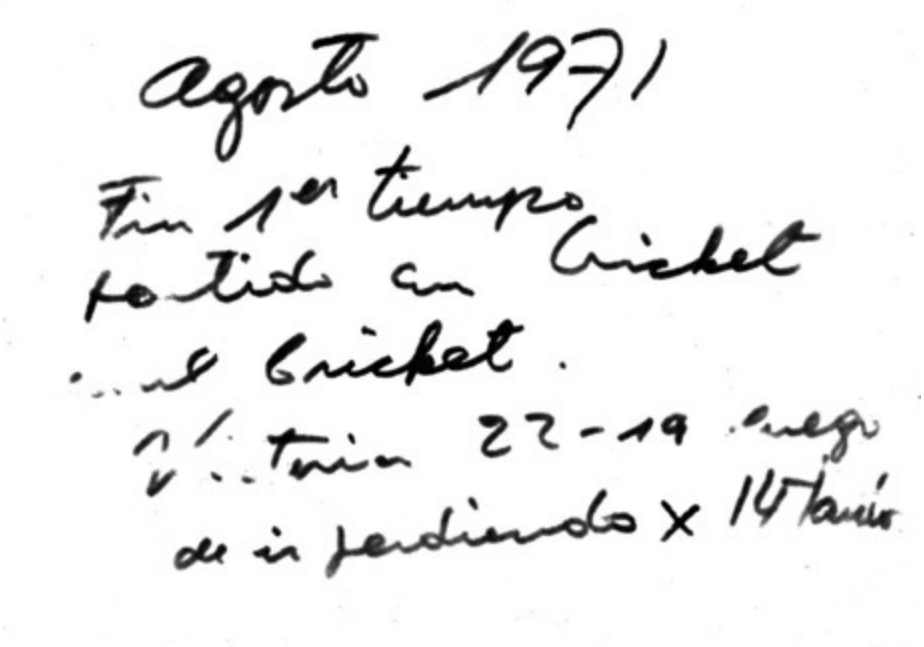


Fernando Vázquez Nebel y su padre, el ingeniero Franco Vázquez Praderi. Foto gentileza familia Vázquez.

Casamiento de Carlos Roque y Sonia Medina. De pie: Juan Carlos Roque (padre), Elizabeth Roque (hermana) y Dominga González (madre). Sentados: Sonia Medina y Carlos Roque. Foto gentileza de la familia Roque.



Marcelo Pérez del Castillo durante un partido de rugby



agosto 1971
Fin 1er tiempo
partido con Cricket
en el Cricket.
Victoria 22-19 luego
de ir perdiendo x 14 tantos

En el dorso de la foto “Agosto de 1971 fin 1er tiempo. Partido con Cricket en el Cricket. Victoria 22 - 19 luego de ir perdiendo por 14 tantos”, escrito por Marcelo. Foto gentileza familia Pérez del Castillo.

Jugada de Marcelo Pérez del Castillo en un partido contra el Polo Club en 1971. Foto gentileza familia Pérez del Castillo.

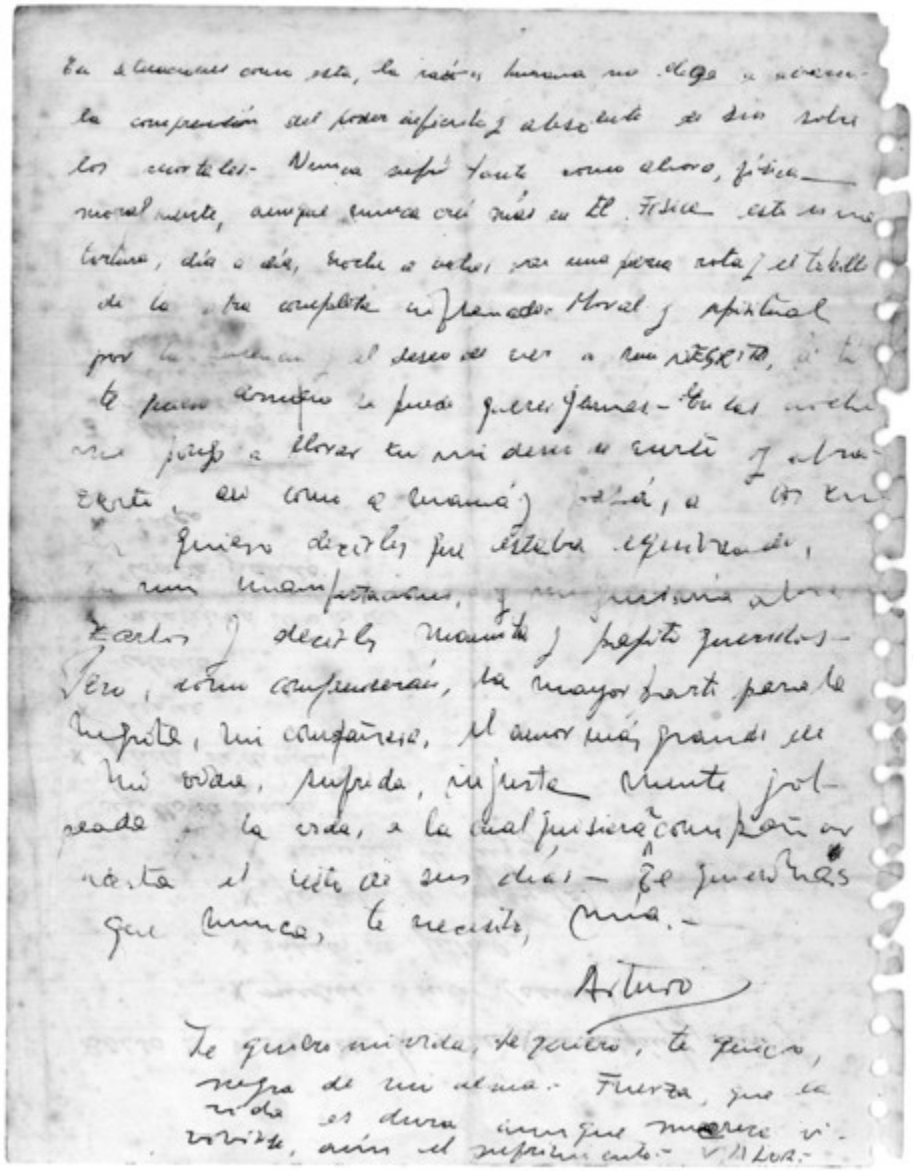
En las gradas mirando un partido de rugby. De derecha a izquierda: Arturo Nogueira, Marcelo Pérez del Castillo, François Manchoulas, Carlos Valeta y Roberto Jaugust. Foto gentileza familia Nogueira.

El equipo formado el 22 de agosto de 1971 en un partido contra Old Boys.

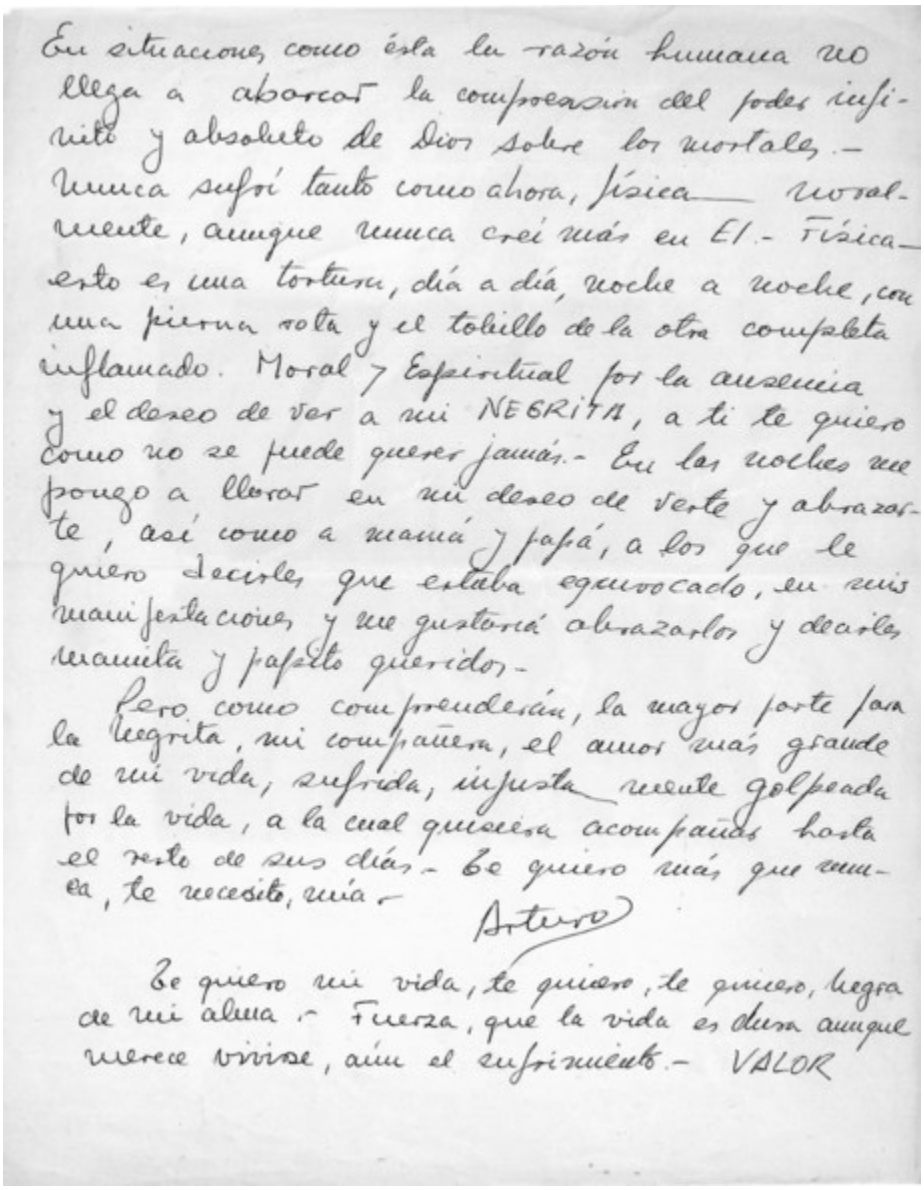
Al dorso los nombres de los jugadores anotados por Marcelo Pérez del Castillo. Foto gentileza familia Pérez del Castillo.

Enero de 1973. Río Tinguirica, al fondo el cerro de mismo nombre. El avión cayó en el Cajón de las Lágrimas entre los dos cerros principales: el Tinguiririca y el Sosneado. Foto gentileza familia Echavarren.

Enero de 1973. Ricardo Echavarren en la aduana argentino-chilena. Foto gentileza familia Echavarren.



Carta original escrita por Arturo Nogueira en los Andes.



En situaciones como ésta la razón humana no llega a abarcar la comprensión del poder infinito y absoluto de Dios sobre los mortales.- Nunca sufrí tanto como ahora, física moralmente, aunque nunca creí más en El.- Física esto es una tortura, día a día, noche a noche, con una pierna rota y el tobillo de la otra completa inflamado. Moral y Espiritual por la ausencia y el deseo de ver a mi NEGRITA, a ti te quiero como no se puede querer jamás.- En las noches me pongo a llorar en mi deseo de verte y abrazarte, así como a mamá y papá, a los que le quiero decirles que estaba equivocado, en mis manifestaciones y me gustaría abrazarlos y decirles mamita y papito queridos.-

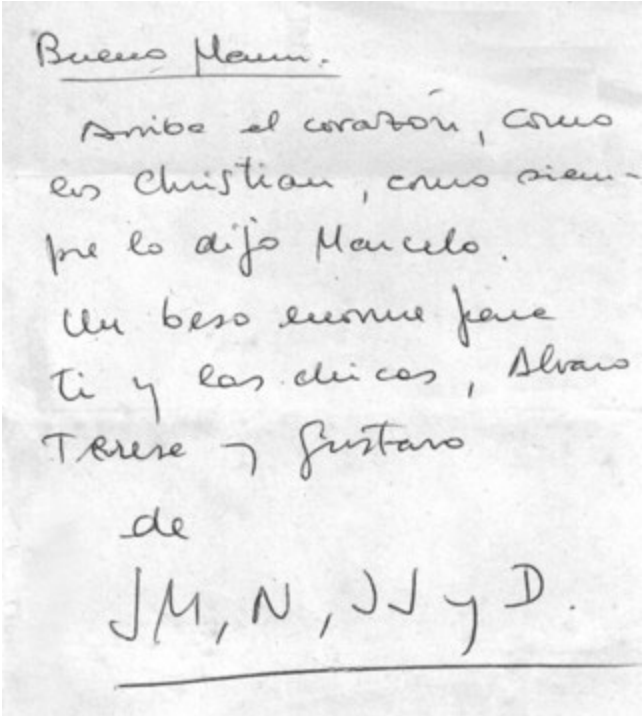
Pero como comprenderán, la mayor parte para la negrita, mi compañera, el amor más grande de mi vida, sufrida, injustamente golpeada por la vida, a la cual quisiera acompañar hasta el resto de sus días.- Te quiero más que nunca, te necesito, mía.-

Arturo

Te quiero mi vida, te quiero, te quiero, negra de mi alma.- Fuerza, que la vida es dura aunque merece vivirse, aún el sufrimiento.- VALOR

Carta escrita por Arturo Nogueira en los Andes; pasada en limpio por su padre. Fotos gentileza familia Nogueira.

La cruz en la montaña en 1973. Foto gentileza familia Platero.



Buena Mamá.

Arriba el corazón, como
es Christian, como siem-
pre lo dijo Marcelo.
Un beso enorme para
ti y los chicos, Alvaro
Teresa y Gustavo
de
JM, N, JJ y D.

Carta de Juan Manuel Pérez del Castillo a su madre luego de la noticia del fallecimiento de Marcelo. Foto gentileza familia Pérez del Castillo.

Paseo por la estancia El Sauce con parte de los familiares de los que no regresaron y fundadores de la biblioteca Nuestros Hijos. De izquierda a derecha: Stella Pérez del Castillo, Felipe Maquirrian, Stella Ferreira de Pérez del Castillo, Claudia Pérez del Castillo, Fernando Rachetti, Bimba Cornah de Storm y Nené Caubarrère de Martínez Lamas. Foto gentileza familia Pérez del Castillo.

En la estancia El Sauce algunas de las fundadoras de la biblioteca Nuestros Hijos: El Dr. Valeta, Agnes Vallendor de Valeta, Nené Caubarrère, Bimba Cornah de Storm, Selva Ibarburu de Maquirrian y Stella Pérez del Castillo. Foto gentileza familia Pérez del Castillo.

Nené Caubarrère de Martínez de Lamas, una de las fundadoras de la biblioteca Nuestros Hijos, junto a su hija Ana Inés. Foto gentileza familia Martínez Lamas.

Stellita Pérez del Castillo y María del Carmen Perrier Pérez del Castillo junto a su abuela y madre de Marcelo Stella Bita Ferreira de Pérez del Castillo. Foto gentileza familia Pérez del Castillo.

El viernes 13 de octubre de 1972, un avión con 45 uruguayos se estrellaba en la cordillera de los Andes. Setenta y dos días después, regresaban 16 sobrevivientes. Esta circunstancia significó un antes y un después para todos ellos, y también para las familias de quienes no regresaron.

Este libro nos llevará a la intimidad de la vida de esas familias y los jóvenes que quedaron en la montaña, desde los años previos al accidente, el nacimiento de una hermandad y comunidad alrededor del equipo de rugby que organizó el viaje, el día del accidente, la posterior búsqueda de sobrevivientes y el proceso de superación de las familias a través de la biblioteca Nuestros Hijos, fundada por las madres de muchos de esos jóvenes que no volvieron de la montaña.

Esta es una narración personal en la voz de Claudia, hermana de Marcelo Pérez del Castillo, capitán y principal promotor del viaje, que demuestra que la historia de esos jóvenes comienza mucho antes de aquel fatídico accidente.

En este trabajo único, por primera vez sabremos quiénes eran esos muchachos que no volvieron del accidente, de la mano de sus familiares.

María del Carmen Perrier Pérez del Castillo construye la historia de esos jóvenes y familias que a través del valor y la fe nos siguen enseñando desde la cordillera

MARÍA DEL CARMEN PERRIER

Nació en Montevideo, Uruguay, en 1988. Luego de terminar sus estudios en el colegio Stella Maris partió a Buenos Aires, donde se graduó de traductora e intérprete. Trabajó en el Banco Interamericano de Desarrollo en Washington DC, y luego se mudó a Barcelona, España, donde obtuvo su título de magíster en Estudios Latinoamericanos en la Universidad de Barcelona y títulos en Marketing Digital y Escritura Creativa. Ávida escritora, lectora y viajera, María del Carmen ahora cuenta historias de sus recorridos por el mundo a través de su blog personal y se dedica a la escritura y producción de contenidos para medios escritos y digitales de alcance global. Actualmente escribe desde Bogotá, Colombia, la sexta ciudad donde reside. *Del otro lado de la montaña* es el primer libro de su carrera.

Foto: © Milagros Perrier

CLAUDIA PÉREZ DEL CASTILLO

Nació en Montevideo en el año 1956. Durante 25 años dirigió una institución de educación inicial. En el año 2010 pasó a formar parte de la Comisión Directiva de la biblioteca Nuestros Hijos, fundada, entre otras, por su madre, Stella Ferreira de Pérez del Castillo, en honor a su hermano fallecido en los Andes. Actualmente continúa en la dirección de dicha institución. Vive en Montevideo con su marido; tiene cuatro hijos y cinco nietos.

Primera edición: octubre de 2018

Edición en formato digital: octubre de 2018

© 2018, María del Carmen Perrier Pérez del Castillo
© 2018, de la presente edición en castellano para todo el mundo:
Penguin Random House Grupo Editorial
Editorial Sudamericana Uruguaya S.A.
Colonia 950, piso 6. C.P. 11.100 Montevideo

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-9974-8923-4-7

Acuarela de tapa de Gustavo Perrier en base a la foto de Madelón Rodríguez del viaje realizado por Stella Ferreira Pérez del Castillo, Juan Manuel Pérez del Castillo, Madelón Rodríguez y Rafael Echavarren a los Andes en noviembre de 1972.

Conversión a formato digital: Libresque

Índice

Del otro lado de la montaña
Prólogo
Dedicatoria
1. Marcelo
2. Días siniestros
3. En la búsqueda
4. Del otro lado de la montaña
5. Nuestros Hijos
Agradecimientos
Álbum de imágenes
Sobre este libro
Sobre las autoras
Créditos